

CYNTHIA WOOLF

NOVIAS OF SEATTLE - LIBRO 1

UN MISTERIO POR
Correo

UN MISTERIO POR CORREO

Novias of Seattle – Libro I

Escrito por

Cynthia Woolf

UN MISTERIO POR CORREO

Copyright © 2018 Cynthia Woolf

Todos los derechos reservados.

ISBN-13: 978-1-947075-65-8

TABLA DE CONTENIDO

[UN MISTERIO POR CORREO](#)

[Copyright](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Epílogo](#)

[Biografía del Autor](#)

[Títulos Disponibles en Inglés](#)

CAPÍTULO I

Seattle, territorio de Washington, agosto 01 de 1864.

Jason Talbot hizo uso de su impresionante altura para observar a los hombres que se reunían en la cantina de Dolly. La mayoría eran empleados de las compañías *Pope Mill* o *Talbot Logging*, la última siendo de su propiedad y de sus hermanos los últimos diez años.

Eran buenos trabajadores...en su mayoría. Algunos le temían a Dios y algunos no, unos bebían y otros no. Sin embargo, la mayoría habían trabajado con *Talbot Logging* por casi diez años. Pero ahora, estos hombres querían esposas. Querían una familia, y de no conseguir a una buena mujer para desposar, entonces buscarían empleo en otro lugar. La compañía de Jason no era la única maderera en el territorio de Washington.

En sus treinta y seis años jamás había tenido que llevar a cabo un plan como este. Tenía que tener éxito donde Asa Mercer había fallado. Asa, había prometido regresar a Seattle con cientos de mujeres, pero terminaron siendo sólo diez. Jason planeaba llevar cien de ellas y usaría a su hermana, el — catalizador—, como su ayudante. Suzanne sería capaz de correr la voz mientras promovía que las mujeres se fuesen a Seattle y lo mejor de todo era que Adam y Drew iban a encargarse de llevarlas ellos mismos. Jason y sus hermanos habían sido bendecidos con rostros agradables, y dado que habían pasado gran parte de sus vidas trabajando la madera, sus cuerpos transmitían seguridad y virilidad. Cuando las mujeres los vieran, con suerte, quedarían encantadas y deseosas de unirse a la aventura que cambiaría sus vidas.

Jason tomó el mazo y golpeó la madera de teca frente a él. Dolly Hatfield, la dueña, había remodelado el bar con su gusto exquisito hace seis años, para luego construir el salón.

—Silencio. Silencio,— gritó Jason para callar las inquietas voces de los hombres en la habitación.

El edificio de dos pisos albergaba el bar en la planta principal, y la residencia de Dolly en la segunda.

Dolly no era una mujer convencionalmente hermosa. Era rubia y de figura algo tosca, con un lunar en su mejilla izquierda. Tenía un corazón de oro, pero no permitía que nadie se aprovechara de ella. Sin embargo, era el hombro donde a muchos hombres les gustaba llorar.

Hoy, Dolly se sentó en el corredor, frente a su habitación, para observar el evento, sin tomar parte en él.

—Necesitamos mujeres, Jason. Queremos esposas— dijo Lester Holden, uno de los leñadores. —Todos nosotros.

Jason, siendo el propietario de la compañía, miró a los hombres que habían convertido el lugar en simplemente una muchedumbre. Cada silla había sido tomada, así que otros hombres permanecían de pie, junto a las paredes, asintiendo.

—¿Cómo supones que consigamos que las mujeres vengan hasta acá?— preguntó Alfred Pope, el dueño del aserradero.

Pope, quien era mucho más bajo que Jason, siempre vestía costosos trajes al estilo *dandi*. Abrigo, camisa blanca, chaleco plateado de cachemir, corbata y pantalones. Su cabello se partía en el medio, cayendo a los lados. Jason jamás lo había visto diferente. Nunca utilizó la camisa de cuadros y los pantalones de lana propios de los hombres de Seattle, y ciertamente no era fanático de la piel de ciervo al igual que Jason.

—He estado pensando en eso,— dijo Jason. —Propongo que las importemos desde Massachusetts. La guerra acabó con la mayoría de los hombres allá, según cuenta mi hermana, Suzanne, quien vive en New Bedford. Le escribiré hoy y le preguntaré si puede encontrar mujeres que estén interesadas en viajar hasta acá y casarse. La próxima semana, Clancy regresará a Nueva York. Quiero que recoja a las mujeres junto con nuestros suministros regulares.

—Asa Mercer ya lo intentó. ¿Qué te hace pensar que tú vas a lograrlo?— gritó Mark Delany desde el fondo de la habitación.

—¿Cuántas mujeres crees que lograrán venir hasta aquí?— preguntó Craig Rowan, un molinero. Craig era robusto, con cabello rubio, gran pecho y de barba abundante, la cual cubría su doble mentón.

—Cien,— respondió Jason. —Y lo haré, aunque Asa haya fallado porque yo soy yo, y mi hermana ya se encuentra allá— Ella buscará a las mujeres y las animará a unirse a este viaje antes de que Adam, Drew y yo lleguemos.— Tengo a doscientos cincuenta y cinco hombres que necesitan esposas, pero no puedo traer más de cien mujeres. El *Bonnie Blue* no puede trasladar a más de esa cantidad.

—No puedo hacerlo,— dijo Clancy Abrams, capitán del *Bonnie Blue*, sacando su pipa de entre sus labios; su acento de Nueva Inglaterra lo destacaba. Su gorro de capitán, el cual estaba en extremo viejo, descansaba

sobre su cabello gris. Unas patillas gruesas y barba envejecida cubrían la mayor parte de su rostro. —El *Bonnie Blue* no será capaz de transportar nuestros suministros y a las mujeres.

—Bueno,— respondió Jason mientras masajeaba su propio cuello. — Enviaremos por las mujeres y cualquier suministro que necesites para el viaje. Luego de que llegues y las damas se pongan cómodas, regresarás a San Francisco para buscar nuestros suministros regulares, aunque nos cueste más dinero. Mientras no estemos, lo cual será por unos seis meses, contrataremos otro buque para que transporte provisiones regularmente.

—Me parece bien,— dijo Clancy.

—¿Cómo sabremos qué mujer será nuestra?— preguntó Russell Corbett, un leñador alto y de cabello oscuro.

—No lo sabemos.— Jason sabía que este acuerdo traería algunos problemas. Luego de contarles su idea, algunos hombres parecían solamente querer escoger una pareja y casarse con ella. —Todos deberán cortejarlas, ellas decidirán con quién se desposarán.

—Así es como debe ser,— dijo el reverendo Peabody, mientras los miraba por sobre sus anteojos. —Ninguna de estas mujeres será forzada a casarse con nadie.

—Estamos pagando cien dólares para traerlas hasta aquí, deberían al menos acceder a casarse con nosotros,— opinó Cy Bailey, un leñador conocido más por su espeso bigote que por su habilidad con el hacha.

—Eso no funcionará. No estamos comprando mujeres.— Jason suspiró mientras colocaba sus manos sobre su nuca. Él sabía que sería difícil, pero jamás pensó que sus trabajadores fuesen unos cavernarios. —Les preguntaremos si pueden viajar hasta aquí con la idea de casarse, eso es todo. Si ninguna mujer los encuentra atractivos, pues que así sea. El dinero que pagaron sólo cubre los gastos del viaje de las señoritas, el alimento que comerán durante el viaje y la construcción de un dormitorio donde se quedarán una vez lleguen.

Golpeó el mazo contra la madera.

—Ese es el plan, tómenlo o doy por cancelado este viaje,— reveló Jason a los trabajadores.

Las voces se apaciguaron.

—Bien. Le escribiré a mi hermana y ordenaré que la embarcación salga hoy mismo; luego Adam, Drew, y mi persona iremos a Massachusetts para escoltar y quizá ayudar a convencer a las mujeres a unirse al viaje. Al

escribirle a Suzanne con antelación, podemos hacer llegar la información más rápido.

—Muy bien,— respondieron los hombres. Algunos se dieron la mano, otros se dieron ánimo y otros hasta lanzaron sus sombreros al aire.

—Es hora de abrir el bar,— gritó Dolly desde el balcón interno para luego bajar las escaleras con la elegancia de una señorita.

—Gracias por permitirnos tener nuestra reunión aquí, Dolly.

—Sabes que haría lo que fuese por ti, Jason,— dijo con una sonrisa seductora.

—Sí, bien... Gracias.— Jason se retiró de la habitación y en el camino pensaba en que le diría a su hermana. Caminó rápidamente a la salida, llegando al camino de tierra. Las calles necesitaban entablados, pero no tenían el tiempo. Habían pagado por ello cada vez que la lluvia convertía los caminos en pozos de lodo, pero nunca se concluyó el proyecto.

Estaba feliz por el éxito de la reunión, pero no le emocionaba el viaje. No había ido hasta New Bedford desde la muerte de Cassie. Se sentía como un niño que corría tan rápido como un caballo, lejos de esos recuerdos. Pero ahora debía enfrentar a su pasado, y su mente no lograba enfocarse.

En su mente, su hogar estaba a kilómetros de la punta de la *Bride Veil Mountain*, desde donde se podía ver a la gente llegar por tierra. Sin embargo, en realidad era Dolly quien podía ver a las personas llegar desde el balcón que se encontraba sobre el bar. Un gran triángulo colgaba de allí para avisar que un buque estaba por arribar.

Cada buque que arribaba traía suministros, correo o incluso pasajeros. Luego de dejar la carga, la mayoría de los barcos eran cargados con madera— Madera Talbot. Tablas para la construcción de casas, postes para cercas y tablillas para los techos. Sea cual sea la madera solicitada, la compañía de Jason y sus hermanos la producirían sin problema, incluyendo las divisiones del ferrocarril que muy pronto recorrería todo el país. Sin embargo, muchos años pasarían antes de que los trenes tomaran el control del transporte norteamericano, pero Jason se mantenía optimista de que algún día ocurriría.

Cuando llegó a casa, tomó una pluma, tinta y papel, se dirigió rápidamente a la cocina y comenzó a pensar en cómo debía organizar sus palabras. Había un área designada para los negocios, en donde guardaba el papeleo de la compañía. Dado que vivía con sus otros hermanos, no existía un espacio designado para tener una oficina. Aunque no la necesitaba. Un cajón en su escritorio era suficiente, por ahora.

La cocina era una cocina para hombres. Contaba con una estufa de seis hornillas, heladera, lavabo con bomba, alacenas sobre los mostradores. Bajo los mostradores había cajones llenos de herramientas, cubertería, cuchillos y mucho más. La cocina no poseía despensa así que los alimentos estaban dispersos junto con ollas, sartenes y demás.

Luego de haber estado sentado en la mesa por minutos, finalmente pudo poner su mente en sincronía con sus palabras, por lo que escribió:

Agosto 01 de 1864.

Querida Suzanne,

¿Cómo te encuentras querida hermana? Tus hermanos y yo nos encontramos bien y te enviamos nuestro amor. Esperábamos que nos pudieses ayudar con algo. No encuentro una forma más delicada de explicarlo que esta, pero... necesitamos mujeres. Esposas para nuestros leñadores y los otros hombres del pueblo.

Mi intención es convencer a cien mujeres a venir hasta acá, y también quisiera que colocaras una especie de anuncio en el área para atraerlas; desde New Bedford pasando por Boston y hasta Nueva York.

Esta es la información que me gustaría publiques:

Se necesitan damiselas solteras, capaces para desposar caballeros trabajadores en el territorio de Seattle, Washington. Las mujeres tendrán cientos de hombres a elegir y si luego de un año las mismas no desean casarse o quedarse en la región, se les entregará un boleto de regreso a Massachusetts o San Francisco.

Las mujeres son la respuesta, Suzanne. Esposas. Mis hombres me han amenazado con irse, y necesito que se queden. Para ser honesto me encantaría que tus hermanos también sentaran cabeza. En cuanto a mí, creo que ese bote ya partió. Mi amor por muchas cosas desapareció con la muerte de Cassie. El único recuerdo que tengo de ella es nuestro hijo, Billy. No podrías reconocerlo, hermana. Tiene nueve años y es mi felicidad. Crece más rápido que la hierba y ya llegó al metro y medio. Si pudieses comprarle algunos libros, lo apreciaría. Ha leído todo lo que tengo al menos dos veces. El chico ha desarrollado un amor increíble por la astronomía y la matemática. ¿Podrías imaginarme a mí enseñándole sobre esos temas? Le muestro e instruyo tanto como se me es posible, pero no es suficiente y es por ello por lo que me gustaría que una de las mujeres que elijas esté suficientemente preparada para enseñar en la escuela del pueblo. Sólo hay

cuatro niños en el lugar, incluyéndolo. Con la llegada de las mujeres se crearán familias, por lo que se necesitará más que nunca una profesora.

Por favor has los cambios pertinentes para que la información sea lo más clara posible. Traeré conmigo a Drew y Adam, así que espero nos recibas.

¿Cómo se encuentra tu irritable esposo, por cierto? Imagino que te mantiene despierta y alerta. Tu hijo menor, Peter, seguramente estará ya hablando y caminando para cuando lleguemos en tres meses. Ya tiene tres años, ¿verdad?

Nos vemos pronto.

Con amor,

Jason

Decidió leerla una vez más antes de doblarla e introducirla cuidadosamente en un sobre dirigida a la Sra. Suzanne Pruitt, 2410 Harbor Way, New Bedford, Massachusetts.

Jason miró el reloj sobre la mesa y recordó que solamente tenía diez minutos, antes de que el *Gloriana*, un barco arrastradero, dejara el muelle. La embarcación estaba llena con madera que se dirigía a San Francisco, pero también llevaba consigo correo de Seattle que sería entregado a otro buque para que fuese llevado a Nueva York y Boston. Tenía que correr, rápido, para llegar a tiempo. Por suerte era cuesta abajo.

El capitán del *Bonnie Blue*, el Sr. Clancy, partiría en dos semanas con más correo, órdenes de provisiones, Jason, Adam y Drew como pasajeros. El bote era una elegante goleta, de más de treinta metros de largo y nueve de ancho. Podía soportar grandes cargas de madera y provisiones, mas esta vez albergaría, con suerte, a cien mujeres y sus equipajes.

Jason había puesto todas sus esperanzas en este plan, dado que, si fallaba, perdería a sus trabajadores. Sin leñadores, no hay leña que trabajar y sin trabajo no hay dinero. Por lo tanto, no había espacio para el fracaso.

Noviembre 04 de 1864.

Rachel Sawyer estaba sentada en la cocina de su amiga Lucy cuando la misma le entrego un anuncio que le habían dado en la ciudad. Lucy vivía con sus padres, pero quería mudarse lo más pronto posible, lo cual tenía sentido

para Rachel. Lucy no soportaba vivir bajo las órdenes de su padre, quien no era un buen hombre.

Lucy tomó con sus manos una taza de té y escuchó a Rachel leer la hoja de papel.

A todas las mujeres casaderas. Solicitamos damas que deseen realizar el viaje de su vida hasta Seattle, territorio de Washington, donde se les garantizarán hombres a desposar. Seattle es una ciudad maderera que alberga a más de trescientos hombres que están en busca de esposas. Requerimos cien mujeres aventureras dispuestas a ser parte de un viaje que cambiará su destino. Comuníquense con Jason Talbot, a través de la Sra. Suzanne Pruitt, 2410 Harbor Way, New Bedford, Massachusetts.

—Damas. Casaderas. ¿Lucy, tú qué opinas?

Chasqueó sus dedos. —Yo opino que deberíamos inscribirnos. Estoy segura de que nunca encontraremos esposos aquí. Todos se han ido a pelear en la guerra. A menos que quieras casarte con el extraño Sr. Keiper. Él siempre está en búsqueda de una nueva esposa.

La imagen de ese hombre gordo y casi calvo le provocó náuseas a Rachel.

—¿Qué hace con ellas? No es posible que la desaparición de todas esas mujeres sea un accidente. Pienso que las asesina, para así buscarse una nueva. Siempre me he dicho que debo investigar, pero tratándose de él, seguramente es algo siniestro.

Lucy encogió sus hombros y sacudió la cabeza. —Yo voy a hacerlo. Tú deberías también, esto suena más interesante que tu trabajo detectivesco con el Sr. Keiper y las esposas desaparecidas.

Por supuesto que lo harás, quieres dejar la casa de tus padres, y amas viajar. La idea de lugares lejanos, y aventura es algo que te inspira. Siendo honesta, creo que a mi igual. Aunque mi situación no es la peor, quisiera tener una familia propia.

Rachel suspiró lentamente.

—Me siento igual. No quiero esperar a estar desesperada y aceptar la propuesta del Sr. Keiper.

Si tan solo Ezra no hubiese muerto en la guerra, yo no estaría preocupándome por formar una familia. Ya la tendría. Una casa e hijos. Si solamente se hubiese casado conmigo antes de partir al combate, quizá tendría un hijo por el cual velar. Si esto continua, nunca seré capaz de ser madre.

—Oh, cariño. Eso no ocurrirá.

Rachel observó a su amiga. Lucy era irlandesa, pero su cabello era negro como la noche, sus ojos color esmeralda y el tono de su piel era pálido, así que era difícil creerlo. Tampoco tenía el temperamento relacionado con las personas irlandesas. Algunas veces la gente la llamaba —Negra Irlandesa—. Sin embargo, no tenía los ojos oscuros asociados con las personas de ascendencia española e irlandesa.

—Tengo veintiocho años, Lucy. Me consideran una anciana. Tuve mi oportunidad con Ezra; estuvimos enamorados por más de diez años, desde que éramos niños. Ezra quería culminar la escuela de medicina e iniciar sus prácticas, pero la guerra tocó a nuestras puertas y bueno, nunca regreso a casa.

Lucy tomó la mano de Rachel. —Entiendo todo lo que me has dicho, si alguien merece una familia eres tú. No eres una anciana. Eres sólo dos años mayor que yo y me niego a pensar que estoy muy vieja para casarme. No hay hombres para desposar en este lugar. Ni siquiera has tenido la oportunidad de rechazar a alguien. Ezra no valía la pena...escogió la guerra antes que a ti.

Rachel podía sentir la ira de Lucy cuando se hablaba de Ezra. Lucy estaba mucho más molesta con él que Rachel.

—Además, mírate. Eres hermosa. Tu cabello es dorado, y tus ojos reflejan el color violeta del cielo al atardecer. Si hubiera hombres aquí, no estarías soltera, te lo garantizo.

—No lo creo. Ezra siempre pensó que era algo común pero que aun así me amaba. Por otra parte, tú si eres especial, Lucy. Ninguna de nosotras encontrará a alguien. No hay hombres en esta ciudad que podamos desposar. Ese buque a Seattle es nuestra última oportunidad, y la de nuestras familias ¡También me uniré a esta aventura!— Respiró profundamente, con sus ojos brillando de felicidad. *Finalmente tenemos una oportunidad de crear una familia y un hogar. Quizá hasta encuentre el amor verdadero.*

Lucy se levantó y caminó hacia el escritorio al otro lado de la cocina. — Está decidido, iremos a Seattle. Le escribiré a esa mujer y le diré que deseamos ir.

Rachel golpeó la mesa con su mano. —No, eso tomará demasiado. Vive en New Bedford, no muy lejos de aquí, iré hasta allá mañana a primera hora y se lo diré en persona.

Lucy levantó una ceja. —¿Por qué esperar hasta mañana?

—Porque es muy tarde. No quiero regresar al anochecer.— A Rachel no le gustaba viajar de noche, aunque viviese en la tranquila New Bedford. Le traía terribles recuerdos de una fatídica noche en la que trabajaba como criada

en una gran mansión. El dueño, quien numerosas veces había sido visto observándola, la atacó en uno de los pasillos del lugar. Rachel sintió como sus manos rompían su vestido mientras intentaba empujarla... ¡No! Ella nunca volvería a hablar de lo que pasó esa noche. Vas a tener que decirle a tu futuro esposo, dijo una pequeña voz. *No, no puedo. Él no me violó, pero si su esposa no hubiese llegado para detenerlo... A pesar de no haber sido mi culpa, igual fui despedida; jamás me sentí tan feliz por estar desempleada. Volví a la fábrica después de esa noche. No ganaba mucho dinero, tuve que mudarme, pero al menos me sentía a salvo.* Sus manos apretaban tan fuerte la mesa que sus nudillos estaban pálidos. Logró relajarse y dejó caer sus manos sobre su regazo.

—Iré contigo mañana. Compartiremos un carruaje hasta allá y de regreso.

—Es un hecho. Nos vemos mañana a las nueve en punto de la mañana.

Lucy llegó justo a tiempo. Ambas planeaban tomar un carruaje hasta allá.

—Es hora de irnos.

Rachel tomó la mano de Lucy mientras viajaban. Rachel planeaba contarles a sus padres de su decisión una vez los planes estuviesen en marcha. De esa forma no perdería tiempo.

Diez minutos después, ambas se encontrarían frente a la casa de Suzanne Pruitt.

Rachel inhaló profundamente. —¿Estás lista?

Lucy asintió con la cabeza. —Asustada, pero lista.

Ambas caminaron hasta la puerta principal y Rachel tocó la puerta con fuerza.

Una mujer de edad avanzada con cabello gris y uniforme blanco abrió la puerta.

—¿Puedo ayudarles, señoritas?

—Sí, estamos aquí por el... Emm...

—¿Están aquí por el aviso, correcto?

—Sí, señora, exactamente.— Rachel comenzó a jugar con los hilos de su vestido.

—Sígueme, señoritas

La ama de llaves las condujo hasta el salón. Unas seis mujeres ya se encontraban sentadas allí.

—¿Estás aquí por el aviso?— Rachel preguntó a la mujer que se

encontraba junto a ella, una voluptuosa pelirroja. Al mismo tiempo se preguntó por qué no había más chicas. Quizá era muy temprano y habían decidido llegar luego. También se propuso memorizar a todas las mujeres en el salón. Después de todo, una buena detective siempre está atenta a qué ocurre a su alrededor.

—Sí ¿Qué tal tú?— preguntó una mujer de cabello castaño oscuro.

—También. Vimos el anuncio ayer. Soy Rachel Sawyer y esta es mi amiga Lucy Davison.

—Igualmente. Soy Nicole Wescott.— Volteó a ver a las otras mujeres en la habitación. —Esa es Karen Martell, de cabello negro, Bethany Van Ness, con el vestido azul, Charlene Belcher, con el vestido rosa, Bertha Corrigan, de cabello rubio y Nancy Picozzi con el vestido verde.

—Es un gusto conocerlas a todas,— dijeron Rachel y Lucy. Se vieron mutuamente y rieron.

—Estoy algo nerviosa,— admitió Rachel. Era la habitación más extraña que jamás hubiese visto. Cada centímetro había sido tomado por estanterías... todas repletas con libros. Le encantaba la idea, pero no podía comprender de dónde habían salido tantos libros. Frente a la chimenea había un área de lectura con dos sillas y un sofá. Rachel amaba como se veía todo el lugar y soñaba con algún día tener un hogar similar.

—Todas lo estamos,— dijo Nicole. —Sólo espero que aun tengamos oportunidad de ir.

—Buen día, señoritas— dijo una elegante y embarazada mujer. —Mi nombre es Suzanne Pruitt, ustedes están aquí para inscribirse en el viaje a Seattle, junto con mis hermanos. Ellos no se encuentran aquí aun, llegarán en unas dos semanas. Sin embargo, quiero correr la voz e inscribir a las potenciales candidatas.

—¿Podremos ir todas?— preguntó Lucy.

—Oh, sí. Mis hermanos esperan transportar al menos cien mujeres, y este grupo ha sido el primero en llegar.

Suzanne camino hasta la pequeña mesa junto a Rachel, la cual pareciese que hubiese sido puesta allí solamente para permitirles a las mujeres firmar. Dicha pieza de madera no iba en lo absoluto con la decoración del lugar.

—Ahora, señoritas,— Suzanne aplaudió para llamar la atención de todas. —Por favor, hagan una fila. Es necesario que todas firmen una aclaración. Incluyan sus nombres y direcciones. Mis hermanos anticipan que llegarán entre el día doce y el catorce de este mes. He solicitado un espacio cercano a la iglesia Presbiteriana para que puedan reunirse con ellos y conocerse. Por

favor, programen estar allí el día quince para que puedan verlos, y hacerles las preguntas que deseen

Las ocho mujeres que estaban en la fila escribieron sus nombres en la lista. Rachel fue la primera, y Lucy la segunda dado que ambas estaban más cerca de la mesa. Luego de que Lucy firmara, Rachel la tomó del brazo y sonrió.

—¡Lo hicimos! Nos hemos inscrito para ser esposas por correo ¿Puedes creerlo, Lucy? En menos de un año estaremos casadas ¿No estás feliz?

—Sí, quisiera gritar de la emoción, pero creo que no es muy femenino.

Rachel rio jocosamente. —No, creo que no lo sería

—Muy bien. Nuestra siguiente reunión será en la esquina de la iglesia Presbiteriana, entre las avenidas Midway y Cape Cod, el día 15 de noviembre. Mientras tanto, chicas tengan todo su equipaje en orden, en caso de que deban partir con anticipación,— aclaró Suzanne.

—No puedo creer que esto esté ocurriendo,— susurró Lucy a Rachel.

Rachel asintió. —Sí, es verdaderamente increíble. Finalmente tendremos nuestras propias familias.

—Oh, olvidé decirles,— aclaró Suzanne. —No se les está permitido más de una pieza de equipaje, y asegúrense que el mismo tenga su nombre escrito claramente. El barco cuenta con espacio limitado. El equipaje se colocará en la bóveda y por lo tanto será difícil de alcanzar. Les recomiendo que no lleven vestidos con armadores. Viajen ligero; las mujeres en Seattle llevan un estilo de vida muy diferente al nuestro. Es un lugar pequeño. Créanme cuando les digo que la ciudad les parecerá un mundo totalmente distinto.

CAPÍTULO II

Noviembre 14 de 1864.

Hogar de Suzanne y Arthur Pruitt.

Jason tocó a la puerta de la casa de Suzanne y Arthur. Drew, Adam y él esperaron pacientemente en el porche antes de ser recibidos. Los tres hombres vestían largas pieles de animal para poder lidiar con el frío abrazador. Todos estaban ansiosos por escuchar las noticias de Suzanne sobre los anuncios y la lista de mujeres que había creado.

La puerta se abrió, y de ella salió una hermosa y claramente embarazada Suzanne.

—¡Jason!

Suzanne se lanzó a los brazos de Jason.

Él la tomó como lo hacían de niños. Suzanne era la menor de los hermanos Talbot; con tan sólo veintiséis años y ya esperaba a su cuarto hijo. Claramente se había casado joven, y hasta donde Jason sabía, fue su decisión hacerlo a los diecisiete y con Arthur Pruitt.

Lo que su hermosa hermana veía en el malhumorado, corto de vista, de cabello castaño y maleducado Arthur Pruitt, era un misterio para todos, pero dado que no había nada que él pudiese hacer para que Suzanne cambiase de opinión, simplemente lo aceptó. Se casaron unos días después de que Jason y sus hermanos partieran a Seattle y a la montaña Bridal Veil, lugar donde compraron su aserradero más importante. Eso fue hace casi diez años, justo después de la muerte de la esposa de Jason, Cassie. Ella había muerto durante el parto de su único hijo, Billy. El dolor que esto le provocaba se hacía más tenue con el tiempo, pero su estómago aún se encogía cuando pensaba en ello. Sin embargo, su corazón parecía ya no sentir nada, lo cual agradecía. Diez días después de la muerte de Cassie, Jason tomó a su hijo y decidió criarlo en las montañas.

—Entren, rápido. Hace un frío insufrible.

Dio un paso hacia atrás y los dejó pasar.

En el salón se encontraban Arthur y sus tres hijos: Gillian, de nueve años, Scott, de seis y Peter. El cabello de Arthur estaba comenzando a verse algo gris pero sus ojos brillaban cada vez que Suzanne estaba cerca. Jason no podía imaginar los sentimientos de su cuñado, ya que él era muy poco expresivo.

Gillian era la viva imagen de su madre. La pequeña tenía grandes ojos azules, el cabello largo y rubio, mientras que Scott y Peter se parecían a su padre. Ambos niños tenían el cabello castaño; Scott de ojos azules como Suzanne.

A Billy le hubiese encantado conocer a sus primos. Jason deseó haberlo traído.

—Gillian. Suzanne dijo a sus hijos, —Scott y tú vayan y tomen los abrigos de nuestros invitados. Colóquenlos en el sofá del estudio de Papá.

—Sí, Madre. Dijo acercándose a Jason, —¿Puedo tomar tu abrigo, tío Jason?

Jason se quitó el abrigo, —Aquí tienes, querida sobrina.

Adam y Drew también se despojaron de sus pesados abrigos y se los dieron a los niños. Peter quien sólo tenía tres años, intentó llevar el abrigo de Drew al estudio, pero le fue imposible, así que tuvo que arrastrarlo.

Drew rio alegremente.

Suzanne caminó hasta el pequeño y tomó el abrigo, —Amor, aun eres muy pequeño para hacerlo. Deja que Gillian se encargue.

Peter la miró, —Sí, Madre.

Suzanne se puso de rodillas y besó la frente de su bebé, —El próximo año serás lo suficiente mayor para hacerlo ¿sí?

Él asintió con la cabeza y corrió detrás de sus hermanos.

Jason avanzó y extendió su brazo.

—Arthur. Es bueno verte

Se saludaron cordialmente.

—Igualmente, Jason.

Jason era el más alto de los hermanos. Adam, quien llamaba la atención por su cabello rubio, era unos centímetros más alto que Drew, quien era el más bajo de todos los hermanos, tenía el cabello oscuro y los ojos verdes igual que Jason. Cada uno se dio la mano con su cuñado y abrazó felizmente a su hermana. Estaban juntos de nuevo.

Jason miró a su alrededor. Suzanne vivía en una gran casa de dos plantas la cual poseía enormes ventanales que dejaban pasar la luz del sol. El suelo estaba hecho de roble pulido, y había sido cubierto por alfombra oriental.

—Tienes un hogar hermoso.

—Gracias. Ven conmigo. Suzanne se dio la vuelta y caminó hasta el final del pasillo el cual estaba cubierto por una hermosa alfombra verde pino con detalles color plata. Las paredes estaban pintadas de un tono verde claro con

detalles color crema y papel tapiz floral. El aire en la casa se sentía frío por una ventana que se encontraba abierta. Suzanne cerró la ventana y luego condujo a la familia hasta la sala donde se encontraba la chimenea.

La habitación estaba rodeada por estanterías abarrotadas con libros. Jason recordó lo mucho que Suzanne disfrutaba leer. Para el momento en que tenía edad suficiente para leer y escribir por su cuenta, Suzanne se prometió que tendría una habitación llena de libros. La pared frente a la puerta estaba cubierta por múltiples ventanales que daban al jardín trasero. Jason soñaba con tener un lugar como este en casa. A Billy le encantaría. Él era similar a su tía en ese sentido... amaba leer.

Un sofá azul, junto a un pequeño número de sillas del mismo tono formaba un semicírculo frente a la chimenea.

También había pequeñas mesas entre el sofá y las sillas, sobre ellas estaban un par de pequeñas y elegantes lámparas que hacían de la habitación un lugar perfecto para relajarse y recibir invitados.

El hogar de Arthur y Suzanne era en extremo diferente a la casa que Jason y sus hermanos compartían. No poseían elaborados muebles o papel tapiz. Su casa estaba hecha de madera natural. Era una casa de campo bastante sólida, con lodo entre los troncos para soportar el clima extremo. Práctico, no elegante.

—Amo este lugar. Hay tantos aspectos que me gustaría incorporar en nuestra casa, pero vivimos de forma rústica,— dijo Adam.

—Gracias,— dijo Arthur, —Cuando Suzie vio esta habitación, se enamoró de la casa y tuvimos que comprarla. haló de un cordel que salía de la pared, —El resto de la casa podía haber estado en llamas, y aun así no le importaría.

Suzanne y Arthur se sentaron en el sofá junto con Jason. Drew y Adam se sentaron en las otras sillas.

Luego de esto, una mujer robusta, de edad indeterminada, con uniforme blanco y cabello gris, apareció en la habitación.

—¿Llamó usted, señor?

—Sí, Señora Gates ¿podría traernos una bandeja con té y algunos emparedados, por favor? Nuestros invitados están algo hambrientos,— respondió Arthur.

—Enseguida. Bajó el mentón y se retiró.

Después de que el ama de llaves se retirara, Jason comentó, —La Señora Gates es nueva. ¿Qué le ocurrió a la Señora Caldwell?

—Se retiró. Está viviendo en el campo junto con su hermana,— dijo Suzanne, —La Señora Gates ha estado con nosotros por más de seis años. La contratamos luego del nacimiento de Scott. Lo sabrías si nos hubieses visitado.

Jason se sintió apenado por el comentario, —Sabes que no podemos ausentarnos por mucho tiempo, por la compañía. Todos hemos estado ocupándonos de ella para que tenga éxito, ahora que lo hemos logrado, te visitaremos más seguido.

—Dado que hemos cambiado el tema, es hora de hablar de negocios. Drew se inclinó hacia adelante, colocando una mano sobre su rodilla y la otra frente a él mismo.

Suzanne hizo una mueca y volteó sus ojos.

—Eso es tan tú, siempre estás ansioso por algo. Deberías relajarte un poco y llevar las cosas con más calma. Quizá cuando encuentres una esposa, empieces a disfrutar un poco más tu vida.

Drew sacudió la cabeza y puso sus manos al aire.

—Oh, no. Ninguna de estas mujeres es para mí. No estoy listo para casarme. Quizá nunca lo haga. No hay mujer que soporte mi estilo de vida.

Suzanne soltó una carcajada.

—Ya veremos. Apuesto a que, si de verdad encontramos a cien mujeres para el viaje, al menos uno de ustedes encontrará una esposa.

Los hermanos sacudieron sus cabezas.

—Estas mujeres no son para nosotros,— insistió Jason, —Son para nuestros trabajadores. Específicamente para los leñadores y los molineros. Para nuestros cantineros y comerciantes.

—Así que no se verán atraídos por ninguna ¿correcto?— dijo Suzanne, con el ceño fruncido.

Su tono sonaba burlón y sarcástico, así que Jason sólo la ignoró, — Exactamente.

—¿Pasarán tres meses en el mar junto con unas cien mujeres, y no piensan en la posibilidad de que podrían enamorarse y querer casarse con una de ellas?

—No, no lo había considerado,— respondió Jason mientras pensaba en sus últimos días con Cassie, —He estado casado, ya mi oportunidad pasó.

—Quizá,— interrumpió Suzanne, —Pero siempre hay una segunda oportunidad.

Suzanne colocó su mano sobre la rodilla de su hermano, —Jason, tienes treinta y seis años. Estoy segura de que Cassie no estaría feliz con que

estuvieses solo y sin amor.

Él no respondió. Su garganta se sentía seca, y su corazón parecía estarse encogiendo. Miró hacia la ventana, recordando lo especial que fue su vida con Cassie. No era capaz de permitir que el amor entrara en su vida otra vez. Tenían los mismos intereses, gustos y disgustos. Se habían casado jóvenes. Él tenía diecinueve y ella diecisiete. Jamás pelearon en los siete años que tuvieron de casados. Algunos decían que su matrimonio era aburrido. Jason lo llamaba cómodo.

Su mirada volvió a concentrarse en su hermana, —¿Publicaste el anuncio?

Suzanne asintió, —Lo publiqué en los periódicos de New Bedford, también en Boston y Nueva York.

—Bien. ¿Alguna ha respondido?

Suzanne sonrió.

—Sí, Ya he registrado a un grupo numeroso, muchas están interesadas y otras lo están *pensando*. Estas mujeres quieren esposos. Sin embargo, la idea de dejar atrás a sus familias y amigos no es fácil de asimilar. Es una elección que cambiará sus vidas

—¿Existe alguna posibilidad de que podamos entrevistar a estas mujeres para asegurarnos de que son merecedoras de nuestros empleados?— preguntó Adam.

—Sí,— alegó Drew, —No queremos prostitutas o criminales. Necesitarán entender que es un viaje largo y que Seattle no es Massachusetts, donde puedes ir a la tienda a comprar. Tendrán que aprender a hacer muchas cosas— mantequilla, pan, mermelada e incluso sus ropas. Es todo un estilo de vida.

—He reservado un espacio cercano a la iglesia Presbiteriana. Mañana es un día ideal para las entrevistas. ¿cuánto tiempo piensan quedarse?— preguntó Suzanne mientras miraba a sus hermanos.

Jason se acercó a la chimenea y frotó sus manos mientras observaba el fuego intenso que se contenía dentro de la estufa, —No más de dos meses. Si no registramos cien mujeres para finales de enero, igual partiremos. En dos meses el mar estará más calmado haciendo el viaje más sencillo. Si más mujeres desean registrarse luego de nuestra partida, envíenlas a Seattle en el bote siguiente. Díganle al capitán que Jason Talbot le pagará el costo del viaje. Sin embargo, si llegamos a nuestra meta antes del primer mes, partiremos antes de lo previsto.

La puerta se abrió y la Señora Gates entró empujando un pequeño carro con emparedados y té.

—Oh, han llegado los refrigerios. Gracias, Señora Gates. Puede dejar el carro aquí, junto a la silla. Suzanne se dio la vuelta y tomó un par de emparedados, —Caballeros, son totalmente capaces de servirse ustedes mismos. Arthur, querido ¿podrías prepararme una taza de té, por favor.?

—Por supuesto, amada mía.

—¿Lo ves? Esa es otra razón por la que no voy a casarme... todos esos *mi amor y amada*,— exclamó Drew.

Arthur no pudo contener su risa. Sacudió su cabeza, la cual estaba llena de canas. Jason estaba seguro de que cada cabello gris en la cabeza de Arthur se debía a su vida junto a Suzanne. Ella era todo un reto, pero Arthur estaba feliz y se notaba que estaba perdidamente enamorado. Tomó su mano y la besó. Él siempre hacía eso; actuaba como si siempre estuviesen en un eterno cortejo. ¿Era esa la razón por la cual Suzanne siempre estaba tan feliz?

¿Alguna vez vi a Cassie así? La amaba, pero nuestro matrimonio era diferente. Éramos reservados. Incluso hacer el amor era un ritual tranquilo. No recuerdo haberla escuchado decir mi nombre durante un orgasmo... o ningún nombre. En su caso, usualmente era una sacudida y eso era todo. Si alguna vez me casara de nuevo, espero que sea con una mujer apasionada, segura, que grite mi nombre cuando llegue al éxtasis.

Jason rio brevemente mientras analizaba sus pensamientos. Ya no importaban. Él consideraba que era muy tarde para pensar en nuevas nupcias.

Noviembre 15 de 1864.

Iglesia Presbiteriana, New Bedford, Massachusetts.

—Señoritas. Señoritas, tomen asiento por favor.

El hombre gritó para apaciguar las voces que murmuraban alrededor.

Las voces lentamente cesaron, las miradas se enfocaron en el apuesto hombre frente a ellas, —Señoritas, les garantizo un lugar en el barco, pero necesito saber quiénes son para poder colocarlo en el manifiesto del capitán. Mi nombre es Jason Talbot y estos mis hermanos, Adam y Drew,— señaló a los otros extraordinariamente atractivos caballeros detrás de él, —Estamos aquí porque debemos encontrar a cien señoritas que deseen viajar a Seattle, territorio de Washington, para posiblemente desposar a nuestros leñadores o a los otros trabajadores del pueblo. Bien, comenzaré a leer los nombres de la

lista, respondan con “Aquí— si su nombre es llamado. Rachel Sawyer.

—Aquí,— respondió Rachel.

—Lucy Davison,— dijo Jason.

—Aquí,— dijo Lucy.

Rachel intentó concentrarse en la apariencia de todos, le gustaba practicar sus habilidades como detective. Sin embargo, sus ojos constantemente se veían atraídos por el hombre frente a ella. Jason Talbot. Jamás pensó que descubriría a un hombre tan atractivo, y mucho mayor a ella. Era alto, con hombros prominentes, una estilizada cintura y largas piernas; él era la viva imagen de su hombre soñado. Su cabello era de un tono marrón oscuro, con unos pálidos reflejos provocados por el sol y cortos rizos al final, todo esto enmarcaba su rostro como a una obra de arte. Su piel era de un color dorado tostado, probablemente porque trabajaba al aire libre; y sus dientes eran tan blancos, que iluminaban la habitación cuando sonreía, y ahora, le sonreía a ella, sus ojos se conectaron como si ambos se conociesen.

Rachel se levantó, ignorando lo que ocurría a su alrededor.

—¿Señorita Sawyer? ¿Tiene alguna pregunta?— le preguntó Jason.

—Uh. Oh, no, gracias. Estoy bien. Se sonrojó y miró hacia otro lado.

Lucy rio y haló del brazo de Rachel. Mientras caminaban hasta el final del salón, Rachel se dio cuenta de que la iglesia tenía suficientes asientos para sentar a unas 150 personas. El lugar estaba lleno de mujeres de todos los talles y colores, desde la más delgada hasta la más gruesa. Sus edades variaban bastante, comenzando por dieciocho y culminando en un poco más de cuarenta.

—Rachel ¿Qué ocurre contigo?— La expresión de Lucy cambió, ya no estaba riendo, —Nunca te he visto responderle así a un hombre. Estabas... hipnotizada.

Se sintió avergonzada, —No lo estaba.

—Claro que sí.

Los hombros de Rachel se encogieron, mientras su mirada bajaba, —Oh, dios, debí haberme visto ridícula

—No en realidad, él solamente te sonreía a ti.

—¿En serio?— Rachel miró al frente. Él aún estaba mirando en su dirección. Nuevamente sus ojos se clavaron al suelo.

—Sí, en serio. Jamás te había visto con esos rizos. Me gustan. Lucy miró a Rachel, —Hacen que resalten tus ojos violetas.

—Ah, Lucy, eres tan dulce ¿qué haría sin ti? Temía que mi cabello no se viera bien ya que no los uso a diario. No sé si fue buena idea, pero esto es una

ocasión especial. Me hace feliz que te gusten, espero que él opine lo mismo. Sus ojos no paraban de mirar a Jason Talbot.

—Estoy segura de que así es, y yo te ayudaré a averiguarlo porque yo también voy a Seattle.

Rachel apretó la mano de Lucy.

—Eso me hace muy feliz.

Caminaron de vuelta a sus asientos junto a las otras mujeres, quienes ya habían sido admitidas en la lista y aprobadas, aunque creo que los requerimientos no eran demasiados. Lucy y ella se sentaron y esperaron pacientemente la próxima etapa de selección.

De pie en el estrado, hablando con las otras mujeres estaba otro hermano.

—Hola, Señoritas. Mi nombre es Adam Talbot. Mi trabajo será explicarles que ocurrirá al partir. Dado que nos acercamos a la meta, quizá zarpemos en un mes. Ese período es suficiente para que pongan en orden sus asuntos y estén preparadas para irnos el 15 de diciembre ¿Alguna de las presentes no está de acuerdo con esto?

Al principio, nadie se movió, luego una mano tímidamente se alzó de entre la multitud. La mujer era increíblemente hermosa, de piel pálida, ojos azules y cabello negro.

—Sí, señorita ¿cuál es la pregunta?

—Mi hijo no ha terminado la escuela para entonces. Las clases no culminan hasta el 20 de diciembre.

—¿Hijo?— repitió Adam.

Rachel se acercó y le susurró a Lucy, —No creo que incluir a un niño en este viaje sea una buena idea. Pienso que será difícil.

—Sí,— dijo la mujer, —Nunca se mencionó que no podíamos llevar a nuestros hijos, el trato era que no podíamos estar casadas con alguien aquí. Bien, no estoy casada, pero tengo dos hijos.

—Bueno, no lo sé, Yo...uh, Jason,— balbuceó Adam, miró sobre su hombro, a la dirección de Jason, Drew y Suzanne.

—¿Sí?— preguntó Jason.

—Esta mujer tiene dos hijos.

La mujer miró a Jason, —Es correcto, Señor Talbot, tengo dos hijos. Antes de prohibirme ir, quiero que sepa que soy partera certificada y casi un doctor. Volteó su cabeza y echó un vistazo a las demás mujeres en la audiencia, —No pude terminar mis estudios universitarios porque decidí casarme, pero me necesitan, Sr. Talbot. Cuando estas mujeres se casen, los bebés serán lo

siguiente que ocurra.

—Bien, señorita

—Es Martell, Karen Martell.

—Bien, Señora Martell, tiene razón, sí necesitaremos sus servicios como partera. No tenemos un doctor en Seattle, así que su conocimiento médico también salvará y ayudará a muchos. Dicho esto, le recomiendo que considere sacar a su hijo de la escuela unos días antes.

—Sólo uno de mis hijos está en la escuela, su nombre es Larry. Está en primer grado.

Jason ladeó su cabeza y volteó los ojos, —A tan temprana edad, dejar la escuela cinco días antes no marca la diferencia, y usted lo sabe, ¿cuál es el verdadero problema, Señora Martell?

Rachel no podía entender por qué alguien querría incluir niños en esto, ya el viaje representaba algo incómodo para los adultos, así que para los niños sería aún peor.

Karen Martell se puso firme y subió el mentón, —Sólo quería saber su opinión en cuanto al tema. Hay muchas viudas con hijos que buscan casarse nuevamente.

—Haremos un par de excepciones. Sin embargo, preferimos que las mujeres que nos acompañen no tengan hijos. No podemos garantizar que las mismas encuentren esposo. Muchos hombres no quieren lidiar con miembros familiares que no están relacionados con ellos,— dijo Adam Talbot, —A otros no les importará, pero es algo que se puede predecir.

Karen asintió, —Entiendo.

Se levantó y decidió retirarse.

—Señora Martell, siempre podemos hacer excepciones, y usted es una. Nos encantaría que nos acompañara a Seattle,— dijo Adam, sonriendo, — Habrá menos candidatos para usted, pero dada su educación y experiencia, puede que tenga suerte.

Rachel observó a Karen Martell mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro. Se veía radiante.

—Gracias. Estaremos listos para la fecha que indicó,— dijo Karen Martell.

—Muy bien,— respondió Adam, —Excelente.

Rachel observó a Adam Talbot mientras este miraba a Karen, se notaba que había cierto interés de su parte. Karen Martell parecía ignorarlo intencionalmente, o quizá no se daba cuenta.

No entendió por qué los observaba si su verdadero interés estaba en Jason.

Rachel le escribió a su madre para contarle qué estaba a punto de ocurrir. Pensilvania estaba muy lejos como para visitarla antes de partir a Seattle.

Diciembre 01 de 1864.

Querida madre,

Viajaré a Seattle, territorio de Washington. Está realmente lejos de aquí, al otro lado del continente, al norte de California. He decidido convertirme en una esposa por correo. Perdimos a muchos hombres debido a la guerra, ya no hay nadie a quien desposar. A veces maldigo a Ezra por haberme hecho venir aquí, luego unirse al ejército, y morir en batalla.

Me prometió que estaría seguro, que nada les ocurriría a los doctores, pero no fue así y murió. Sé que estás al tanto de ello y no debería seguir repitiéndolo. Sin embargo, necesito que entiendas las razones de mi decisión.

Uno de los hombres que vino hasta acá buscando mujeres para desposar a sus trabajadores se llama Jason Talbot. Sentí como si un rayo me hubiese golpeado cuando lo conocí por primera vez. Estoy a punto de hacer algo que jamás creí capaz de hacer...iré tras el hombre que quiero.

Esperé por Ezra, y terminamos comprometidos por casi diez años. Su carrera siempre fue prioridad, él deseaba estudiar y culminar sus prácticas. Luego la guerra tocó a la puerta, y dijo que tenía que cumplir con su responsabilidad. No dejaré que eso vuelva a ocurrir.

Deséame suerte, madre. Te escribiré una vez esté en Seattle.

Te amo mucho. Dale a papá un beso de mi parte.

Por siempre tu hija,

Rachel

Diciembre 15 de 1864.

Muelles de New Bedford, Massachusetts.

Jason se paró sobre el puente del barco y miró como se cumplía su meta de transportar a cien mujeres en el *Bonnie Blue*. Dado que el espacio sería limitado, Adam, Drew y él compartirían el camarote junto al capitán, Clancy.

Sólo pensarlo le provocaba dolor de cabeza. Sería un largo viaje.

Eso no importaba. Lo asombroso era que habían cumplido con su palabra. Cien mujeres... cien esposas. Noventa y nueve si Adam decidía casarse. Jason pudo notar que los ojos de su hermano no habían podido apartarse de la hermosa Karen Martell.

Jason tenía que admitirlo, era una mujer muy atractiva, pero no era su tipo. Él pensaba que Rachel Sawyer era el ser más hermoso que jamás hubiese visto. Si estuviese interesado en una esposa, ella hubiese sido su elección, pero ese no era el caso. Tenía a Billy, y aun amaba y recordaba a Cassie. Eso era suficiente. Sin embargo, eso no detenía sus ojos, los cuales miraban atentamente a la bella Señorita Sawyer. O a su mente de pensarla por las noches, cuando todo estaba en calma.

Se preguntó si debía preocuparse por Billy, quien estaba solo con sus tíos, pero todos habían participado en su crianza. Cuando Billy era un bebé, todos los hermanos de Jason se ofrecieron como voluntarios para ayudarlo. De esa forma, Jason nunca estuvo solo. Todos en algún momento lo alimentaron, cambiaron, bañaron y calmaron. Billy era un niño con mucha suerte. Se podía decir que era como tener cinco padres. ¿Era eso suficiente? ¿necesitaba una madre?

Jason observó los rostros de las mujeres y miró a Rachel. Ella y Lucy conversaban amistosamente. Lucy era una mujer graciosa, pensó, dado que siempre reía y era algo torpe... especialmente cuando Drew estaba cerca. Jason se preguntaba si Drew tenía idea de que algunas damas se sentían atraídas por él.

La preparación del barco tomó toda la mañana, pero finalmente lograron organizar todo y la nave estaba lista para mañana a primera hora. Jason estaba al tanto de que algunas se arrepentirían antes de salir. Él sinceramente esperaba que Rachel Sawyer no fuese una de ellas.

El *Bonnie Blue* saldría con la primera marea. Para entonces, todas las mujeres estarían tan lejos de tierra que no habría posibilidad de regresar. No había tiempo para mirar atrás. Sólo adelante.

Las comidas se tomaban en turnos. Sólo había espacio para veinticinco personas a la vez. Luego de que todos comieron, ella decidió acercarse. Rachel observó a Jason Talbot por semanas antes de atreverse a hablarle. Mientras viajaban hacia las costas de Suramérica, decidió que era ahora o

nunca.

—Sr. Talbot.

—Sí, Srta. Sawyer. ¿En qué puedo ayudarla?

—Sé que estoy siendo increíblemente atrevida,— Rachel podía sentir como se ruborizaba. No podía controlarse, aunque quisiera, —Pero me preguntaba, uh, si usted sabe algo de astronomía. Las estrellas se ven particularmente hermosas esta noche.

Él sonrió, —Sí sé un poco de ello. ¿le gustaría acompañarme a la cubierta para compartir mis conocimientos con usted.?

Ella se dirigió a la cubierta, y él la seguiría. Los pasillos eran tremendamente estrechos.

Y así fue como todo comenzó.

Rachel se paró junto a la baranda, observaba la tranquilidad y belleza del océano. Estaba segura de que Jason estaría allí pronto, aunque no fue insistente, ella estaba segura de que él la vio retirarse del grupo. Habían comido al mismo tiempo, aunque en mesas diferentes.

Él se sentó con sus hermanos, el capitán y el primer oficial.

Ella se sentó con Lucy y muchas otras mujeres, incluyendo a Karen Martell y sus dos hijos, el pequeño Larry, de seis años y Patty, de tres años. Los niños se comportaban bastante bien a pesar del confinamiento de la nave, Karen los mantenía ocupados con juegos y proyectos. No los dejaba salir sin ella o sin la compañía de otra mujer. La cubierta era un área peligrosa.

Afortunadamente, la mayoría de las mujeres eran buenas navegantes. Sin embargo, muchas de ellas no podían soportar la grandeza del mar, provocándoles mareos.

Aquellas que disfrutaban de estar fuera, aprendieron a llevarse bien con el vaivén de la nave.

Rachel era una de ellas. Ella amaba el océano. El aroma salado luego de una tormenta era increíble. Quedó totalmente admirada luego de escabullirse para poder observar los rayos golpear el mar a la distancia.

Luego fue informada de lo peligroso de sus acciones. Los rayos y la madera no suelen llevarse bien. Era poco común que un rayo golpeará el mástil principal de una nave. Sin embargo, esto podía causar un temblor o el quiebre del mástil, esto usualmente lanzaría por la borda a cualquier marinero, provocando su posible muerte. Las velas a veces se prendían en fuego, pero la

experiencia del capitán y la tripulación siempre mantenía todo bajo control.

Aunque sabía todo esto, Rachel no se detenía y a veces disfrutaba de observar la tormenta desde las escaleras que daban a la cubierta. Jason sabía esto, así que sabía exactamente dónde encontrarla. Ella a veces se quedaba allí esperándolo para que pudiesen pasar algo de tiempo juntos.

Una noche, Rachel vio a Jason pararse detrás del capitán quien estaba al timón. Jason colocó sus manos sobre su cintura y disfrutó del viento marino agitando su cabello, el cual se llenó de suaves rizos. Parecía como si el mundo fuese su propiedad. Rachel pensó que se veía magnífico.

Sólo se reunían por las noches, lo cual la entristecía, pero prefería que fuese así y no lo contrario. Él no estaba listo, quizá nunca lo estaría, para reunirse con ella durante el día, cuando pudiesen ser vistos.

Ella no lo culpaba. Rachel se sentía igual. No quería que Lucy le diese un sermón sobre enamorarse demasiado rápido de un hombre que claramente estaba fuera de sus posibilidades.

—¿Jason, por qué no quieres verme durante el día? ¿Te avergüenzas de mí?

Él cerró sus ojos y colocó sus brazos alrededor de Rachel.

—No, no estoy avergonzado de ti. Eres la mujer más dulce y hermosa que conozco. Sin embargo, no soy un hombre libre.

Ella lo apartó y se dio vuelta, —¿Estás casado?

Jason colocó sus manos sobre Rachel y la abrazó, —Lo estaba. Cassie murió dando a luz a nuestro hijo, Billy. Él tiene diez años.

—Si tu esposa murió hace diez años ¿por qué piensas que no eres libre?

—Amaba a Cassie. Todavía la amo. No seré capaz de darte lo que necesitas.

Rachel lo miró y con una sonrisa colocó sus manos sobre el rostro de Jason, —No sabes lo que necesito. Tú eres lo que necesito. Así que bésame, y déjame tomar mis propias decisiones.

Rachel hacía lo imposible por obtener algo de felicidad. Incluso sabiendo que todo podía terminar mañana, ella pondría en riesgo su corazón y vigor, e intentaría lo imposible para hacerle entender a él, que también, podía llegar a amarla.

¿Dios, cómo puedo vencer a un fantasma?

CAPÍTULO III

Abril 21 de 1865.

Esta sería la última noche en el Bonnie Blue antes de llegar a Seattle.

Luego de casi tres meses en el mar, Jason aún se encontraba con ella cuando la luna tomaba el cielo. Su dorado cabello lucía tan brillante como las estrellas.

—No debería acercarse tanto a la baranda, señorita Sawyer.

—¿Por qué no, señor Talbot?

Los ojos de Rachel contemplaban el océano, se sentía indiferente ante la presencia de Jason.

—Podría ceder con el más mínimo esfuerzo.

Ella dejó salir una fuerte carcajada. —No sea ridículo, señor Talbot. He visto a la tripulación caminar sobre estas cosas muchas veces. ¿Cuál es la verdadera razón por la que no desea que esté cerca de la baranda?

Él no se movió, pero habló desde la oscuridad.

—Esperaba que me acompañaras aquí, bajo la sombra del mástil principal. Es una noche tan hermosa.

Rachel se dio la vuelta y se acercó antes de que él pudiese terminar la oración.

Tocó su mejilla y apartó un rizo rebelde que tocaba su frente, pero la fuerte brisa jugaba con su cabello. Lo llevaba suelto. Parecían ondas de oro que llegaban hasta su cintura. Jason deseaba poder tomarla del cabello. Necesitaba tenerla cerca.

Rachel se acercó a él sin pensarlo, casi parecía que podían leer sus mentes.

—Ahora que estoy aquí ¿Qué deseas hacer conmigo?

—Esto.

Bajó su cabeza y mientras rosaba sus labios ambos compartieron un beso memorable. Podía sentirse el deseo.

Ella colocó sus manos alrededor de su cuello.

Jason la haló más, al punto en que ambos compartían un mismo aroma. No había nada que ocultar.

Finalmente, el beso fue roto, pero él no quería soltarla.

—Eres una tentación, Rachel, jamás me había sentido así.

Ella acariciaba los rizos del cabello de Jason, estos caían hasta el delicado cuello de su camisa. —Me alegra no ser la única que se siente así.

Jason se acercó a su oreja y susurró. —Podría tomarte cuando quiera...

Rachel respondió entre jadeos. —Y yo no me resistiría...

Levantó la mirada y ladeó la cabeza. —No serías capaz.

Ella suspiró profundamente. —Tú tampoco.

Las manos de Jason jugaban con el cabello dorado de Rachel, pero la brisa parecía querer evitarlo.

—¿Dónde nos deja esto.— Él tomo sus manos y las acercó a su rostro, se podía sentir el aroma de su jabón de rosas.

—Justo donde estábamos cuando el viaje comenzó hace tres meses. Lejos, muy lejos. Quiero una oportunidad para probarte que te amo, pero tú no quieres mi amor, — su mirada cambió. —Así que, esto es todo. Nuestro último juego a medianoche.

—Así es, mañana llegaremos a Seattle.

—Bésame, Jason. Quiero un beso que no pueda olvidar jamás.

Él la tomó en sus brazos, bajo la barbilla y comenzó a besarla tiernamente, luego rápidamente se transformó en un beso intenso que pudo haberlos derretido a ambos. Estaban tan cerca que era difícil diferenciarlos.

Jason se retiró primero.

—Debo parar, siento la necesidad de tomarte justo aquí, frente a este vasto mar.

—No te detendría.

—Lo sé. Es por ello por lo que debo parar. La realidad me invade, como siempre.— *La actitud de Rachel es tan osada, y gracias a eso es que fuimos capaces de tener estos momentos. Ella es tan diferente a Cassie, eso me gusta. Pero debo parar. No existe un futuro en donde estemos juntos, y debo dejar de pretender que sí.*

Jason la dejó ir de inmediato, sus manos tocaron sus hombros una última vez antes de volver a la normalidad.

—Buenas noches, Srta. Sawyer.

Ella lo miro, y con el brillo lunar, sus lágrimas salieron a relucir. Sin embargo, Rachel no las dejó caer.

En cambio, tomó su bufanda y la colocó firmemente alrededor de su cuello. Rachel cubrió su vestido morado con el abrigo que llevaba y arregló su cabello. ¿Sabía Rachel que ese era el vestido favorito de Jason? ¿Lo eligió para él? Jason esperaba que sí.

—Buenas noches, Sr. Talbot.

¿La deseaba o no? Él la vio irse, con la cabeza en alto, hasta las escaleras que bajaban a los compartimientos.

Jason se quedó allí de pie por unos instantes, tratando de entender el movimiento de la nave y las olas, buscando relajarse. Le pedía a su mente que la dejara ir, y a su corazón que la olvidara. ¿La amaba? No, no era posible. Él aun amaba a Cassie ¿cierto?

Justo antes del amanecer, Jason regresó a la habitación que él compartía con sus hermanos y el capitán Clancy. De vuelta a la vida que conocía. Al fin estaba lejos de esa sirena y de su canción concupiscente. Señor, si ella lo hubiese querido, hubiese acabado conmigo. No soy capaz de resistirme a su esencia, o a su cuerpo.

Abril 22 de 1865.

Seattle, Territorio de Washington.

Rachel escuchó el sonido de un triángulo a la distancia. Había una mujer de pie, en el balcón de una hermosa casa de dos pisos, tocándolo como si fuese una campana de iglesia.

—El bote arribó. Ya están aquí, — gritó de tal forma que hasta Rachel pudo escucharla.

En las calles se podía ver como las personas se acercaban, todos dejaban sus tareas para ir a admirar a las cien mujeres que cruzaron el mar en búsqueda de una nueva vida y una familia. Rachel observó como la muchedumbre crecía alrededor del muelle.

Jason y Adam Talbot fueron los primeros en bajar de la nave, y ayudaron a la tripulación a atar al *Bonnie Blue*.

Drew fue el siguiente en bajar del buque. Cuando tocó el muelle, le tomó unos segundos poder caminar normalmente, era claro que necesitaba estirar sus piernas después de haber pasado tres meses navegando.

Todos en el bote se sentían igual excepto Clancy. El caminaba igual sin importar donde estuviese.

Clancy caminó hasta la casa que Rachel había visto, dejando a los Talbot con la responsabilidad de lidiar con las mujeres.

Jason le había dicho que todas vivirían en dormitorios construidos

especialmente para ellas. Los edificios tendrían cuartos de baño y bombas de agua en la cocina y otras áreas. Cada cuarto de baño tenía una estufa para mantener las habitaciones y el agua de la bañera caliente. La cocina tenía cubos de metal para poder calentar el agua sobre el fuego.

Cada cocina tenía cuatro hornos con hasta cuatro hornillas, platos, sartenes, vasos, cubertería y grandes cantidades de comida. La bomba proporcionaba agua al lavabo. Las mesas en cada cocina podían sentar hasta catorce personas. Largas bancas rodeaban la mesa, así como dos sillas en cada cabecera. Las heladeras contenían carne, leche y mantequilla. Ninguna mujer moriría de hambre en Seattle.

Mientras bajaba, Rachel miró a su alrededor. Era un pueblo pequeño, lo cual la hizo dudar. Comparado con New Bedford, Seattle era una ciudad simple, pero jamás se lo diría a Jason.

El lugar estaba rodeado por árboles de pino gigantes, y una enorme montaña con nieve podía verse al horizonte. Rachel debía admitir que la vista era hermosa y salvaje.

Cuando las mujeres abandonaron la nave, la mayoría comenzó a hacerle preguntas a Rachel. Ella había sido escogida como la líder del grupo, obviamente por presunta relación que tenía con Jason.

—Señoritas, por favor.— movió sus brazos rápidamente en frente de ella. —Nos reuniremos en el dormitorio número uno. Esta noche, a las siete. Mientras tanto, debemos estar atentas a la tripulación, quienes moverán nuestro equipaje. Espero que todas hayan colocado sus nombres en los baúles, así el proceso será más sencillo.— *Coloqué mi arma dentro de mi baúl. Espero que no se lo entreguen a nadie más. Quizá la necesite en este lugar lleno de animales salvajes.*

Mientras respondía preguntas a las afueras del dormitorio número uno, Rachel dividió a las mujeres en grupos de veinticinco y las condujo a dormitorios diferentes. Ella era la líder en el dormitorio uno, Karen sería la líder del dormitorio dos, Nicole Wescott se convirtió en la líder del dormitorio tres y Charlene —Charli” Belcher tomó el puesto de la líder del dormitorio cuatro.

Las cabezas de las —casas”, como fueron llamadas, tenían una habitación individual, mientras que las otras mujeres poseían pequeñas camas plegables, un armario de tamaño considerable, y tres percheros en la pared. El equipaje se colocaría bajo las camas. La privacidad tristemente era un privilegio, excepto en los cuartos de baño. Las camas estaban a unos tres pies de

distancia una de la otra.

Afuera de los dormitorios estaba Rachel, dirigiendo a la tripulación para poder entregar los baúles de la manera más organizada posible.

—¿Qué opinas.— preguntó Jason detrás de ella.

Rachel dio un pequeño salto y se dio la vuelta.

—¡Me asustaste! No sabía que estabas allí.

—Lo lamento. No quería asustarte.— Bajó su voz al punto en que susurraba. —Si estuviésemos solos te mostraría mis verdaderas intenciones.

La sangre de Rachel hervía dentro de sus venas, la idea de estar sola con Jason Talbot en su habitación la enloquecía.

Ella rio suavemente.

—Ya veo que estábamos pensando exactamente lo mismo.— dijo Jason.

—No sigas. Mi rostro estará ruborizado hasta mañana si no detienes esas sugerencias y pensamientos inmorales.— Luego empezó a preguntarse el por qué. Justo anoche le había dicho que quería terminar su relación.

—No he sugerido nada. Esas son las inclinaciones que tu imaginación asume. Que mi imaginación también se incline a esa dirección, es pura coincidencia.

Rachel sonrió, él estaba en lo correcto. Esos pensamientos existían, pero solamente entre ellos. Después de lo ocurrido la noche anterior, Rachel se dio cuenta de que Jason había sido el único hombre con quien había tenido esa clase de intimidad. Aunque ahora estaba confundida ¿cuáles eran sus intenciones?

—Bien, yo nunca...” ella balbuceó, para luego moverse lejos de él. Sus ojos lo miraban intensamente.

Jason sonrió. —Es obvio.

Rachel subió la mirada y sacudió su cabeza un par de veces.

—Eres imposible.

—No.— Él suspiró abruptamente, luego bajo la mirada. —Ambos lo somos. Sin embargo, me es difícil alejarme de ti. Por favor, perdóname.— Jason se dio la vuelta y empezó a caminar.

—No me hagas esto, Jason. Deja de jugar con mis emociones.

—Lo lamento, fue mi culpa.

Se retiró.

La confusión en la cara de Rachel era notable, no podía comprender que había ocurrido. Jason y ella habían estado jugando y hablando como si nada, hasta ahora.

¿Qué estaba mal?

¡Maldición! Sabía que no debió haber estado coqueteando con ella de esa forma, jugando con sus sentimientos. No tenía derecho. El objetivo de Rachel era conseguir esposo, y ese hombre no sería él, sin importar cuanto disfrutara del sabor de sus labios. La culpa lo invadía con tan sólo pensar en cómo la había tratado. Estaba siendo egoísta.

Esta era la realidad. Debía volver al interminable amor que sentía por Cassie, a la soledad. Había abandonado la oportunidad de encontrar el amor y la felicidad, ahora era el turno de alguien más. Pero Dios sabe que la deseaba. Su espíritu brillaba, lo atraía como nadie pudo hacerlo, incluyendo a su esposa. Sin embargo, le había hecho una promesa, que la amaría por siempre, sin importar nada.

Jason cerró sus ojos y se obligó a regresar a su trabajo en el bosque. Cortar madera, enviarla al molino; eso era lo que quería hacer en ese instante. Trabajar.

Miró a Rachel una última vez. Estaba usando un hermoso vestido rosa que combinaba muy bien con su piel pálida.

Rachel ayudaba a las mujeres a organizarse. Sin embargo, se detuvo un segundo y lo miró también.

¿Cómo supo que Jason la observaba?

Rachel suspiró, miró hacia abajo y regresó a sus tareas.

Tareas. Eso era lo que él debía estar haciendo... debía cumplir con sus promesas. ¿Lo que estaba haciendo era correcto? ¿Cassie estaría feliz, cierto? Cassie había sido una dulce mujer y una esposa invaluable, seguramente ella no hubiese querido verlo tan infeliz. Él había hecho sus promesas. Cassie nunca se lo pidió. Lo único que ella quería era que Jason cuidara de Billy y que continuaran con sus vidas. ¿Pero cuál sería el momento ideal para salir adelante? Siempre amaría a Cassie, pero también podía amar a Rachel ¿cierto.? Tenía mucho en que pensar.

—¡Me han robado!” gritó Bertha Corrigan. —No encuentro mis aretes de perlas.

—A mí también, — lamentó Nancy Picozzi. —El broche de mi madre no está.

—Calma. Tranquilas.— Rachel se paró en el porche del dormitorio y comenzó a agitar sus brazos en señal de orden. —Quiero que todas terminen de empacar. Revisen todo su equipaje. Vayan hasta Lucy y díganle qué se les ha perdido. Lucy, busca algo de papel, tinta y una pluma. Hagamos una lista de los objetos perdidos y a quién le pertenecen.

—Entendido, — respondió Lucy, y apuntó al dormitorio. —Todas, regresen al salón conmigo para que pueda tomar sus nombres. Buscaré una silla.

Jason corrió, viéndose preocupado.

—Escuché gritos. ¿Qué ocurre?

El corazón de Rachel no paraba de latir rápidamente con tan sólo verlo. ¿Sería siempre así? Ella se colocó en el segundo escalón de la entrada del edificio, viéndose unos pocos centímetros más alta que Jason.

—Las mujeres han sido robadas. Por ahora sólo han sido joyas. Las he enviado a sus habitaciones para que revisen su equipaje; Lucy está haciendo una lista.

—¿Qué propones hacer después?

—Hagamos una lista de sospechosos—alguna de las mujeres pudo haberlo hecho o quizá algún miembro de la tripulación. Quiero que te asegures de que Clancy no vaya a ninguna parte hasta que resolvamos el misterio. Necesito la lista con los nombres de la tripulación. Que nadie quede impune. ¿Conoces a algún oficial o agente de la ley que pueda ayudarnos con esto?

—Sí. El Alguacil Brand Kearney. ¿Cómo sabes qué hacer? Pensé que sólo habías trabajado en una fábrica antes de venir aquí.

—Así es, pero siempre he querido ser detective y de hecho ayudé a resolver un par de casos en New Bedford.

—Iré por el alguacil mientras tú continuas con esto.— Jason no podía creer lo que estaba ocurriendo.

—Muy bien. También tengo que chequear mi equipaje.

Rachel abrió su baúl y rápidamente llegó al fondo, donde había un pequeño joyero. Su mano lo tocó para luego abrirlo rápidamente...sus ojos no podían creerlo.

Lucy regresó a Rachel con una pluma y papel.

La mano de Rachel se volvió puño. Sus dientes comenzaron a rechinar. No voy a gritar. —El collar de mi abuela no está. ¿Quién es el responsable de esto? No puedo imaginar que sea una de nosotras. Sin embargo, no conozco a la mayoría. ¿cómo podría después de tan sólo tres meses?

Lucy asintió. —Lo sé. Esto será todo un reto. Deberías dejar que los hombres y el alguacil se ocupen de este incidente.

Rachel miró a su amiga. —Tienes razón, debería, pero hay lugares a los que yo puedo ir y la policía no.

Lucy hizo una mueca. —No estoy segura...podrías meterte en problemas, Rachel.

—No te preocupes, Lucy. Puedo con esto.

Lucy la miró con escepticismo y luego bajo la mirada. —¿Cómo el caso de la esposa del viejo Robertson? Eso fue un desastre, y lo sabes.

Rachel suspiró lentamente. —Fue mera cualidad. ¿Cómo iba a suponer que la Sra. Robertson era quien estaba teniendo una aventura amorosa y me contrató a mí para hacerse pasar por inocente?

—Lo hubieses supuesto si fueses una verdadera detective, pero no lo eres, sin importar cuanto lo desees.— Lucy colocó su mano sobre el brazo de Rachel. —Cariño, eres una chica de campo que trabajó en una fábrica haciendo vestidos. Ni siquiera hubiese podido conocerte de no ser por ello.

—Lo sé.— Rachel dejó caer sus hombros. —Pero quiero ser una detective. Sería buena en ello.

—Y yo opino que serías terrible en ello. Llegas a conclusiones demasiado rápido. Un verdadero detective no hace eso.

Rachel frunció el ceño. Ya antes había escuchado esas palabras. Lucy siempre pensó que ella tenía la razón en todo. —Tengo algunas cosas que hacer—

Lucy exclamó. —¿Rachel, alguna vez has hecho algún descubrimiento, o trabajado en un caso exitoso.?

Rachel miró a su derecha y volteó sus ojos hacia la izquierda. No deseaba ver el rostro de Lucy. —Bueno, no, pero...

—No hay excusas. Déjales estas cosas a los profesionales.

Rachel respiró profundamente. *Lucy tiene razón. No soy una buena detective, pero de verdad pienso que podría serlo. Creo que será mejor no mencionarle nada sobre mi investigación.* —Creo que estás en lo cierto.

Lucy no quitó sus ojos de Rachel. —Sabes que así es.

Rachel asintió y luego dirigió sus ojos a las otras mujeres, quienes desesperadamente se aseguraban de que todas sus cosas estuviesen dentro de sus baúles.

Fue a cada dormitorio, preguntó y consoló a las que, al igual que ella, habían perdido algo importante.

Muchas de ellas no encontraban valiosas joyas. Sin embargo, estos objetos no se hallaron en el equipaje de otras mujeres.

Esto definitivamente era un misterio para Rachel, pero estaba decidida a resolverlo. No saltaría a presuntas conclusiones. Sólo consideraría evidencia notable. Nada más.

CAPÍTULO IV

Ya había pasado una semana de aquel día. Rachel miró a Jason. Él se detuvo unos segundos para sonreírle, pero fue rápidamente abordado por un joven con cabello rubio y camisa a cuadros.

¿Su hijo? Claramente era Billy.

Jason lo abrazó fraternalmente mientras sonreía.

Con tan sólo verlos se podía notar que ambos se amaban.

¿Sería capaz de tener un hijo que la abrazara de esa forma? ¿O quizá una bella hija? Una pequeña sensación de nerviosismo se formó dentro de su garganta.

Jason y el joven caminaron hacia ella. Rachel se paró derecha, con los hombros hacia atrás y las manos delicadamente unidas hacia el frente. Ella esperaba verse relajada y femenina.

—Billy, esta es la Srta. Rachel Sawyer. La líder no oficial de las mujeres. Si alguna vez necesitas algo de ellas, la Srta. Sawyer será capaz de conseguirlo.

Rachel le dio la mano a Billy.

Él la tomó renuientemente.

—Hola.

Billy miró a su padre, luego a Rachel y rápidamente soltó su mano.

Él lo sabe. ¿Cómo pudo, después de tan sólo verme?

—Es un gusto conocerte, Billy. He escuchado mucho sobre ti. Tu padre está muy orgulloso de tu amor por los libros. Tienes una imaginación muy curiosa.

Billy miró a su padre y sonrió.

—¿Lo estás?

—Por supuesto que sí.— Colocó sus manos sobre él y lo abrazó. —Me enorgullece tenerte como hijo.

Billy estaba muy feliz.

Debo recordarle a Jason que tiene que elogiar a Billy más seguido. ¿Qué estoy pensando? No tengo razones para decirle nada a ese hombre. Debería alejarme de él lo más rápido posible, pero me es imposible.

—Bueno, si me permiten, debo retirarme, debo capturar al ladrón de joyas.

—Srta. Sawyer, no cree que debería dejarle esto a la policía?" preguntó

Jason. —Estoy seguro de que el alguacil lo resolvería en un par de días.

Rachel se cruzó de brazos y frunció el ceño. —¿Está tratando de decir que esto no es trabajo para una mujer?

Jason aclaró su garganta. —Uh, no, no es eso. Sólo opino que debería dejar que el alguacil se ocupe del hecho.

Rachel asintió. —Muy bien. Dejaré de ser tan agresiva con el tema, no quisiera entrometerme en la investigación.

—Estoy seguro de que esto se resolverá pronto. Brand es un buen alguacil y un buen hombre.

—¿Puedo retirarme, padre?” preguntó Billy.

Jason apartó sus ojos de Rachel y miró a Billy. —De acuerdo, ¿a dónde irás?

—Leroy Jones y yo iremos a pescar al lago.— Apuntó a las colinas.

—Suena divertido. Atrapa muchos, así podremos comerlos para la cena.

Billy soltó una risa inocente. —Sí, señor.— Corrió rápidamente, pateando la tierra y algo de lodo.

Rachel no pudo verse más feliz. —Es un gran niño, Jason.

—Así es. Sin embargo, espero que la Srta. Doris Palmer sea capaz de enseñarle mucho más que yo. Tiene una imaginación tan avanzada. Quiero que tenga un futuro distinto al de ser un leñador.

—¿Eso te decepcionaría?

—No, en lo absoluto. Quiero que persiga su pasión. Billy ama la astronomía. Le compré un telescopio cuando viajamos a New Bedford. En una semana es su cumpleaños, tendrá diez.

Vio como en su mirada se formaba una especie de sombra. La lo invadía sin él notarlo.

—Estás pensando en Cassie.

—Sí.

Sus palabras sonaban débiles.

Rachel sabía que los recuerdos eran muy dolorosos. Ella colocó su mano sobre su brazo. —Jason, si ella fue la clase de persona que tú sabes que fue, ¿de verdad crees que su último deseo fue el verte solo e infeliz? Yo no lo creo. Cassie hubiese querido que tu fueses feliz.

—No lo sé. Tengo mucho en que pensar.

—No puedo esperar por siempre.

Jason colocó unos de sus mechones de cabello detrás de su oreja. —No, supongo que tienes razón.

Ella sonrió. —Pero, tengo que atrapar a un ladrón.

Él no pudo evitar reír con ella. —¿Por qué tengo la sensación de que lo lograrás?

—Necesitaré de tu ayuda. Quiero que se busque en cada rincón del barco, incluyendo bajo las camas, los colchones y dentro de las almohadas. No sé en qué clase de habitación dormía la tripulación.

—Eso está en proceso mientras hablamos.

—Oh... perfecto.— Se sintió algo avergonzada dado que la idea de hacerlo primero le había sido arrebatada.

—¿Algo más?

Emocionada por el voto de confianza, Rachel sonrió alegremente. —Me gustaría hablar con cada miembro de la tripulación, y con cada una de las mujeres

—Eso también está en proceso mientras hablamos. El alguacil Kearney es un hombre competente. Las entrevistas se están llevando a cabo en el bar de Dolly. Usualmente es el lugar donde se hacen reuniones, y el pueblo se congrega.

—Oh.— Sus hombros se encogieron y luego volvieron a la normalidad. —¿Crees que la policía me permita observar las entrevistas? Las respuestas y sus reacciones serán importantes para cuando se presente alguna evidencia.

—¿Crees que pudo haber sido alguna de las mujeres en complicidad con algún miembro de la tripulación?

Rachel colocó su dedo sobre su barbilla. —Esa es una gran posibilidad. Tú también serías un buen detective. ¿contrataron nuevo personal antes de partir a New Bedford?

—De hecho, sí. Tres miembros de tripulación se unieron al viaje. No los conozco muy bien, así que sería una buena idea preguntarle a Clancy antes de que vayan a ser entrevistados por el alguacil.

Rachel levantó sus cejas. —Estoy segura de que uno de ellos es el responsable. Ahora, por qué no me muestras el pueblo mientras buscamos a Clancy.

—De hecho puedo decirte exactamente dónde está,” colocó su palma frente a él. —No hay mucho que pueda mostrarte de la ciudad.

Caminaron juntos en un semicírculo alrededor del muelle, era un área de dos manzanas por tres de largo. Jason colocó sus manos dentro de sus bolsillos, era mejor que no se tocaran. Ambos caminaban uno junto al otro sobre caminos llenos de tierra.

—Caminar a mi lado solamente causara que se esparzan los rumores.

Rachel rio y lo miró fijamente. —No estoy tocando tus manos siquiera, así que creo que estaremos bien.

Hace mucho tiempo que no estaba tan cerca de él a plena luz del día, ni siquiera durante los tres meses en el barco, sólo podían recordar los besos robados que se daban a media noche. Caminar así le recordaba a Ezra. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que paseó del brazo de un caballero? Ezra había sido el último hombre que ella había presentado a su amistades y familia, el último en ser visto junto con ella, pero murió en 1861, cuatro años atrás. Rachel había estado sola por mucho tiempo.

Jason había estado solo por mucho más tiempo. Cassie había dejado este mundo hace diez años y la culpa aún seguía latente en su memoria. Rachel deseaba cambiar eso, pero él no podía dejarla, no todavía. Después de lo que ocurrió en su última noche a bordo del *Bonnie Blue*, a Rachel le sorprendía que Jason accediese a mostrarle la ciudad. ¿Se sentía tan afectado como ella por las decisiones que tomaron esa noche? ¿Por qué se les hacía imposible mantenerse alejados el uno del otro?

—Primero, a nuestra izquierda está la cabaña del muelle.

—Es mucho más impresionante que cualquier otra que haya visto.

—Es correcto. Es una hermosa cabaña de tres pisos.

—Así es.

—La casa blanca, de dos pisos, que está allí es el bar de Dolly. Ella vive en las habitaciones de arriba. Dolly es una gran mujer, estoy seguro de que la amarás.

Los edificios se ven como nuevos. ¿Acaso los pintaron porque veníamos a Seattle?

—Estoy ansiosa por conocer a Dolly. Clancy me ha dicho cosas increíbles sobre ella.

Jason bromeó. —Sí, Clancy está algo enamorado de nuestra Dolly, aunque no lo culpo. Ella es una gran mujer.

—Oh, eso me parece muy tierno.

Jason sonrió.

Rachel sintió cuando la mano de Jason tocó la suya.

Ambos continuaron. —No me sorprende tu opinión. Creo que la mayoría de las mujeres son románticas de corazón. Ya te darás cuenta de que Dolly, al igual que tú, tiene un corazón de oro. Seguramente las otras mujeres opinarán igual que yo.

—Estoy de acuerdo contigo, las mujeres somos románticas. Dolly parece ser una mujer maravillosa, a pesar de ser la dueña de un bar.— El padre de Rachel frecuentaba bares, y por supuesto su madre no estaba nada feliz con ello. Poseer o trabajar en uno sonaba como un empleo inapropiado. Sin embargo, esto no cambiaba su opinión de Dolly. Además, Rachel pensó que esa clase de lugares eran ideales para encontrar otros casos a investigar.

—Siguiente. Ese edificio rojo de allá abarca la oficina postal, el banco y la oficina telegráfica. Todos ellos son dirigidos por Fred Longmire y su esposa June. No conocerás a una pareja más perfecta. Estoy seguro de que sucederá pronto. De hecho, acaban de tener una niña, su nombre es Ruth. Es su primera hija, y disfrutan presentársela a todos.

—Oh, un nuevo bebé, qué maravilloso. Estoy muy segura de que las mujeres comenzarán a realizar envíos en la oficina postal y a recibirlos también.

Esta ciudad es tan pequeña. Recuerdo que Suzanne nos advirtió de ello, pero jamás pensé que sería así de minúscula. Me es difícil asimilar que este es el único edificio comercial de todo el lugar. En New Bedford teníamos una tienda de sombreros, al zapatero y decenas de otros establecimientos. ¿Dónde podré comprar mis vestidos? ¿No existen las tiendas de alimentos? ¿Qué se supone que haremos, cosechar nuestra comida? ¿Nos acostumbraremos a esto? ¿Qué otra opción tenemos? Jason parece estar orgulloso de este lugar.

—Bueno, él lo hará. Podrás enviar o recibir lo que desees. Sin embargo, tomará un poco más de lo usual. Vivir aquí es muy diferente al Este. Lamentablemente no hay tiendas o lugares donde comprar un nuevo vestido, por ejemplo.

¿Acaso leyó mi mente? Estar aquí es como vivir en la granja, otra vez. Aunque incluso allá, podíamos salir a comprar provisiones. Wilton Falls era un pueblo pequeño, pero comparado a Seattle, era una metrópolis. —
Comprendo. Espero que las mujeres entiendan que ya no nos encontramos en New Bedford. Este lugar me recuerda a una pequeña ciudad cerca de donde solía vivir, aunque Wilton Falls era mucho más grande que Seattle.

Un carro pasó cerca de ellos, recolectando ropa sucia para ser lavada. Jason apartó a Rachel, delicadamente, para que el lodo y polvo no cayesen sobre su vestido.

—Hola, Jason. Qué bueno verte de regreso. ¿Es ella una de las mujeres?" La pregunta fue hecha por un hombre de mediana edad, con poco cabello.

—Hola, Ralph. Sí, esta es la Srta. Rachel Sawyer.

—Es un placer, Ralph.

El hombre tomó la mano de Rachel y la besó.

—Me hace feliz verla, Srta. Sawyer. ¿Le importaría si la invito a salir esta noche?

—Ah, Ralph, eso no será posible. La Srta. Sawyer aún no ha desempacado por completo y tiene una reunión a la cual atender esta noche.

El hombre los miró a ambos. Volteó la mirada y entre risas, suspiró. —Ya veo lo que intentas decirme. Está bien. Aún tengo otras noventa y nueve candidatas para cortejar.

Bajo la cabeza, se despidió y siguió su camino mientras silbaba.

—¿Son todos los hombres tan cordiales como Ralph?

—La mayoría lo son. Otros no tanto. Existe una variada mezcla de personalidades, como en cualquier ciudad.

Escucharon un ladrido seguido por el maullido agresivo de un gato amarillo, callejero. Los dos animales se perseguían entre sí como si fuesen a la guerra.

Rachel soltó una carcajada. —Me alegra que ese pequeño gato sea tan veloz. Ese perro gris se veía algo molesto.

—Nadie está feliz con ese gato en particular. El animal no deja dormir a nadie por las noches, y siempre molesta a los perros de la ciudad.

—¿Continuamos el recorrido?

—Por supuesto. Este camino te llevará a las afueras del pueblo, a un molino operado por Alfred Pope, el hombre más rico de Seattle, o al menos eso es lo que cree. A la derecha del camino está nuestro carnicero, Leland Murray, en ese edificio verde. Muchos de nuestros leñadores también son cazadores, así que la mayoría vende lo que caza a Leland. Hizo arreglos con otros granjeros para poder proveernos con la carne que necesitamos. Leland ofrece carne de oso, ciervo e incluso alce.

Rachel se detuvo, con una mirada de asombro. *Esto realmente es una frontera salvaje.* —¿Oso? ¿Quién podría comer carne de oso?

—La mayoría de nosotros. La carne tiene un sabor dulce, casi como el venado, y tiene la textura de la carne de cerdo. Hasta ahora, nadie ha pensado en criar cerdos. Cuando viajamos a Olympia, ordenamos cerdo para la cena, así que disfrutamos de una amplia variedad.

—¿Pasas la noche fuera cuando haces esa clase de viajes?

—Sí, cuando viajamos por provisiones, tomamos la carreta la cual es más

lenta que tan sólo ir a caballo. Es por ello por lo que solamente viajo una vez al mes. Cuando voy a caballo puedo ir y regresar el mismo día.

—¿Y qué tal si una de nosotras necesita algo?

Lo pensó por unos segundos.

—Supongo que en ese caso se tendrá que hacer una lista de los objetos requeridos y los buscaremos.

Rachel sacudió la cabeza.

—Eso no siempre resultará. A veces yo, o incluso alguna de las mujeres tendrá que acompañarte.

Él levantó sus cejas y mordió su labio. —Bueno, supongo que, si así tiene que ser, haré los arreglos necesarios para estar en tu compañía.

—Gracias por no negarte repentinamente.

—Trato de ser complaciente.— Apuntó al siguiente edificio. —Allí está la oficina del alguacil y detrás de ella se encuentra su casa. No es muy grande, pero a él parece gustarle. Junto a ella está el *Seattle Inn*, un motel, y por último, la pastelería. Allí es donde compramos el pan y otros productos. La Sra. y el Sr. Jones se levantan a primera hora del día. Es por lo que no huele a pan. A esta hora la Sra. Jones deja de hornear. Los otros tres niños que viven en el pueblo les pertenecen a ellos. Al Sur de aquí están los dormitorios, y eso es todo. Esta es Seattle.

—No todavía. ¿Dónde trabajas y vives?

—No vivo en la ciudad. Debes seguir ese camino.— El apuntó a un camino de tierra que subía la montaña. —El camino sigue hasta la bifurcación. Nuestra casa está a la derecha. Si continúas caminando verás nuestra compañía.

Me entristece que esté tan lejos después de todas esas noches que compartimos en el barco durante esos tres meses. ¿Pero era eso realmente importante? Nada bueno resultará de esto. —No parece sencillo caminar hasta allá.

—No. De hecho lo describiría como una excursión dado que va cuesta arriba; se disfruta más al bajar, cuando caminas de regreso al pueblo.

—Supongo que, si deseo invitarte a tomar el té, tendrás que venir hasta los dormitorios.— Rachel apuntó a las montañas. —No podré ir hasta ti.

Jason se detuvo y la miró, levantó su mano y con su dedo índice tocó la barbilla de Rachel.

—No es prudente que me invites a ninguna actividad, se me hará difícil resistirme sabiendo lo que pudiese ocurrir entre nosotros.

—Entiendo. Sé que tienes cosas en que pensar, pero estoy segura de que Cassie hubiese querido verte feliz. ¿No te hago feliz, Jason?

—Sí, mucho más de lo que quisiera.

Tomando el poco coraje que le quedaba, Rachel intentó hacerlo entender. —A eso es a lo que me refiero. Mereces felicidad, incluso mucho más que la gente común porque has estado solo por mucho tiempo. Déjame ayudarte. Déjame entrar en tu vida.

—No sé si pueda hacerlo. ¿Qué pasará con Billy?

—¿Qué ocurre con él? Se acostumbrará a mi presencia. Quizá llegue a amarme. Hasta tú podrías llegar a amarme...eventualmente.

Rachel pudo sentir como la sonrisa de Jason desaparecía, la batalla estaba perdida. Ella había perdido.

Sus labios se transformaron en una mueca fría. —Sólo porque ambos estemos contentos con nuestras presencias no significa que nos amemos. Billy es la única persona a la que amo, ahora. Recuerda eso.

Rachel cerró sus ojos, trataba de no llorar. Tomó un paso hacia atrás. — Jamás podría olvidar esas palabras. Estoy segura de que me lo recordarás nuevamente.

Él apretó el puño. —Rachel, yo...yo

La tristeza y la vergüenza consumían el interior del cuerpo de Rachel. Este era el final. —No, tienes razón, Jason. Debo repetirme que estas fuera de mis límites, o al menos tu amor. También tengo que decidir si esto que tenemos es suficiente para mí pero aún no lo sé. Gracias por mostrarme la ciudad.

Rachel se dio la vuelta, caminó hacia los dormitorios y cruzó la puerta. No miró hacia atrás.

Jason miró como Rachel desaparecía. ¿Por qué no podía manifestar sus sentimientos por ella? Era porque se consideraba un hombre con honor. La honestidad es la base de toda relación, y si no tenían eso, entonces no tenían nada.

¿Qué pensaría Cassie? Llevaba viviendo la misma vida solitaria por casi diez años. En todo ese tiempo él no había visto o buscado a nadie más, y quizá esa era la razón por la que las cosas con Rachel no podían avanzar. Jason realmente quería estar a su lado. Estaba exhausto de su soledad. Su promesa había nacido del luto hacia su esposa. Sin embargo, esos días ya habían pasado. Si Cassie estuviese viva, ella seguramente le diría que esa clase de

promesas son ridículas.

Billy era lo suficientemente mayor como para que Jason pudiese enfocarse en una nueva relación. Jason también sabía que, dada la independencia de Billy, sólo tendrían unos cinco o seis años más juntos antes de que su hijo tomara vuelo.

¿Era este el momento? ¿Era Rachel la mujer indicada? Si esto era cierto, Jason tenía una situación delicada entre sus manos ¿Lo perdonaría Rachel?

Jason tenía múltiples cosas en que pensar. Lo que él necesitaba era un tiempo a solas. Caminó a casa y tomó algunas provisiones para su corto viaje. No podía extender su estadía fuera de casa, dado que Billy y sus hermanos se preocuparían. Tomó una pluma, papel y les escribió una nota.

Familia,

Necesito algo de tiempo a solas para pensar sobre algunas cosas.

Caballeros, cuiden a Billy por mí.

Billy, te amo, hijo. Escucha a tus tíos.

Papá

Jason caminó por la montaña hasta el lago más cercano. El lugar fue llamado Lago Cassie en honor a su esposa. Frecuentaba el lugar porque creía que lo acercaba a ella.

Ahora la necesitaba más que nunca.

Jason montó su tienda y preparó una fogata. Luego se sentó y comenzó a hablarle a su esposa fallecida.

—Hola, Cassie. No sé qué hacer. No estoy seguro qué es lo quisieras que hiciese. He encontrado a alguien con quien me gustaría casarme. Aun no la amo como te amaba a ti, pero nos gustamos, y antes de Rachel, nunca me sentí atraído por nadie como me sentí contigo.

Agregó algunas ramas al fuego, las piedras alrededor del círculo de la fogata formaban la forma perfecta, permitiéndole sentir el calor de las llamas. Se recostó sobre uno de los troncos, admirando el cielo.

—No sé qué debo hacer. Billy ha crecido bien, y no ha tenido una madre, pero sería bueno para él, y para la familia en general. Podría aprender cómo tratar a las damas, cómo respetarlas y ayudarles.

Jason cerró sus ojos y trató de imaginarse a Cassie. Ella y Rachel tenían el mismo cabello dorado y los mismos ojos azules. Rachel tenía muchas más

curvas que Cassie. Ella no necesitaba de corsés, sólo camisolas. Y su rostro... Jason aún podía imaginar la risa de Rachel junto con su sonrisa. En noches como esta, donde el silencio se apoderaba del mundo, era cuando él más la deseaba.

Tomó el reloj que estaba dentro de su bolsillo y abrió la cubierta, donde estaba una fotografía de él y Cassie. Sus ojos contemplaban el reflejo del fuego sobre la vieja imagen. Mientras sonreía, recordó el día en que esa fotografía fue tomada. Evitar que Cassie se riera del fotógrafo o de la situación fue casi imposible. Se estaba divirtiendo mucho en la feria. Ir a la feria fue una de sus primeras salidas como recién casados, y ella se aprovechó de esa situación... se tomaron de las manos mientras veían un concurso de comer pies y admiraron a los animales que estaba en exhibición. Cuando interactuaron con algunos animales, Cassie gritó de emoción al ver que un pequeño gato gris se acercó a ella.

El dueño de los gatos trataba de que alguien los adoptara, y fue así como adquirieron a *Cloudy*. Cassie le dio ese nombre debido a que el color de su pelaje parecía un cielo nublado. El gato estuvo con ellos por casi diez años. El animal murió antes de que se enteraran que Cassie estaba embarazada. Ella lloró por días después de su muerte.

Los recuerdos estaban subiendo a la superficie, y en todos ellos sólo podía notarse lo buena y amable que era Cassie. Trabajaba duro y amó a todos los que estaban alrededor.

Finalmente, recordó la trágica noche en que murió. Jason la sostuvo en sus brazos mientras ella sostenía a Billy. De repente Cassie comenzó a llorar.

—No te sientas mal por mí. Sé feliz y dale a Billy una madre. Merece el amor de una buena mujer.

—No. Te prometo que no me casaré con nadie más. Tú eres mi esposa y siempre será así.

Ella no pudo escucharlo, y murió con esas últimas palabras.

Jason no estaba en lo correcto. Él lloró por ella demasiado tiempo. Exactamente lo que Cassie le pidió que no hiciera. Siempre amaría a Cassie. Ella fue su primer amor. Pero también estaba la opción de casarse con Rachel. Ellos dos todavía no se amaban, pero se gustaban lo suficiente como para ser un buen matrimonio. Jason finalmente comenzaría a hacer lo que Cassie le pidió. Ser feliz. Rachel lo hacía feliz.

CAPÍTULO V

Rachel creía saber quién había sido el ladrón, pero antes quería asegurarse de que sus sospechas tenían sentido. Lucy tenía razón; ella solía llegar a conclusiones demasiado rápido. Cuando Rachel estuviese segura, debía decirle al alguacil antes que a nadie.

Diez días después de que ella y Jason tomaran su paseo por el pueblo, Rachel cruzaba las lodosas calles que se encontraban entre su dormitorio y el bar de Dolly. Era de mañana, y le había entregado un par de prendas que había remendado. De pronto, Rachel vio como Jason caminaba decididamente hacia ella.

Un hombre salió del edificio mercantil.

—Jason. Necesito hablar contigo sobre esas hachas.

—Ahora no, Fred.

Jason siguió caminando.

Rachel siguió su camino también. Él no quería hablar con ella, ¿cierto? Rachel trataba de mantener su falda levantada para no ensuciarse, e intentó correr hacia el dormitorio. Jason era mucho más rápido que ella y la detuvo.

—Rachel. Tenemos que hablar.

El dolor en su pecho se incrementó, sabía que hablar con él no tenía sentido. —Dudo que haya algo que discutir.

Ella lo rodeó y siguió su camino.

Él la bloqueó.

—Rachel. Necesito hablar contigo en privado.

Se paró firme y lo miró mientras su mano tomaba el barandal de las escaleras del porche del dormitorio. —Esto es lo más privado que obtendrás de mí. Si tienes algo que decir, dilo.

—Muy bien, si eso es lo que deseas.

Plantó su rodilla, sin pensar en el lodo o la tierra y la miró directamente a los ojos.

—Rachel Sawyer, ¿me harías el honor de convertirte en mi fiel esposa?

Su boca quedó abierta, pero no dijo ni una sola palabra; sus ojos comenzaron a llorar. ¿Cómo puede ser posible? Hacerla creer que... ¿era en serio? ¿Jason la amaba? ¿Estaría ella dispuesta a aceptarlo? —Jason, yo

—Por favor, Rachel, cástate conmigo. Somos una hermosa pareja. No te niegues a la verdad, nuestro matrimonio sería increíble.

Miró hacia abajo, a los ojos del hombre que amaba, se notaba su vulnerabilidad, mas ambos sabían que Rachel aceptaría.

—¿Rachel?— pregunto suavemente.

—Sí. Me casaré contigo.

Jason se levantó, la tomó en sus brazos y comenzó a besarla como nunca había besado a ninguna otra mujer.

Rachel colocó sus brazos alrededor de él, respondiendo a sus besos con toda la pasión que se concentraba en su cuerpo. Ella esperaba no ser la única enamorada en la relación.

Los aplausos de la gente los obligó a separarse.

Jason mantuvo su brazo alrededor de Rachel, no quería separarse de ella nunca más.

Rachel sonreía.

—¿Le dijiste a Billy?

—No, le diré esta noche durante la cena. ¿Te gustaría venir a casa a cenar, o quizá mañana, luego de que les dé la buena noticia?

Rachel no podía parar de sonreír. Su sueño estaba haciéndose realidad.
—Me encantaría ir a cenar a tu casa esta noche. Estoy segura de que tus hermanos sólo quieren felicidad para ti.

Él se reclinó, con su brazo aun rodeándola, y la miró con preocupación.

—Billy por otra parte, puede que represente un problema.

Bajó su cabeza y lo miró con escepticismo. —¿Por qué Billy tendría un problema con nuestro matrimonio?

Él hizo una mueca, cubriendo sus manos con las de ella. —Míralo desde su punto de vista. Billy ha estado solamente conmigo todo este tiempo, y ahora una mujer que no conoce entrará a su vida.

Ella sacudió la cabeza. —No pretendo arrebatarte de su vida.

—No, no físicamente. Emocionalmente quizá. Tiene solamente diez años y nunca me compartió con nadie, sólo con sus tíos.

—Creo que juntos podremos hacerle entender que nadie tomará su puesto en tu corazón.

Rachel sintió como las manos de Jason se tensaban con tan sólo mencionar el tema. Su reacción era de esperar. Jason aún no estaba seguro de amarla, pero se veía firme en cuanto a su decisión. *Él no iba a detenerse.*

—¿A qué horas pasarás por mí para ir a cenar? ¿Caminaremos o tomaremos un caballo?

—No quiero que te quedes sin aliento para cuando llegemos a casa, es

por ello por lo que pasaré por ti en mi caballo.

—Muchas gracias, amable señor; No tenía deseos de caminar hasta allá.

—¿Qué te parece si tomamos un paseo por el bosque? Donde no hay colinas, sólo tranquilidad y privacidad.

—Me encantaría hablar contigo en privado. De hecho, quería decirte que creo saber quién es el ladrón.

La tomó de la mano y juntos caminaron hacia bosque. No paso mucho tiempo para que dejaran de escuchar los sonidos de la ciudad. Las únicas cosas que se podían oír eran sus respiraciones y el silbido ocasional de las aves. Luego de una corta caminata, Jason la condujo a un bello árbol donde se sentaron.

Ambos se tomaron de las manos.

—¿Aún sigues investigando ese caso?

—Así es. Todas nosotras vinimos hasta aquí con sólo nuestros vestidos y uno o dos piezas de joyería. Merecen justicia. Las joyas deben ser regresadas. De hecho, quiero la medalla de mi abuela de vuelta. Ese collar era todo lo que tenía.

—Bien, ¿quién crees que sea el culpable?

—Bueno, tengo dos sospechosos. Glynnis Harte no se atrevió a abrir su baúl como lo hicieron las otras mujeres, su mirada cambió cuando se le pidió estar alerta.

—Eso no prueba nada. Quizá ni siquiera tenía algo de valor por lo cual preocuparse.

—Eso es cierto y realmente lo pensé. Sin embargo, luego del robo, Glynnis comenzó a salir con uno de los miembros de la tripulación. Ambos suelen encontrarse detrás del bar de Dolly, usualmente sólo por unos minutos. Noté que los dos se intercambian objetos dudosos que guardan en sus ropas.

—Pero eso no significa que

Rachel asintió. —Tienes razón. La otra mujer de la que sospecho es Nicole Wescott. Ha estado comprando múltiples objetos últimamente...telas para vestido, corsés y zapatos. Nada de eso es gratis. ¿De dónde sacó el dinero? Las mujeres con dinero no se convierten en esposas por correo.

—Eso realmente suena un poco sospechoso. ¿Le has dicho esto al alguacil Kearney? ¿Sospechas de alguna otra mujer?

—No, y la verdad no quiero decirle nada hasta tener un poco más de evidencia. Seguramente me diría las mismas cosas que tú, y a diferencia de ti, no puedo convencerle...él no va a casarse conmigo.

Jason sonrió y la acercó a él.

—En eso estás en lo cierto. Tendría que dispararle si quisiera casarse contigo.

Bajó la cabeza y la besó, su lengua amaba el sabor de sus labios.

Rachel no paraba de sonreír. Amaba la manera en que él la besaba y saboreaba. El aroma masculino de Jason era tan estimulante.

Detuvieron su apasionante beso, aunque manteniéndose cerca.

—Estás sonriendo. ¿Por qué?

—Sólo pensaba en ti y en lo mucho que disfruto tus besos.— Ella continuó recordando, deleitándose con cada recuerdo.

—Bien. Así deben ser las cosas entre dos personas que prometieron casarse.

Su sonrisa decayó sólo un poco. —Por supuesto, así es.

¿Por qué se sentía triste? ¿Acaso fue porque no dijo que estaban ‘enamorados’? Su mente debía encontrar fuerza, esa situación podría cambiar con el tiempo. Debían seguir hacia adelante.

—Rachel.— Jason la tomó firmemente de los hombros. —No quiero que continúes siguiendo a esas mujeres. Si llegases a tener la razón, podrías salir herida.

La expresión de Rachel cambió. —¿A qué viene eso?

Su expresión era seria. —Ahora que has accedido a casarte conmigo, pienso que deberías tener más cuidado con las cosas que haces.

Rachel se sentía decepcionada, pero Jason la consoló. —No lo entiendes. No puedo permitir que Glynnis o Nicole, sea quien sea el ladrón, se salga con la suya y se aproveche de nosotras. La mayoría de estas mujeres han perdido a sus padres o abuelos. Ese brazalete, collar o anillo eran las últimas cosas que teníamos para recordar a nuestros seres queridos. Para otras era una garantía para no caer en bancarrota. Estarían forzadas a casarse por necesidad. ¿No entiendes como esta persona las ha privado de libertad?

—No quiero que salgas herida. Debes detenerte. Lo demando.

Ella se levantó rápidamente, lo que lo obligó a soltarla. Rachel comenzó a seguir por el mismo camino de regreso al pueblo. —¿Lo demandas? ¿Cómo te atreves a demandarme cualquier cosa?

Él se levantó y la siguió. —Me atrevo porque me preocupas. No quiero que algo te ocurra.

Ella lo miró, por sus ojos y la expresión en su rostro se notaba que claramente estaba preocupado por ella. Quizá Jason no la amaba, no todavía,

pero sí le importaba. Eso la hizo sentir bien y en paz.

—Jason. Esta es mi batalla. Las mujeres confían en mí. Si deseas mantenerme a salvo, entonces ayúdame. Averigua cualquier cosa que consideres sospechosa. El nombre del marinero que Glynnis frecuenta es Harvey Long, necesito que me des toda la información que puedas conseguir sobre él.

Él la miró.

Su ceño fruncido enmarcó su rostro.

—Muy bien. Investigaré lo que pueda, pero no quiero que hagas nada hasta mañana, cuando hablemos nuevamente. Necesito un día para aclarar esta situación.

Rachel accedió sin pensarlo. —Te daré un día, pero mañana por la noche la seguiré nuevamente. Estoy determinada a acabar con esto, Jason. No permitiré que todo este misterio se olvide.

—Lo entiendo, y estoy de acuerdo contigo. Este misterio debe acabar. ¿Podemos hablar de otro tema?

—¿Cómo qué?

—Como la fecha de nuestra boda, por ejemplo. Pensé que eso era decisión de la novia

La felicidad se apoderó de ella. Su sueño estaba a punto de hacerse realidad. Al fin tendría la familia que siempre había deseado. —No lo sé, nunca he sido la esposa de nadie. Sin embargo, no creo que debamos esperar demasiado. Nos hemos conocido por bastante tiempo, y ambos sabemos lo que queremos. Hagámoslo lo antes posible, además, Lucy está lista para ser designada como dama de honor.

Jason la miró con duda. —¿Cómo sabía Lucy que yo pediría tu mano? Lo decidí hoy, para ser precisos. Oh, lo había olvidado. — Su mano sacó una pequeña caja de su bolsillo. —Esto es para ti.

Rachel tomó la caja y la miró con cautela. Ya se había imaginado esta escena múltiples veces por muchos años, y en todas sus fantasías, el hombre colocaba el anillo en su dedo. Ella le regresó la caja.

—¿Podrías abrir la caja y colocar el anillo en mi dedo, por favor?

Jason subió sus cejas y abrió la caja para ella. Dentro estaba el anillo de diamantes más hermoso que jamás se haya visto.

Jason tomó el anillo y lo colocó en el tercer dedo de la mano izquierda de Rachel, luego la besó con cariño.

—¿Te gusta?

—Me encanta.— Ella lo besó y luego admiró el anillo. —Opino que deberíamos casarnos en una semana a partir de este sábado. El seis de mayo. Eso nos dará tiempo a mí y a Lucy para asegurarnos de que nuestros vestidos estén listos, así como nuestro cabello y otros detalles.

—Perfecto. El seis será.

Él colocó su brazo alrededor de ella y la miró. Ambos estaban uno frente al otro.

Rachel adoraba ver el pecho de Jason, era tan masculino.

—Esperaré ansiosamente.— Él besó sus labios. —No puedo esperar a que estés en mi cama.

Rachel amaba como él coqueteaba con ella. Ella sonrió, emocionada. Tan sólo pensar en hacer el amor con él le provocaba ansiedad. Los recuerdos de las múltiples noches en el barco se apoderaron de su mente. Rachel se sentía a salvo con él. Ambos sabían que se protegerían mutuamente sin importar el costo.

—Yo tampoco puedo esperar. ¿Qué haremos en nuestra noche de bodas? ¿Propones que la pasemos en tu cabaña?

Sus parpados se entrecerraron, y su voz comenzó a sonar profunda. —Pensaba en que podíamos viajar a Olympia por un par de días, de esa forma podemos pasar todo el día en la cama, sin personas que nos molesten.

Rachel podía sentir como su corazón latía salvajemente, haciendo que su rostro se sonrojara con cada segundo. Nunca había tenido una conversación franca con nadie, especialmente con un hombre. Sin embargo, debía recordar que ese hombre ahora era su prometido, no podían existir cabos sueltos entre ellos.

—¿Disfrutaremos de muchos días fuera?

—No lo sé, me gustaría que regresáramos lo más pronto posible para poder seguir con nuestras tareas cotidianas.

—Sabes, esta conversación es algo irregular.

—Querida, Rachel, nada, y me refiero a *nada*, es demasiado irregular entre una pareja de esposos.

—Bien, iremos a Olympia. ¿Pero, no tendríamos que dormir en el suelo en nuestra noche de bodas? ¿Tenemos que acampar?

Jason colocó uno de los cabellos de Rachel detrás de su oreja.

—Sí, pero sólo por una noche, te prometo que estarás cómoda y no estaremos sobre el suelo. Empacaré muchas sábanas para que ambos podamos mantenernos tibios durante la noche.

—Jason, confío en ti. Bésame y regresemos al pueblo antes de que comiencen los rumores. Además, me gustaría visitar al Sr. Jones, el pastelero. Me pregunto qué clase de pastel de bodas ofrece.

Él subió sus cejas. —*Debemos* tener un pastel.

Jason sonrió y tomó el rostro de Rachel con sus manos, ambos deseaban sellar el momento con un beso. Fue largo, deliberado y agresivo, sus labios se abrieron lentamente, liberando su lengua. Ambos quedaron sin aliento, el sabor de Rachel era su preferido. Los amantes no podían evitar mirarse y reír.

Él no podía parar de besarla, era tan adictiva como el vino o la cerveza. —Creo que jamás me cansaría de tus besos.

Ella intentaba hablar, pero estaba exhausta. Jason tenía ese efecto en Rachel. —Me alegra que sea así. Soy la última mujer que besarás, si sabes lo que te conviene.

—Tienes mucha personalidad, Rachel.

Las manos de Rachel lo tomaron del chaleco de Jason. —Protejo lo que es mío, Jason Talbot. Tú y Billy me pertenecen, ahora.

—Me alegra que lo incluyas.

Ella se reclinó sobre sus brazos. —Por supuesto que lo incluyo. Quiero agradecerle, e incluso si nunca llega a quererme, lo protegeré con mi vida.

—Eres una gran mujer, Rachel. Yo me preocupo mucho por ti.

—Y yo por ti. — *Tomaré esas palabras, por ahora. Sin embargo, espero llegues a amarme pronto.* —Ahora, regresemos. Lucy estará muy feliz cuando vea el anillo.

Regresaron al pueblo tomados de la mano. Por alguna razón ella pensó que a Jason no le gustaría la idea, pero parecía feliz y claramente lo disfrutaba tanto como ella.

Él la llevó hasta los dormitorios.

—Estaré de regreso a la seis de la tarde para llevarte a cenar. Debo ir a ver a Fred para hablar sobre esas hachas.

—Seguro, te veré pronto.

Rachel se acercó y lo besó suavemente.

Jason estaba satisfecho; le guiñó el ojo y se retiró. De lejos se podía escuchar como silbaba de felicidad.

Rachel subió las escaleras del dormitorio y se encontró con Lucy.

—Escuché que aceptaste la propuesta de Jason. Oh, Rachel, estoy tan feliz por ti. ¿Cuándo es la boda? Déjame ver el anillo.

Lucy levantó la mano izquierda de Rachel.

—Oh, por dios, es hermoso.

—Gracias.— Rachel admiró el anillo en su dedo. —Yo pienso lo mismo. Jason tiene buen gusto.— Miró a su amiga. —¿Cómo supiste? ¿Quién te lo dijo?

—Por supuesto que lo tiene. ¿Se está casando contigo, o no? Quien nos dijo fue Daisy. Ella lo vio todo. Pensé en ir a buscarte, pero ya estabas caminando hacia el bosque.— Lucy soltó una mueca picara. —¿Buscaban un lugar privado?

Rachel no pudo evitar reír mientras se sonrojaba.

—Sí, queríamos algo de privacidad. La boda será el 06 de mayo, en una semana a partir del sábado. Necesitaba algo de tiempo para preparar nuestros vestidos y el pastel.

Lucy levantó la ceja. —Claramente nuestros vestidos están listos. ¿Por qué esperar?

Rachel cerró sus ojos y suspiró, sentía un nudo en su estómago. —Estoy nerviosa, Lucy. Te contaré lo que ocurra durante mi cena con él.

—Sígueme. Siéntate a mi lado en el columpio.

Ambas se retiraron al columpio que se encontraba en el porche.

—¿A qué se deben tus nervios, querida? Jason te ama

—No, no es cierto.— Rachel sacudió la cabeza. —Le es imposible amar a otra persona además de su esposa, Cassie. Por alguna razón Jason cree que es una traición a su memoria.

Lucy la miró con duda. —Si eso es cierto, ¿por qué te casas con él?

Rachel pudo sentir como las lágrimas corrían por sus mejillas, cayendo sobre su regazo. —Porque lo amo. No puedo verme casándome con nadie más, incluso si él no me ama. Al menos podré tener la familia y los hijos que siempre quise, también está Billy.

Lucy colocó su mano sobre sus hombros y la abrazó.

—Lo entiendo. De verdad. El amor no correspondido es lo peor de este mundo. De hecho, me siento igual con Drew Talbot, pero este no sabe que existo.

Rachel limpió sus lágrimas. —Oh, Lucy. Lo lamento.

—Lo peor de la situación es que me comporto como una torpe cada vez que estoy cerca de él. No puedo controlarlo. Parezco un toro dentro de una cristalería cada vez que estoy a su lado.

—Solamente estás nerviosa, querida. Claramente te gusta. Es una pena que te sea tan difícil controlar tus impulsos. Sin embargo, esa es tu esencia.

—Tienes razón. Lo amo. No puedo seguir pretendiendo que no es así.

—¿Cómo te sientes al verlo cerca de otras mujeres? ¿Te sientes torpe o molesta?

—Molesta.

—Supongo que podrías intentar seguir molesta hasta que descubra a la verdadera Lucy.

Lucy sacudió su cabeza.

—No puedo estar molesta después que él se ha ido, tampoco me comporto torpemente.

—Él necesita ver a la Lucy que conozco, intenta ignorarlo, así no te sentirás tan nerviosa. Déjame ver qué puedo hacer para ayudar.

—No estoy segura, no sé si seré capaz de eso. Mi cuerpo parece saber que Drew está cerca porque comienzo a tropezarme y caer sobre cosas.—
Lucy suspiró. —Para cuando logro recuperar el control, él ya no está.

Rachel tomó las manos de Lucy. —Esta noche cenaré con los Talbot, le preguntaré a Jason, quizá él tenga una idea.

Los ojos de Lucy se abrieron con admiración.

—Oh, no. No debes. No quiero que Jason sepa lo imprudente y torpe que soy.

—Primero, no eres imprudente. Segundo, le recordaré a Jason lo delicado de la situación. Estoy segura de que estará feliz de ayudarnos.

CAPÍTULO VI

Jason no estaba feliz de ayudar. Se paró de brazos cruzados frente a ella y con el ceño fruncido, suspiró.

—¿Quieres que te ayude a engañar a mi hermano? No lo haré.

Ambos se miraron mientras hablaban en una de las esquinas del porche del dormitorio, intentaban tener algo de privacidad antes de ir a cenar.

—No es engañar. Sólo quiero que me ayudes a idear un encuentro entre ellos. Drew hace que Lucy se ponga nerviosa.

—No. Absolutamente, no.

Rachel se acercó a él y lo tomó del brazo. —Por favor, Jason. No te estoy pidiendo que hagas algo impropio que lleve a Drew a una situación catastrófica. Solamente quiero que logre ver a Lucy como es realmente.

Él comenzó a sacudir su cabeza.

Jamás había sido tan abierta y honesta con alguien. A Rachel le gustaba sentirse lo suficientemente confiada como para insistir. Ella colocó sus manos en el rostro de Jason y lo sostuvo. Luego se puso de puntas y lo besó.

—Por favor.

No le molestaba tener que besarlo repetidas veces.

—Yo no.

—Por favor.

Ella lo besó nuevamente, pero esta vez su lengua recorrería los labios y boca de Jason.

Él la recompensó mordiéndole los labios.

Los brazos de Jason no podían evitar abrazarla, acercándola aún más a él.

—No sé cómo Lucy lidia contigo.

Rachel colocó sus brazos alrededor del cuello de Jason. Le gustaba la nueva intimidad que ambos podían compartir ahora que estaban comprometidos. Ya no sería necesario ocultarse en las sombras.

—Entiende que no estamos engañando a Drew. Sólo quiero que Lucy se sienta más cómoda frente a él. Si Lucy logra comportarse como usualmente lo hace, todo estará bien. Te lo prometo.

Encogió los hombros y la miró de cerca. —Muy bien. Le preguntaré a Dolly si puedo usar el balcón del bar para un encuentro. Sin embargo, sólo seguiré con esto si Drew se encuentra realmente interesado en Lucy.

—Por supuesto. Si Drew no está en lo absoluto interesado en ella, no

seguiremos con el plan. Si la pobre Lucy se enterase de que él está interesado en otra mujer, sus nervios se dispararían y sería devastador.

—Continuemos con este tema en otro momento.

Jason bajo la cabeza y la besó. Para cuando el besó terminó, ambos estaban sin aliento y casi de rodillas.

—¿Cómo puedes tener este efecto en mí

—¿Cuál?

—Me dejas sin aliento y sin poder moverme.

Él sonrió.

Rachel pudo jurar que el pecho de Jason se infló.

—Es que soy muy buen amante, supongo.

—¡Eh! Dado que ahora estoy comprometida, y no podré besar a nadie más. ¿Cómo sabré que eres realmente un buen amante?

—Sólo cree en mis palabras.

De repente, se escuchó una puerta, Billy corrió hacia afuera y los miró. Ambos vieron como Billy corría, adentrándose al bosque, con lágrimas en sus ojos.

Rachel se estremeció y cerró los ojos. Una lágrima escapó, recorriendo su mejilla. —Esperaba que me aceptara, pero no lo ha hecho— aún. Sé que eventualmente lo hará, pero ahora, Jason, debes encontrarlo. Podría lastimarse.

Jason la abrazó. —Regresará en unos minutos. Billy conoce el camino hasta casa o hasta el pueblo. Ha estado en el bosque muchas veces, sin importar la hora.

—Pero, esta situación es diferente. Billy se siente herido y traicionado. Debemos encontrarlo, rápido. ¿Sabes a qué parte del bosque corrió?

Jason arrugó su frente y miró hacia donde Billy había corrido. —Quizá tengas razón. Ninguno tuvo la oportunidad de hablar con él antes de este día. Hay un lugar donde usualmente va a pescar, no está lejos, pero es difícil de encontrar durante la noche. Ven conmigo. Ambos debemos hablar con él.

—Estoy de acuerdo. Ya tengo mi abrigo. Vamos.

Jason buscó dos linternas y se dirigió al bosque junto a Rachel. Él conocía bien la zona, así que ambos siguieron un camino frecuentado. Caminaron por diez minutos y se detuvieron, Rachel se sintió agradecida. Ella prácticamente tuvo que correr dado que Jason podía moverse más rápido por su atuendo. Sin embargo, le apenaba confesarlo.

—Rachel, puedes sentarte en este árbol caído. Espera por mí, aquí.

Él apunto al lugar y luego la miró.

—Lo traeré de regreso.

—Sé que así será.

Rachel le dio un rápido beso y lo dejó ir.

—Anda. Ve a encontrar a tu hijo.

Rachel caminó y se sentó sobre el tronco. Sus ojos miraban como Jason desaparecía en la oscuridad. *¿Si yo fuese un niño, a dónde iría? Probablemente a un sitio donde me sienta seguro. Quizá al lago donde él y Jason solían ir a pescar.*

Rachel estuvo sentada unos quince minutos, escuchando los sonidos del bosque, los grillos cantando y el sonido de los pinos contra el viento. Por un segundo se preocupó por si había osos. *¿Qué clase de animales peligrosos podría haber allí? Sacudió la cabeza. Jason no me haría esperar en un lugar peligroso.*

—¿Qué estás haciendo aquí?

La voz de Billy se escuchó detrás de ella.

Se espantó, dio un salto, corrió sin pensar hasta el otro lado del camino y se dio la vuelta.

Colocó sus manos en su garganta e intentó respirar profundamente antes de poder decir palabra alguna.

—¡Billy! Me asustaste. No te había visto.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Se notaba molesto, sus ojos estaban llenos de lágrimas; Rachel pudo notar el tono que Billy utilizó en la palabra ‘aquí’.

—Estoy esperando a tu padre. Fue a buscarte al lugar donde suelen ir a pescar.

Él se encontraba a un par de metros de ella, sus brazos cruzados, con las manos en forma de puño. —¿Por qué no regresas al lugar de donde viniste? Mi padre y yo no te necesitamos.

Rachel podía sentir el dolor con tan sólo escuchar la voz de Billy. — Billy. La relación que tu padre tiene conmigo no cambia el amor que siente por ti.

—Olvidará a mamá.

Rachel vaciló, no sabía si debía hablar del tema sin Jason allí. —No. Eso no es cierto. Él intenta cumplir las últimas palabras de tu madre. Dudo que ella quisiese que él estuviese solo. Merece ser feliz.

—Él me tiene a mí. — La voz de Billy se quebraba, unas lágrimas

recorrían su rostro.

—Tu padre te ama mucho, más que a nada o a nadie. Sin embargo, su corazón es grande y puede albergar numerosos sentimientos hacia muchas personas. —*De hecho, yo aún amo a mis abuelos, a pesar de que estén muertos.*— ¿Crees que tu padre no ama a sus hermanos sólo porque te ama a ti?

—No.

—Exactamente.— *Está escuchándome. Quizá está cambiando de parecer.* —Él los ama, pero de una forma única. Lo mismo aplica a lo que sentimos tu padre y yo. La forma en la que te ama a ti no es la misma en la que él se preocupa por mí.— Ella se movió un poco más cerca de él. —Para tu padre, eres la persona más importante del mundo.

Jason caminó fuera de las sombras, su linterna se había extinguido.

Rachel saltó con el sonido de su voz. —Ambos deben dejar de hacer eso. Me saldrá cabello blanco.

Billy corrió hacia su padre.

Jason rápidamente se sentó y rodeó con sus brazos a su hijo.

—Te amo, Billy. Sin importar lo que pase, eres mi hijo, mi primogénito. Nunca nadie podrá tomar tu lugar.

—Lo lamento, papá.

—No tienes que sentirte mal.

Jason ofreció su mano a Rachel.

Aliviada, Ella se acercó a ambos y los abrazó.

—Quiero que Rachel se case conmigo, que se comprometa con nosotros, y a aceptado. ¿No es cierto, Rachel?

—Sí, los quiero a ambos. Nunca los separaría, quiero que estemos juntos.

Billy la miró con sus ojos llenos de lágrimas.

—¿Nos quieres a ambos?

—Sí. Así es. Muchísimo.

Billy limpió sus lágrimas con sus manos e intentó alegrarse.

—Nosotros también queremos estar a tu lado. — Su voz aún se quebraba.

Rachel miró a Jason de reojo, estaba feliz.

—Billy está en lo cierto, Rachel.

—Bueno, todo estará bien. No me separaré de ninguno de ustedes.

Volvamos a casa, seguramente el tío Adam está esperando por nosotros con la cena en la mesa.

—Oh, es cierto, — mencionó Billy mientras saltaba y jugaba en el

camino. —Recuerdo que sacó el último pedazo de oso de la heladera. El tío Adam dijo que una noche especial merecía una cena especial.

—¿Oso? Oh, dios. — Rachel colocó su mano en su garganta.

Jason rio.

Todos caminaron a casa, con Billy guiando el camino entre saltos y juego, mientras Rachel y Jason caminaban uno al lado del otro, tomados de manos.

—Creo que se siente mejor.— *Definitivamente yo sí.*

—Así es. Gracias por tomarte la molestia de hablar con él.

—Por supuesto, haría lo que fuese por Billy. Quiero que ambos nos llevemos bien y sólo será posible si charlamos.

—Eres tan hermosa e inteligente.

Rachel se sonrojó. —Me alegra que pienses eso.

Jason soltó una risa astuta.

—Y además eres modesta.

Rachel pudo ver como sus futuros cuñados esperaban por ellos, afuera, en el porche. La casa se veía mucho más grande de cerca, tenía tres pisos y un aire campestre, y masculino.

Ella trató de soltar la mano de Jason, pero él se la apretó más.

Jason besó la parte de arriba de la mano de Rachel y sonrió.

—Cálmense. Ya estamos en casa.

Rachel había tenido una noche intensa mientras Jason y ella buscaban a Billy. Rachel intentó relajarse, pronto esta cabaña de madera sería su hogar. Sería su responsabilidad limpiarla y organizarla a diario, lo cual, comparado con su pequeña habitación, o incluso la casa en la granja donde creció, se veía como una gran hazaña. Ella solamente esperaba que los Talbot no fuesen desordenados como sus hermanos.

Una de las cosas que amó instantáneamente de la casa fue la ventana de la cocina, la cual daba hacia las montañas. Sería capaz de mirar hacia afuera mientras cocinaba o lavara los platos; Jason le garantizó que a través de ella vería más animales salvajes que cualquiera en Seattle.

El Segundo y tercer piso era para los dormitorios. Ocho en total. Michael, Gabe, Drew y Billy tenían sus habitaciones en el tercer piso. Jason y Adam compartían lados opuestos del segundo piso. Existía una tercera habitación que se utilizaba como depósito. La cuarta habitación, junto a la de Jason, estaba vacía. Rachel se preguntó si sería buena idea pedirles que esta se

transformara en su cuarto de costura. Ella también se preguntó si Jason podría comprarle una máquina de coser. Rachel sería capaz de hacer y recomponer las prendas de ropa de la familia. Después de todo, ya había trabajado en una fábrica de vestidos.

—Ya era hora de que los tres regresaran. La cena se está enfriando. — Adam colocó sus brazos sobre ambos y los invitó a entrar.

—Lo lamento, Adam. Fue mi culpa. — Rachel sonrió.

Billy la miró y giró la cabeza.

Rachel tomó la mano de Billy.

Ambos sonrieron amistosamente.

Si alguno de los hermanos se dio cuenta, ninguno mencionó nada.

La cocina incluía una mesa amplia con ocho sillas al rededor. Eran piezas exquisitas, talladas a mano.

—Ahora que están aquí, comamos. — Adam sostenía la puerta mientras todos entraban a la casa.

Jason se sentó en una de las cabeceras de la mesa, mientras que Adam se sentaba en la otra. Billy se sentó a la izquierda de su padre y Rachel a su derecha.

—Antes de que comamos, tengo un anuncio que hacer. Rachel aceptó felizmente casarse conmigo y unirse a esta alocada familia.

—Ya era hora. — Adam tomó un cuchillo para cortar el asado. —Era obvio, todo el pueblo los ha visto tomados de manos y besándose, me preguntaba cuando lo admitirías. Todos estábamos preparados para hacerte entrar en razón.

Jason tomó la mano de Rachel. —Creo que eso no será necesario así que, cenemos

Adam comenzó a cortar grandes pedazos de carne.

—No puedo comer tanta carne, — dijo Rachel con una mueca de asombro en su rostro. —Podrías servirme un cuarto de esa porción.

—Ciertamente. — Él tomó una de las porciones, la cortó aún más y la colocó sobre el plato de Rachel.

—Gracias. — Sus ojos no podían ocultar su asombro por la deliciosa cena. —Se ve magnífico, Adam. No puedo esperar probar todo esto. — Tomó un tenedor y un cuchillo, cortó un pequeño trozo del asado y lo puso en su boca. El sabor era distinto al de la carne de vaca o cerdo, aunque seguía estando deliciosa. Dado que nunca había probado venado, no podía comparar la carne de oso con otras. Tragó. —Adam, esto sabe muy bien. Lo digo en

serio, al comienzo estaba algo escéptica pero el sabor es delicioso. Gracias por abrirme los ojos.

—Me alegra que te guste, — respondió Adam.

—Usualmente no recibimos invitados, así que mis habilidades como cocinero nunca son muy apreciadas.

—Oh, estoy segura de que todos aprecian tu esfuerzo, pero simplemente olvidan decírtelo. ¿Cierto, caballeros?

Todos los hermanos asintieron.

—Es correcto Adam, — Michael, el hermano que más se parecía a Suzanne, con ojos azules y cabello rubio, se acercó y golpeó el brazo de su hermano. —Siempre hemos alabado tu comida. Lo que no apreciamos es que nos hagas limpiar.

Rachel sacudió la cabeza. —A nadie le gusta limpiar.

Adam parecía tener grandes habilidades culinarias. La cena incluía salmón, papas, guisantes, pan recién hecho y carne de oso. Para el postre había un delicioso pastel de coco que Rachel juró haber visto en la pastelería del pueblo.

—Ya veo que también has visitado la pastelería de los Jones.

—Sí, nunca aprendí a hornear. — Adam miró a su alrededor. —Ninguno de estos incivilizados aprendió tampoco.

—Me encanta hornear. — Rachel sonrió, estaba feliz de tener algo en común que compartir. —Los pies son mi especialidad. Sin embargo, no he tenido tiempo de hacer uno desde que llegué a Seattle.

—Te pediremos que los hornees hasta que tus manos no puedan más. A todos nos encantan, pero a la Sra. Jones no le gusta hornear pasta de hojaldre, — dijo Drew mientras se servía una cucharada de guisantes.

—Mi hojaldre es el mejor. Es suave y ligero. Sólo esperen y verán.

—Estaremos felices de esperar, querida mía, — dijo Jason.

Ella se sonrojó.

—No creo que esperen con estómagos vacíos. He visto cómo se sirven una segunda e incluso una tercera vez. Adam, tendrás que mostrarme las porciones que tendré que preparar para poder alimentarlos a todos.

Todos los hombres rieron.

Jason se levantó.

—Srta. Swayer. ¿Le gustaría tomar un paseo conmigo?, — preguntó Jason.

—Por supuesto, Sr. Talbot. — Los ojos de Rachel miraron a cada uno de ellos. Todos tenían la misma sonrisa—igual a la de Jason. Definitivamente

eran familia.

Se levantó, tomó el brazo de Jason y ambos se retiraron de la cocina. Rachel pudo escuchar como los demás reían a sus espaldas.

—¿Por qué se están riendo?

—Porque saben que la única razón que tengo para llevarte conmigo a estas horas es porque quiero besarte en privado.

—Oh. Debes pensar que soy muy inocente.

—Por ahora, pero te enseñaré.

—¿Hay muchas cosas que deseas enseñarme?

—Sí, muchas.

Jason se detuvo y apuntó al cielo. —Casi no puedo ver las luces de la cabaña, pero mira las estrellas, están resplandeciendo. Desde aquí se ve la Vía Láctea y muchas otras constelaciones. ¿Puedes verlas?

Su brazo se movía, apuntando a la dirección de la Osa Mayor y menor, Orión y el planeta Venus.

—Venus se ve tan brillante desde aquí, ya entiendo por qué lo llaman el Lucero del alba. Mira. — Jason la estaba observando.

—La luna está casi llena, su brillo plateado hace que tu vestido resplandezca como una moneda de oro. Eres tan hermosa.

—Me agrada que opines eso, dado que la mayoría piensa que tengo una apariencia común.

—¡Jamás! Eres adorable, y jamás me cansaré de decírtelo, — Rachel rio inocentemente.

—Has hablado como todo un caballero.

—Eso soy. Siempre he pensado que toda buena mujer necesita escuchar cumplidos de vez en cuando. — Rachel se ruborizó, se sentía algo culpable, no quería que Jason pensara que necesitaba demasiada atención. —Me haces muy feliz.

Él la tomó entre sus brazos y la besó apasionadamente.

Cuando se separaron, Rachel quedó inmóvil por unos segundos. Sus ojos estaban cerrados y sus labios sonrientes, disfrutaba del momento y de los efectos que los labios de Jason provocaban en su cuerpo. Jamás se había sentido así por un hombre.

—¿Por qué sonríes?

—Porque cada vez que me besas siento que estoy en las nubes, y que la brisa y el sol se apoderan de mí.

—¿Te decepciona que solamente sea un beso?

—Nunca. No es sólo un beso, al menos no para mí. Además, sé que vendrán muchos más

Él no pudo evitar reírse.

—Estás en lo cierto, te daré muchos más. Nuestra vida juntos será todo lo que has deseado.

—Creo que deberías llevarme a casa antes de que hagamos algo de lo que nos arrepentiremos.

—Nunca me arrepentiría de estar contigo, pero esperaré hasta nuestra noche de bodas para hacerte mía. Consumaremos nuestros votos al final de la fiesta.

Ella asintió, cerró sus ojos y lo besó.

—Está decidido. Sólo faltan unos pocos, luego de la boda pasaré a ser tuyo...para siempre.

—Aunque hay algo que debo discutir contigo antes de seguir adelante, Jason. Quiero muchos hijos.

—No. Sin hijos. Puede que mueras.

—No moriré. Yo no soy Cassie. Mi cuerpo es muy fuerte. Soy como mi madre, y ella tuvo doce hijos. Nadie en mi familia ha muerto en el parto, así que estaré bien.

—No. Hay formas en la que podemos protegernos, y las usaré.

¿Cómo puede hacerme esto? Yo lo amo, pero me encantaría tener un hijo. ¿Por qué no entiende que no soy Cassie? Es como si su sombra estuviese siempre acompañándonos.

Rachel intentó no llorar. —No estoy de acuerdo, pero no sé si existe algo que pueda hacer. Sin embargo, no quiero que te protejas en nuestra primera noche. Quiero que nuestra primera vez sea real, sin ningún tipo de protección. Debes darme la oportunidad de tener un hijo.

Jason calló por unos segundos.

—De acuerdo. Cassie no quedó embarazada por cuatro años.

—¿Lo ves? No creo que tenga la oportunidad. Sin embargo, exijo que se me permita intentar.

—Muy bien, tendrás tu oportunidad. Sólo una.

Rachel sonrió y suplicó que sólo fuese necesario un intento. Si él entendiese que su cuerpo era capaz de soportar el parto, entonces podrían planear tener más descendientes. Ella provenía de una gran familia, y obviamente quería más de dos hijos.

—Con suerte, sólo necesitaré un intento. Mi madre era una mujer muy

fértil. Tengo once hermanos y hermanas. Quiero muchos hijos.

—¿¡Doce!?! ¿Qué número eres?

—Estoy en el medio. Tengo tres hermanas mayores y tres menores, y dos hermanos mayores y tres menores. Cuatro de mis hermanos ya están casados y tienen una familia. En total, mi madre ya tiene diecinueve nietos. Me gustaría contribuir a ese número. Además, ¿no te gustaría que Billy tuviese alguien a quien proteger y con quien jugar o aprender.?” Ella lo miró fijamente. —Sí, por supuesto. Billy necesita hermanos. Sí sólo tengo una oportunidad de tener hijos, esperarí­a que fuesen trillizos.

Jason la alejó, pero la mantuvo entre sus brazos. —Oh dios, ¿por qué deseas esto con tanto ahínco?

Ella se encogió de hombros. ¿Por qué era tan difícil de comprender? — No es mi culpa el querer tener una gran familia y ser feliz.

Él la soltó. —Bien, me rindo. Tendrás tu oportunidad. Sólo una. No quiero perderte a ti también.

Rachel nuevamente se acercó a él. Ella pudo ver que esto era difícil para Jason. Sin embargo, estaba feliz de tener una oportunidad para cumplir su sueño.

—Gracias. Gracias. Muchas gracias. — Rachel besó a Jason desesperadamente. Sus labios parecían adictos a él y al sabor de su piel.

Jason no se movió, su respuesta lo tomó por sorpresa.

—Ya es hora de irnos, se hace tarde y no quiero darle explicaciones a nadie.

Él la miró y parpadeó avivadamente.

—¿Qué? Sí. Vamos.

Él despertó de su fantasía y comenzó a caminar.

—Eres una mujer increíble. No deseaba tener hijos en lo absoluto, pero ahora me has hecho cambiar de opinión. No sé por qué, pero ahora me siento muy emocionado. No contemos esto a nadie, especialmente a Al Pope.

Ella levantó la ceja. —Qué tiene que ver Alfred Pope en esto?

—Él siempre apuesta a que voy a ceder.

—¿En este asunto también? Creo que este tema es algo que preferiría mantener entre nosotros.

—Tienes razón. Sólo estoy generalizando. Alfred piensa que nadie tiene su voluntad inquebrantable.

Ambos tomaron un caballo y se dirigieron al dormitorio, y aunque hacía frío, no quería que la noche acabara.

—¿Te gustaría sentarte conmigo?

—Me encantaría.

Ambos se sentaron en uno de los columpios en el porche del dormitorio.

—Estoy tan feliz porque estos columpios estén aquí, fue una gran idea.

Las chicas aman sentarse aquí y ver a los hombres pasar. Es como presenciar un desfile. Todas esperan poder conseguir a alguien pronto. Sin embargo, cada vez que todos los columpios están llenos, los hombres desaparecen. Es extraño.

—No realmente. Cada uno de esos hombres desea casarse. La mayoría regresa a casa a cambiarse y arreglarse para así poder salir y llamar la atención de alguna de tus damas.

—No a mí. Tú llamaste mi atención la primera vez que te vi en el podio de la iglesia y otra vez, cuando estabas invitándonos a subir al barco. Te veías tan varonil, como si el mundo fuese tuyo. Muchas veces me pregunté si algún día te fijarías en mí.

—¿Y ahora?

Ella miró a las estrellas.

—Ahora estoy feliz porque no esperé por ti. No hubiésemos podido avanzar como lo hacemos ahora.

Ambos tomaron sus manos mientras estaban sentados. —¿Y entiendes el por qué?

—Sí, lo comprendo. Ir hacia adelante puede ser difícil cuando se ha perdido a un ser amado. Lo sé. — Hizo una pausa y respiró. —Jason, nunca te lo dije, pero estuve comprometida anteriormente. Mi prometido se unió al ejército y murió dos semanas antes del día de nuestra boda. Me pidió que esperara. Dijo que le debía mucho a este país y, por ende, tenía que cumplir con su responsabilidad.

Él acarició la mano de Rachel. —¿No pudo esperar hasta que ambos estuviesen casados?

Rachel no miró a Jason, en cambio, sus ojos miraron a la dirección del océano. —Ezra pensó que eso era lo mejor, en caso de que muriese. Fue enviado a Maryland el primero de septiembre, y el diecisiete fui informada de su muerte. Fue casi instantáneo. La batalla fue en *Antietam*. Nunca lo olvidaré.

—No debía ir a la batalla. Se suponía que se convertiría en doctor. Había completado su educación, sólo faltaba asistir a la ceremonia de graduación. Eso no le importó al ejército. Necesitaban médicos.

Jason intentó consolarla, pero los ojos de Rachel ya estaban cubiertos en

lágrimas. —Entonces, hizo lo correcto, ¿no crees?

Ella se dio la vuelta, con lágrimas en sus ojos. —No, no fue lo correcto. Si hubiésemos estado casados, él quizá me hubiese dejado con un hijo. Tendría alguien a quien amar en su ausencia. Pero no tengo nada, sólo recuerdos.

Su mirada no podía expresar el dolor por verla así. —Lo siento mucho, Rachel. Lamento que hayas tenido que pasar por eso.

Ella colocó su cabeza sobre su hombro. —Yo, no. Toda esta situación me condujo hasta aquí, hasta tus brazos.

—Me alegra que te sientas así.

Rachel pudo sentir como la voz de Jason se tornaba ronca. —Estoy feliz de tenerte. Ahora debo irme así que bésame, amada mía. Deseo soñar contigo esta noche.

Los dos se dieron un largo y romántico beso. Sus labios se saboreaban, adictos el uno del otro. Ambos se retiraron a sus respectivos lugares.

—Buenas noches, mi amor.

—Buenas noches, Rachel.

Ella rápidamente entro al dormitorio, con una tristeza que inesperadamente se apoderaba de su mente. La noche había sido maravillosa. Sin embargo, Jason aún no confesaba su amor por ella. ¿Nunca lo haría? ¿Estaría ella preparada para soportar tal desilusión?

Rachel se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero junto a su habitación. Intentaría no pensar en Jason por el resto de la noche. Estaban comprometidos, y eso era lo que quería, ¿cierto?

CAPÍTULO VII

Mayo 06 de 1865.

El día de la boda llegó. Lucy corría como una gallina sin su cabeza.

—Estoy segura de que olvidamos algo.

—Lucy. Por favor. Siéntate y relájate. Tus nervios son en extremo contagiosos.

—Oh, Rachel, lo siento. Sólo quiero que todo sea perfecto para ti y Jason. Eres mi mejor amiga. Odiaría que este día fuese como el de mi prima Enid. Su boda fue todo un desastre. Su vestido se mojó bajo la lluvia y luego la falda se rompió. Por eso te repito, quiero que tu día sea inolvidable.

—Lo será. No te preocupes. En tanto Jason y yo estemos casados al final del día, todo habrá resultado de ensueños.

Lucy se veía radiante en su vestido púrpura. Su cabello negro y ojos verdes resaltaban más de lo usual.

Rachel tenía puesto el vestido de novia de su abuela. Dicha prenda había sido la última cosa que pudo meter en su baúl. Incluso había dejado un par de vestidos en casa por ello.

El vestido no estaba muy a la moda; tenía mangas muy largas y perlas en la espalda que formaban una línea. Incluso las mangas se agrandaban un poco al nivel de los hombros. La línea del cuello era algo profunda, así que permitía mostrar algo de escote. El vestido también poseía una caída tipo imperio desde la cintura hasta los tobillos. La falda era formal y estaba adornada por encaje y perlas.

Rachel amaba ese vestido, incluso desde que era muy pequeña. Su madre lo había usado y esto la bendijo con un matrimonio feliz que seguía en pie luego de casi cuarenta años. El matrimonio de su abuela duró treinta largos años hasta que la muerte tomó la vida de su abuelo, quien talaba los bosques del norte.

Una parte del arado se había quedado atorada, pero cuando él intentó arreglarla, una parte de la máquina lo golpeó directamente en la cabeza. Sin embargo, la herida no lo mató al instante. Mi abuela lo encontró unos minutos después y se quedó junto a él hasta su muerte. No tenía sentido llamar a nadie ya que tomaría demasiado, así que solamente espero a que sus hijos volvieran a casa y estos le ayudasen a prepararlo para su funeral.

Es extraño pensar en esto el día de mi boda. Usar el vestido de mi abuela me trae recuerdos familiares. Fue una mujer increíble. Desearía tener su collar.

Su abuela fue una mujer con fuertes valores y admirables convicciones. Prefirió encargarse de la granja ella sola que casarse nuevamente. El único hombre que había tocado su cama se había ido y claramente no era su plan encontrar a alguien más. Tuvo nueve hijos que la ayudaban, por lo que siempre llevo una vida confortable en la granja.

Rachel estaba de acuerdo con las creencias de su abuela. Jason sería el único hombre con el que contraería nupcias. Él representaba todo lo que ella creía correcto. Jason tenía estabilidad monetaria, era fuerte, así que podría protegerla, y además era bien parecido. Si por alguna razón la ceremonia se cancelase, ella preferiría nunca casarse. Sin embargo, este no era el caso. En menos de una hora Rachel se convertiría en la Sra. Talbot. Rachel Emmaline Talbot.

—¿Estás lista?” Lucy le preguntó a Rachel, con una gran sonrisa en su rostro. Luego de la boda, Lucy pasaría a ser la líder de las mujeres.

Mariposas revoloteaban dentro de su estómago. —Sí, estoy lista.

Lucy comenzó a reír.

—Clancy está listo para llevarte al altar, lo más pronto posible, es lo que dijo.

—Muy bien, vamos, acabemos con su ansiedad.

Rachel tomó el brazo de Lucy, y ambas caminaron fuera de la habitación. Afuera, las novias habían creado dos filas que les permitirían a ella y a Lucy pasar. Su boda sería el comienzo de muchas otras por venir. Ambas filas se extendían hasta las puertas de la iglesia. Cada mujer le dio palabras de aliento, bendiciones y una flor. Desde gardenias hasta lirios y tulipanes. Para cuando Rachel llegó a las puertas de la iglesia, tenía en sus manos un enorme buqué. Era tan pesado que se le hacía casi imposible de sostener. Lo colocó sobre la entrada del santuario y de él tomó dos tulipanes, los cuales la acompañarían al altar.

Al entrar a la capilla tomó el brazo de Clancy. Todos susurraban mientras ella caminaba. Él la escoltó hasta el altar, donde Jason esperaba. Rachel estaba tan emocionada de verlo en traje, muy diferente a su atuendo diario. La camisa blanca y su corbata hacían que su piel tostada resaltara. Se veía tan apuesto que ella casi no podía respirar.

El reverendo Peabody aclaró su garganta.

—Hijos míos, serenos. Ha llegado el momento de casar a estos dos.

Él le sonrió a Rachel y luego a Jason.

—Queridos amigos, estamos aquí para unir en santo matrimonio a este hombre y esta mujer. Jason Christopher Talbot, ¿aceptas a esta mujer como tu legítima esposa, para amarla y cuidarla, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separe?

—Acepto.

La voz de Jason se escuchó claramente, y cuando la miró, le sonrió y guiño el ojo.

Ella bajó la cabeza, no quería desmayarse de la felicidad. En cambio, quería gritar como nunca, pero eso no sería muy femenino.

El reverendo Peabody continuó.

—Rachel Emmaline Sawyer, ¿aceptas a este hombre como tu legítimo esposo, para amarlo y honrarlo, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separe?

—Acepto. —Su voz no sonaba ni la mitad de fuerte que la de Jason, pero eso no era lo importante. Había hecho una promesa.

—Por el poder investido en mí por el Territorio de Washington y la ciudad de Seattle, los declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Jason sonrió.

Rachel levantó su rostro y lo invitó a besarla.

Él la tomó en sus brazos y la acercó, luego bajó la cabeza y la besó. Fue un beso increíble. Los labios de Jason jugaron con los de ella como jamás lo habían hecho, y él la invitó a hacer lo mismo. Rachel pudo sentir como la sensación recorría todo su cuerpo, desde la cabeza hasta los pies.

Él rompió el beso, pero cuando ella lo miró, el seguía sonriendo.

—Buen día, Sra. Talbot.

Su corazón palpitaba con locura, ella lo miró fijamente.

—Buen día, Sr. Talbot.

—¿Te gustaría comenzar la celebración para que podamos salir a Olympia lo antes posible?

Ella asintió.

—Debo cambiarme de vestido. Este no es el mejor para bailar o viajar en carreta.

—¿Necesitas una mucama?

—Me gustaría algo de ayuda. Llamaré a Lucy.

—No es necesario, yo te ayudaré.

Ambos caminaron hacia su habitación en el dormitorio.

—Nunca había invitado a un hombre a mi habitación. De hecho, es una regla que no entren a los dormitorios.

—Eso espero. Date la vuelta, voy a desabotonarte.

Ella obedientemente se dio la vuelta. Sus vigorosos dedos se encargaron de desabotonar cada una de las perlas.

Rachel dejó caer el vestido hasta que este tocó el suelo, él le ofreció su mano para salir de él y colocarlo dentro del baúl. Luego ella tomó su vestido morado y él la ayudó a colocárselo.

—Si nouviésemos que asistir a la celebración, te pediría que te quedaras sólo con el corsé y las medias.

—Eres un hombre perverso.

—Cuando se trata de mi esposa, ciertamente.

Jason comenzó a halar hacia arriba el vestido, pudo sentir lo terso de las piernas de Rachel, así como lo suave de sus grandes senos. Ella procedió a abrochar la parte de enfrente, pero Jason tenía otros planes y decidió hacerlo el mismo.

Él movió las cejas.

—Tengo que aprender a colocarte el vestido si pienso quitártelo esta noche. —Rachel se sonrojó.

—Eres incorregible.

—Por supuesto, *Madame* Talbot,” dijo Jason con acento francés. —Ahora que está vestida correctamente para la ocasión, *Madame*, ¿gustaría en ir a saludar a nuestros invitados?

—Por supuesto, *Monsieur*.

Sus ojos no podían dejar de mirarla. —Rachel antes de regresar, ¿estás segura de que no quieres esperar hasta mañana para ir a Olympia? Podríamos quedarnos en un motel esta noche.

—No. Quiero comenzar nuestro viaje lo más pronto posible, en carreta nos tomará horas, y quisiera pasar allá el mayor tiempo posible.

Él alzó las cejas y giró su cabeza suavemente. —Muy bien. Tus deseos son órdenes.

Ella estaba feliz. —Como debe ser.

Ambos caminaron fuera del dormitorio, hacia el bar de Dolly, donde se llevaría a cabo la celebración. La música sonaba, y las mesas se habían movido hacia las paredes, lo que permitió que se abriera un espacio en el

centro, para bailar.

Cuando entraron, las mujeres saludaron y abrazaron a Rachel, mientras que los hombres estrecharon sus manos con Jason.

Adam le dio una palmada en la espalda. —Felicidades. Tienes mucha suerte.

Jason reía cada vez que alguien lo felicitaba.

Todos los hombres la besaron, incluso Alfred Pope. Rachel jamás había sido besada en la mejilla tantas veces en su vida.

Alfred se acercó a su oreja y murmuró. —Jamás pensé que llegaría el día en que vería a Jason Talbot casado, nuevamente.

Rachel sonrió. —Hoy es el día, Sr. Pope.

—¿Cuándo comenzarás a llamarme Al como todos aquí?

—¿Está Seguro de eso? Significaría que somos amigos.

—Somos amigos. Sólo porque te casaste con Jason y no conmigo no significa que estemos enemistados.

—Muy bien. Así será.

—Magnífico. ¿Me concederías un baile?

Jason colocó su mano sobre el hombro de Rachel. —Lo lamento viajó amigo, la novia bailará primero conmigo. Debemos salir en un par de minutos si queremos encontrar un buen lugar donde acampar esta noche.

Adam puso su brazo sobre el cuello de Jason. —¿Seguro que no quieren pasar su primera noche en un motel?

Jason sacudió la cabeza. —Ya lo discutimos. Acamparemos en el camino esta noche y pasaremos dos días en Olympia, luego regresaremos a casa.

Adam frunció el ceño. —Pero Jason, la idea de pasar tu primera noche como recién casado, sobre el suelo, no suena muy romántico. Deberían ir a un motel, donde estén a gusto.

Jason soltó una carcajada. —Lo sé, y estoy de acuerdo, pero Rachel insistió en viajar hasta Olympia lo más pronto posible.

—Eso es porque ella nunca ha tenido una noche de bodas, pero tú sí. Debes aprender a ser más firme.

Él sacudió la cabeza. —No comenzaré mi matrimonio de esa forma, no soy un dictador. Haré lo que pueda para sentirnos cómodos. No hay de qué preocuparse. Confía en mí.

Eran las tres de la tarde cuando ambos decidieron partir, Jason tomó la

mano de Rachel y la ayudó a subir a la carreta. Él tomó unas sábanas y las colocó sobre el asiento para que ella estuviese cómoda.

Se sentaron uno junto al otro.

—¡Vamos! — Rachel tomó las riendas y las sacudió.

—Gracias. —Rachel se acercó a Jason y descansó su cabeza sobre su hombro.

—¿Por qué?

—Por la sábana. Entiendo que será un viaje largo, esto lo hará más cómodo para mí.

—Lo que desee mi esposa.

Rachel sonrió.

Habían estado viajando unas cuatro horas cuando Jason detuvo la carreta y se bajó. Caminó al otro lado y ayudó a Rachel a bajar.

Ella estaba exhausta, sus piernas se sentían adoloridas. Necesitaba desesperadamente un masaje.

—Acamparemos aquí y dormiremos en la carreta esta noche.

—¿Por qué? ¿No crees que hará demasiado frío?” Sólo pensar en pasar la noche en una helada carreta la hizo temblar.

—Sí. —Jason le dio una palmada en el brazo. —No te preocupes. Te mantendré caliente. —Él movió sus cejas.

—Oh. —Ella lo miró, su rostro se sonrojaba. A pesar de sus intensas conversaciones, Rachel seguía siendo una chica de campo que no estaba acostumbrada a la vida íntima de una pareja.

Él no podía evitar reír. Jason gentilmente le dio vuelta a su rostro y la miró con un cariño indescriptible. —No te avergüences. Recuerda que estamos casados, podemos hablar de lo que sea.

Rachel bajó la mirada y sonrió. —Intentaré recordarlo, pero igual es difícil no ruborizarme.

Jason soltó una carcajada. —Muy bien. Sonrojate. No olvides que puedes decirme si algo te molesta. Cualquier cosa.

Ella asintió. —No te preocupes.

Rachel no podía dejar de pensar en cómo sería su primera noche de casada. No le emocionaba la idea de estar al aire libre, o de colocarse su mejor prenda de vestir mientras era atacada por mosquitos. Sin embargo, si ese era el deseo de Jason, debía cumplirlo. Rachel miró hacia la nada. — Jason, sé que esta será nuestra noche de bodas, pero dado que puedo contarte cualquier cosa...bueno, realmente no quiero desvestirme aquí. Hace mucho

frio y no me siento cómoda.

—Lo comprendo, y está bien. No tenemos que consumir nuestros votos esta noche. Preferiría que ambos estuviésemos en una cama, más cómodos y relajados. Por favor, ya no te preocupes por ello.

Jason encendió el fuego, mientras Rachel preparaba algo de café. Ambos colocaron sábanas en la carreta. Afortunadamente Jason había empacado múltiples emparedados para el viaje. Rachel no sabía qué clase de carne había en ellos, pero seguramente era ternera, o quizá oso. El festín incluía manzanas, queso, galletas, estofado y una botella de vino.

Sus ojos no paraban de mirar lo atento de Jason. —Impresionante. Adam nos ha preparado un increíble banquete.

—Bien. Esta comida también será nuestro desayuno.

Cuando el café terminó de hervir, Rachel colocó la sabana sobre el suelo y ayudó a Jason a colocar la comida. Ella le entregó a Jason un plato, un juego de cubiertos, y una taza de café.

—Me parece que será una mejor idea que reservemos el vino hasta que lleguemos al motel, en Olympia. —Jason mordió el emparedado. —Mmm. Carne asada con queso y mantequilla. La mujer que se case con Adam será muy feliz.

Rachel sonrió.

—No te atrevas a contarle que dije eso.

Ella levantó la ceja y lo miró. —¿Qué me darás a cambio de guardar tu secreto?

—Esto. —Se acercó y la besó.

—Eso funcionará por ahora.

—Que mujer tan atrevida. Es una cara distinta de la dulce e inocente dama con la que me casé.

—Ahora que eres mío, puedo dejarte ver mis múltiples facetas.

—Sí, mi amor. Así es. Nunca temas mostrarme quién eres realmente.

Él miró su taza de café.

—Rachel, sobre esta noche. A pesar de que no podremos consumir nuestro amor, eres mi esposa y me gustaría sostenerte en mis brazos. Eso sería suficiente para mí.

Ella clavó sus ojos en él. —No puedo esperar ser abrazada por ti toda la noche.

—Bueno, como dije, quiero que nos relajemos. Sentémonos junto al fuego y disfrutemos del café y las galletas.

—Me encantaría.

Ella tomó una sábana y la colocó en el suelo.

Jason se sentó, puso un tronco detrás de él y la invitó a sentarse.

Rachel tomó su falda y la alzó, le entregó otra taza de café y se sentó a su lado. —Esta sábana jamás estará limpia.

—Nunca lo ha estado, esa es la razón por la que la guardo en la carreta.

Jason colocó su brazo alrededor de Rachel y la acercó a él.

—Que agradable.

Ella descansó sobre él.

—Tienes razón. Creo que puedo ver más estrellas desde aquí que desde casa.

—Este es tu hogar ahora.

—A veces me es difícil creerlo.

—Será más sencillo una vez que comencemos a vivir juntos.

—Supongo. No puedo esperar a tener mi propia casa. Vivir en ella e iniciar una familia.

Ambos permanecieron en silencio, bebiendo café y comiendo.

Jason fue el primero en hablar. —Creo que estoy listo para ir a dormir.

—¿Ya estás cansado?

El sacudió su cabeza. —No realmente, pero quiero tenerte entre mis brazos para poder besarte y pensar en hacer el amor contigo. No tienes idea cuanto te deseo, no puedo controlarme.

Emocionada por saber que él la deseaba, Rachel colocó su mano sobre la pierna de Jason. —Si tanto lo deseas...podríamos...ya sabes.

Él se acercó y besó su frente. —No, mi dulce esposa. Soy un hombre. Puedo contenerme. Esperaremos.

Rachel había crecido en una granja. Una parte de ella estaba feliz de que no lo harían a la intemperie. Sabiendo ella lo que le esperaba, sumado al dolor que experimentaría, no le importaba esperar.

Jason la ayudó a subir a la carreta. La cama estaba lista.

Rachel se despojó de su abrigo y se metió entre las sábanas. Al principio se sentían frías, pero luego pudo relajarse.

Jason se acostó junto a ella.

—Ven a mí, hermosa.

La recibía con los brazos abiertos.

Ella presionó su cuerpo contra él en señal de gratitud. Tomó uno de sus brazos y se cubrió con él. Ambos compartieron el calor de sus cuerpos

envueltos en sábanas.

Lentamente sus cuerpos se fundieron. Rachel no podía creer que finalmente estaba compartiendo la noche con el amor de su vida. Ella amaba la sensación de sentirse segura, protegida y deseada.

Ahora solo había un problema; Aun tenía que pensar en la noche en la que consumirían su amor.

CAPÍTULO VIII

Al día siguiente, ambos se dirigieron a Olympia. Jason insistió en que dejaran el lugar donde acamparon a las siete de la mañana, lo que les permitiría disfrutar de la ciudad.

La carreta se detuvo frente al *Hotel Grand*.

Era un edificio enorme, de tres pisos y un color amarillo pastel. Rachel estaba lista para bajar de la carreta. A pesar de que ambos pararon un par de veces en el camino, el trasero de Rachel no podía soportar el dolor y la incomodidad del duro asiento de la carreta. Por un momento pensó que sería lo suficientemente valiente como para resistir un viaje tan largo, pero eso nunca ocurrió.

Luego de que Jason le ofreciese su mano para bajar, Rachel comenzó a caminar círculos, esperando a que esto le ayudara a estirarse.

—No puedo esperar poder dormir en una cama esta noche.

—Sé que acampar no es lo ideal, pero debes acostumbrarte. Cuando regresemos acamparemos nuevamente.

Ella se detuvo. —Ni me lo recuerdes. ¿Crees que este lugar tenga un cuarto de baño?

Él se encogió de hombros. —No lo sé. Nunca me he quedado aquí, pero podemos preguntar.

—Oh, ¿dónde te quedas cuando vienes hasta acá?

Mientras tomaba las valijas, Jason caminó hasta la puerta del motel. —Casi siempre duermo dentro de la carreta dado que usualmente es por una noche. La mayoría de las veces solamente compro las provisiones y regreso ese mismo día.

—Ya veo, me alegra que podamos quedarnos aquí un par de días. No me emociona nuestro viaje de regreso.

—Cuando viajemos de vuelta, hare lo que pueda para mantenerte tibia, y también usaremos nuestros abrigos y frazadas. Te prometo que te sentirás mejor.

Rachel amaba cuando él se preocupaba por sus necesidades. Ella lo miró y volteó su rostro en señal de timidez. —Supongo que puedo confiar en ti. Por ahora lo mejor será que entremos y veamos si podemos darnos un baño.

La entrada del lobby los condujo a lo que Rachel creyó era otro universo. El motel estaba decorado con hermosos tonos azules; la alfombra oriental

cubría parte del exquisito suelo de madera de roble. A su derecha estaba un sofá y una bella silla estilo reina Ana, ambos cubiertos por tela tipo damasco.

A su izquierda estaba el restaurant, impregnaba al motel con deliciosos aromas.

—Mmm... Algo huele delicioso. —Rachel cerró sus ojos con satisfacción.

De pronto una bella dama de cabello rojo apareció frente a ellos con una sonrisa. —Esa es la cena de esta noche. Asado de carne. El cocinero viene de Inglaterra por lo que siempre prepara un delicioso pudín Yorkshire. Es un plato muy popular, así que les recomiendo acompañarnos.

Rachel miró a Jason. —No almorzamos mucho, así que estoy algo hambrienta. ¿Tú qué opinas?

Él asintió. —Sí, yo también. Una vez tengamos la llave de nuestra habitación, bajaremos a cenar.

—Como desee, Señor. Mi nombre es Jessie, y estaré más que encantada en atenderlos. ¿Tienen reservación?

—Sí. Envié una carta solicitando una habitación por tres días. Está bajo el nombre de Jason Talbot.

La encargada miró la lista y sonrió.

—Tengo entendido que es su luna de miel. Hemos reservado la mejor habitación para ustedes. Incluye un cuarto de baño con agua fría y caliente.

Su estómago gruñó. Rachel ya no podía ocultar su hambre.

—Creo que deberíamos comer primero y después tomar un baño.

Jason rio. —Suena bien. Iremos a comer después de colocar las valijas en la habitación.

—Por favor firme aquí, —la mujer apuntó al libro de invitados. —Su habitación es la 108, y se encuentra al final de este pasillo.

Jason firmó el registro de invitados y recibió las llaves de la habitación. Ambos tomaron una pieza de equipaje. —Las damas primero.

Rachel soltó una risa nerviosa y caminó por el pasillo.

Jason abrió la puerta y colocó el equipaje dentro lo más rápido que pudo. —Podemos chequear la habitación luego, ahora solo quiero comer.

—Yo también.

Ambos caminaron de regreso al lobby que se conectaba con el restaurant; los dos se sentaron en la mesa central, lejos de las ventanas. Tomando el consejo de la encargada, ambos optaron por el asado, el pudin Yorkshire, papas, pan y mantequilla. El postre fue pie de cerezas.

Jason tomó la mano de Rachel y la posó sobre la mesa.

—¿Estás lista para tomar un baño? Prometo frotar tu espalda si tú haces lo mismo conmigo.

Rachel quedó boquiabierta, sus ojos miraron a su alrededor, temiendo que alguien lo haya escuchado. —¿Estás proponiendo lo que creo que estás proponiendo?

Jason le guiñó el ojo —Probablemente. ¿Qué crees que propongo?

Ella se le acercó y susurró. —Que nos demos un baño juntos... en la misma bañera.

Jason rio. —Así es, cariño. Eso es exactamente lo que quiero. Nos asearemos, y con suerte, te acostumbrarás a la idea de estar desnuda frente a mí.

El corazón de Rachel latía sin control. No sabía si estar intrigada o preocupada. Su mente se decidió por intrigada.

—Muy bien, pidamos agua caliente entonces.

Los dos se detuvieron en la recepción y ordenaron que el agua caliente se enviara a la habitación número 108.

La habitación era magnífica. Rachel la detalló mientras sus dedos tocaban cada objeto. La cama tenía dosel, estaba cubierta por elegantes sábanas y un edredón; el tono de la cama y las dos pequeñas mesas a los lados parecía roble o arce. También había un armario tallado con pequeños y delicados detalles que decoraba perfectamente la habitación. La Puerta del cuarto de baño estaba del otro lado.

Una enorme bañera resaltaba como la pieza principal del cuarto de baño. Una estufa en una de las esquinas proveía agua caliente.

Una vez todo preparado, Rachel le dio la espalda y comenzó a quitarse el corpiño seguidamente de su vestido, el cual cayó a sus pies.

—Date la vuelta. Me gusta verte mientras te desvistes.

—¿De verdad? Pensé que la fase final era lo que realmente llamaba tu atención.

Jason caminó hacia ella y tomó sus manos.

—Me encanta todo, cuando te desvistes o cuando te colocas tu vestido nuevamente. Espero que quieras verme mientras me despojo de mi atuendo.

Rachel podía sentir como su ansiedad bajaba por su garganta. Ella estaba allí, expuesta, usando solamente su corsé y medias, teniendo una conversación común y corriente con su esposo. Él tomó sus manos y sonrió, intentaba con todo su ser mantenerla calmada. Jason miraba sus ojos, no su cuerpo. No tenía

prisa, sólo quería que ella estuviese lista.

—Bien, si se supone que verte desvestir ha de traerme placer, será mejor que comiences.

Jason soltó una carcajada. —Esa es mi esposa.

Él tomó su chaqueta y comenzó a desvestirse. Bajo su fina camisa blanca tenía una camisa de algodón que dejaba ver los músculos de sus brazos.

Rachel supuso que la camiseta estaba allí en caso de que su camisa se ensuciara o hiciese mucho calor. Jason se despojó de su camiseta; Rachel no podía respirar. Él era todo un espécimen de hombre. Aunque era mayo, su piel ya tenía un hermoso color tostado por tanto trabajar bajo el sol y sus músculos resaltaban por su apariencia fuerte.

Si Rachel hubiese sido la clase de mujer que no podía controlar sus emociones, ella claramente se hubiese desmayado.

Con su corazón latiendo descontroladamente, las manos de Rachel la acercaron al pecho de Jason, acariciando sus hombros y los rizos de su cabello. Todo esto la ataba como un hechizo del que nunca podría despertar.

—Eres glorioso. Jamás pensé que un hombre podía verse así, tan musculoso y tu piel es...increíble.

Él sonrió. —Has hablado como toda una mujer.

Jason la alcanzó y comenzó a liberar los pequeños ganchos de su corsé. —Te estás quedando atrás, amada. Déjame ayudarte.

En unos segundos ambos sintieron como el corsé caía al suelo, sobre el vestido. Sus otras prendas no tardaron en caer, dejándola totalmente desnuda.

—Debes alcanzarme. —Rachel se inclinó y comenzó a quitarse las medias. Su corazón quería saltar fuera de su pecho, estaba expuesta, tanto física como emocionalmente.

Le tomó dos minutos a Jason encontrarse en el mismo estado que ella. Ambos se miraban, examinando cada curva, línea y marca. —Eres hermosa, —dijo Jason después de unos segundos.

Todo su cuerpo se tornaba rosado por estar siendo vista de esa manera, no lograba evitar cubrirse con sus brazos. Ella lo miró de arriba a abajo, con sus ojos enfocados en su miembro. Era grande, quizá demasiado.

Él se reía.

Ella cambió la dirección de su mirada.

Jason le guiñó el ojo.

—Yo te diría lo mismo, pero eres realmente impresionante.

—Gracias, querida. —Él caminó hacia ella y la tomó de los hombros, la

besó suavemente y la levantó, llevándola al cuarto de baño.

Jason la dejó bajar junto a la bañera. El vapor tomaba la habitación.

Ella se inclinó para sentir el agua.

—No está demasiado caliente. Será ideal para relajarnos.

Rachel entró a la bañera y reclinó su espalda.

Jason hizo lo mismo.

Ella trataba de estirar sus piernas entre las de él para no tocar su miembro. Sin embargo, era difícil no verlo. Jason estaba listo, deseaba hacerlo con ella.

Rachel cubrió su cuerpo con jabón de rosas, al terminar le dio la espalda a Jason.

Él masajeó su espalda mientras la limpiaba con una toalla. Tomó la oportunidad y acarició sus senos, jugando con sus pezones.

Sus grandes manos la hicieron sentir de forma inimaginable, una especie de electricidad viajó hasta su centro femenino.

Su cabeza cayó hacia atrás, posándose sobre el pecho de Jason. —Jason. —Murmuró. No podía pensar en nada más, estaba hechizada. ¿Qué estás haciéndome?

—Estoy haciéndote el amor. El acto final es solo el comienzo. Ya verás. ¿Te gusta lo que hago?

—Sí. —Ella cerró sus ojos. —Mucho.

Sus manos comenzaron a bajar, tocando el área cercana a su ombligo, pero paró antes de tocar más abajo.

De pronto se levantó, tomó un cubo con agua limpia y vertió la mitad sobre su cabeza.

—Levántate, por favor.

Rachel se levantó, y él vertió el resto del agua sobre ella, dejando caer la espuma del jabón.

Él salió y le ofreció a Rachel su mano para que ella hiciese lo mismo, ambos presionaron sus cuerpos y exploraron por unos segundos.

Jason tomó una toalla seca y la ayudó a secarse. Ella pensó que tenía prisa, pero él era un caballero y se tomó su tiempo.

Cuando ella estaba lista, Jason hizo lo mismo consigo. Ambos se miraron y él la tomó en brazos y la llevó a la cama.

—Si hacemos algo que no te gusta o te atemoriza, dímelo. Tener relaciones debe ser una experiencia placentera. Te advierto que esta vez sentirás algo de dolor, más intentaré complacerte lo mejor que pueda. ¿Confías

en mí?

Ella lo miró a los ojos, no podía evitar mirar como sus senos reposaban sobre su pecho. Se conectaron inexpresablemente, y sin titubear, ella respondió. —Sí. Confío en ti.

—Bien. Acostémonos y comencemos a conocernos un poco mejor.

Sin saber a qué se refería, Rachel se sentó y se movió a la mitad de la cama. Luego se acostó.

Jason la acompañó y se acostó junto a ella. Una de sus manos comenzó a recorrerla, comenzando por su cuello y bajando por la línea de su cadera. Sus manos fueron gentiles, la tocaban delicadamente, como si fuera una obra de arte. Rachel ardía con deseo, no sabía por dónde empezar.

Ella cerró sus ojos, era incapaz de mantenerlos abiertos mientras era sometida a todo ese increíble placer. Jason ciertamente tenía un talento admirable.

—Oh, Jason. —Rachel murmuraba su nombre. Su corazón era como una bomba de tiempo en su pecho, y estaba segura de que él podía escucharlo, pero ya no podía hacer nada. El momento se apoderaba de su cuerpo.

—¿Te gusta eso, amada mía?

—Sí. —Su voz se quebraba. Se mostraba dócil, como una adolescente y no como una mujer. Sin embargo, esta era la primera vez que sentía algo así.

Los dedos de Jason jugaban con sus senos y sus pezones, su mano la apretaba suavemente, dejando a sus labios hacer el resto.

El toque de su lengua sobre sus pechos hizo que Rachel se sacudiera. Luego lo tomó del cabello y lo acercó aún más. Rachel era insaciable, no sabía cómo acercarlo más o en qué lugar colocarse para sentirlo aún más. Ella lo quería todo.

Él la soltó y comenzó a besar su estómago una y otra vez, creando una especie de camino. Y antes de poder entender que estaba a punto de ocurrir, su boca se encontraba allí, sobre su monte de Venus, dándole el placer que se asemejaba a la explosión de mil estrellas. Quería gritar con placer, pero supuso que no debía.

—Eres muy ruidosa. Debo recordar eso cuando regresemos a casa. No puedo permitir que grites cada vez que te doy placer.

Estaba sin aliento, sus cuerdas vocales parecían no poder funcionar. —¿Yo grité? Creí que había sido otra cosa.

Él sonrió. —No, esa fuiste tú.

—Oh, cielos. —Giró la cabeza.

Con una mueca picara, Jason volvió a lo que hacía. —No dejes de mirarme cuando te beso entre tus piernas. Disfrutar de esto es una parte sana y fundamental del matrimonio.

—¿No te avergüenza...que grite?

—En lo absoluto. Me encanta escuchar tus reacciones. Sin embargo, deberíamos buscar una forma de minimizarlo cuando estemos en casa. Mis hermanos lo entenderán, pero Billy creerá que estoy haciéndote daño.

Ella lo miró. —Tienes razón. Estaría mortificada si Billy me preguntase algo.

—Si estás sintiéndote bien con esto, hay otra parte que está por venir. ¿Aún confías en mí?

—Sí. —Rachel se tensó, sus músculos actuaban sin su consentimiento.

Jason se colocó sobre ella, cubriéndola con su cuerpo. Entre sus piernas pudo sentir una suave presión seguida de dolor. Sin embargo, no se comparaba a lo que él le había descrito. Su acto de amor estaba casi completo; esta era la parte donde ella esperaba quedar embarazada. La idea de tener bebés y una familia la alentaba a disfrutarlo al máximo.

Luego de terminar, ambos estaban exhaustos, así que se abrazaron para descasar. La pierna de Rachel rodeaba a Jason y sus manos jugaban con los vellos de su pecho. Sin poder evitarlo, él se había convertido en su más pura adicción.

—¿Qué hacemos ahora?

—Bueno, si fuese más tarde, nos iríamos a dormir. Si esta no fuese tu primera vez, lo estaríamos haciendo una y otra vez, pero es mejor no forzar tu cuerpo. —Él comenzó a acariciarla, buscando relajarla. —Sugiero que nos vistamos y salgamos a ver los sitios históricos de Olympia. ¿No habías dicho que querías hacer unas compras mientras estuviésemos aquí?

—Quisiera comprar algunos materiales para hacer nuevos vestidos y camisas para ti, tus hermanos y Billy. También quisiera ver si puedo comprar una máquina para coser. Con eso podría coser mucho más rápido. —Su mano se detuvo, pero siguió sobre el pecho de Jason. —Entiendo que algo como eso puede ser costoso.

—¿Cuánto crees que cueste?

—Cerca de unos setenta y cinco dólares.

Jason silbó. —Cielos, es costosa.

—Sí, entiendo. No debí haber preguntado. Puedo coser a mano.

Él colocó su mano en su barbilla. —No. Debes preguntar todo lo que

necesites. Si de esa forma se te es más sencillo coser, eso podría ahorrarnos bastante dinero en el futuro. Mis hermanos y yo somos altos, y la ropa que solemos comprar no se nos ve bien. Que tú la arregles representaría una gran ayuda. —El asintió. —Opino que deberíamos comprarte una máquina si la encontramos.

Rachel se levantó y besó la mejilla de su esposo. —Eres el mejor esposo de todos. —Él levantó la ceja. —Recuerda eso para cuando esté en desacuerdo contigo.

—Además del asunto de los bebés, ¿qué te hace pensar que estarás en desacuerdo conmigo?

—¿Qué te parece el misterio que intentas resolver? No estoy de acuerdo contigo en ese aspecto, y me mantendré firme al respecto hasta que el alguacil lo resuelva.

Rachel sonrió y volteó sus ojos. —Supongo que debo acostumbrarme a tus bromas. Sin embargo, sé que siempre harás lo que te pida.

Jason no dijo nada al respecto y siguió acariciando a Rachel. Finalmente, el respondió, —Ya veremos.

Apenas las palabras salieron de su boca se dio cuenta que había hecho mal. Jamás habían mencionado amor...nunca. Sólo porque ella se había enamorado de él no significaba que era correspondida. Rachel no era estúpida. Ella sabía que Jason amó a Cassie por mucho tiempo y estuvo devastado luego de su muerte. Pero, eso había ocurrido hace diez años. Era el momento de permitirle a Rachel reemplazarla...o al menos parte de ella.

El momento estaba perdido. Lo que sea que había entre ellos ya había muerto. Rachel se tomó un minuto y se llenó de valor.

—Bueno, ¿te gustaría vestirme e ir a ver si podemos encontrar una máquina de coser?

Jason movió su brazo y se alejó de ella.

—Sí, supongo que podríamos hacer eso. Sin embargo, hay algo que tenemos que discutir.

—¿Qué cosa?

—Los robos. Este misterio que estás buscando resolver. Me gustaría que dejaras al alguacil hacer su trabajo.

—He avanzado mucho. Necesito encontrar algún tipo de resolución. Uno de mis sospechosos es el culpable.

Jason cerró sus ojos y pellizó las sábanas.

—Y luego te preguntas en qué podríamos estar en desacuerdo.

Ambos se levantaron y vistieron.

—¿Estás listo? Rachel notó que él la miraba mientras estaba sentado en la silla.

—Por supuesto. Eres encantadora. Verte así es tan placentero, podría hasta olvidar nuestro desacuerdo.

—Lamento que hayamos tenido una discusión, tratemos de no mencionarlo por ahora. Me gustaría disfrutar de nuestra luna de miel.

—Tienes razón. Al verte sólo deseo concederte todo lo que quieras.

Ella sonrió.

—Pero no debo. Hablaremos después, mi hermosa esposa.

Ella miró al suelo, consciente de que se había sonrojado, para luego mirar a su esposo. —Gracias, también me gusta mirarte. Debo admitir que me quitaste el aliento la primera vez que te vi sin camisa.

Jason subió las cejas. —¿A cuántos hombres has visto sin camisa?

Rachel bajó un poco la mirada. —Sólo a mi padre y hermanos, y claramente no sentía el deseo de tocarlos.

—Gracias a Dios.

Dándose cuenta de que se había equivocado, sacudió la cabeza. —Ya sabes a lo que me refiero.

Jason soltó una carcajada. —Sí, lo sé. Apuesto a que tu padre y hermanos trabajan en oficinas y no necesitan hacer tanto esfuerzo como yo.

—Un par de mis hermanos sí, pero la mayoría son granjeros. Y aunque tuviesen tu musculatura; tú sigues siendo el único hombre al que quiero tocar.

Él se levantó. —Me alegra. Deberíamos irnos antes de que te tome en mis brazos, te regrese a la cama y te desnude entre las sábanas.

Ella sacudió su cabeza. —Eres insaciable.

—No tienes idea. Una vez se te haya pasado el dolor, voy a mostrarte lo voraz que un amante puede llegar a ser.

Rachel se cubrió con las manos. —A veces dices las cosas más descabelladas que he oído.

—Sólo la verdad, mi amor. Sólo la verdad.

Ella abrió la puerta. —Creo que es hora de irnos, antes de que se te ocurran más ideas *voraces*”

Él rio, cerró la puerta y colocó la llave en su bolsillo. Ambos se tomaron de las manos y caminaron fuera del hotel.

A pesar de sentirse como la mujer más afortunada de la tierra, Rachel no podía parar de preguntarse si Jason llegaría a sentir algo más que una

atracción carnal hacia ella. ¿Qué ocurriría con su futuro? ¿Qué sería de su matrimonio? ¿En qué posición estarían?

CAPÍTULO IX

Pudieron haber preguntado por direcciones en la recepción, pero explorar era mucho más divertido. A Rachel le gustaba visitar las tiendas de las ciudades a las que iba, de esa forma podía enamorarse de cosas que nunca tendría.

Luego de visitar múltiples tiendas que vendían cosas para mujeres, vestidos, sombreros, telas, etc., ambos entraron a una especie de ferretería.

Jason sostuvo la puerta. —Debo comprar nuevas hachas.

Rachel comenzó a seguirlo, los dos recorrieron los pasillos que contenían herramientas para talar, cosechar, y arrear ganado. Ella vio palas, rastrillos, y arados, hachas, sogas y alambres de todo tipo. Ahí fue cuando la vio. A su derecha, al final del pasillo, estaba una máquina de coser.

—Jason, mira. —Rachel apuntó a la máquina y corrió hacia ella para examinarla. —Es perfecta.

El artículo era macizo, de madera, con sus propios cajones. El pedal adherido a la base era de metal y muy sofisticado. Los pequeños cajones estaban hechos para guardar hilos, agujas, tijeras y carretes. Sin embargo, el espacio aún era suficiente para apoyar diferentes prendas y sentarse cómodamente.

Rachel se enamoró al instante.

—¿Podemos comprarla, Jason? ¿Por favor?

Él miro la máquina y se acercó al dueño de la tienda; era un hombre delgado, con una prominente barba y de unos cincuenta años.

—¿Cuánto por la máquina de coser?

—Ciento veinticinco dólares.

—Te daré cincuenta,—contestó Jason.

El dueño levantó la ceja. —Cien.

Jason sacudió la cabeza. —Setenta y cinco, y es mi oferta final.

El dueño de la tienda colocó su mano sobre su barbilla. —Vendida.

Jason miró a Rachel, guiñó el ojo, y luego sonrió. —Regresaremos el martes en la mañana para recogerla. —Jason sacó de su bolsillo una costosa pinza sujeta billetes que sostenía una gran cantidad de dinero. De allí contó setenta y cinco dólares, los cuales entregó al dueño de la tienda; luego guardó el dinero en su bolsillo.

Rachel jamás había visto tanto dinero en su vida y Jason parecía tener

mucho. Además, la manera en la que negoció con el hombre fue bastante impresionante. Ella tendría que recordarlo para cuando ambos estén discutiendo cosas importantes, como tener hijos.

El dueño contó el dinero y lo puso en su bolsillo. —Perfecto, señor...

—Talbot, Jason Talbot.

—Bien Sr. Talbot, Mi nombre es Otto Meyer. Soy el dueño de este lugar. ¿Puedo ayudarlo con algo más? El hombre tomó un trozo de papel y un lápiz.

—Sí, necesito veinticinco hachas, quinientos metros de sogá, y seis cierras. —Jason uso sus dedos para contar los artículos que necesitaba.

El hombre escribió todo sobre el papel. —No estoy seguro de tener tantas hachas en la tienda. Sin embargo, puedo buscarlas y enviárselas a su dirección. Lo demás sí se encuentra disponible. ¿Le gustaría venir a buscar los artículos, el martes, junto con la máquina de coser?

Jason asintió. —Sí. Gracias. ¿Dónde está el mejor restaurante del lugar?

—Les recomiendo el Café Olympia, bajando la calle. Todos aman el lugar por su deliciosa pastelería, así que será mejor que vayan ahora. De lo contrario, tendrán que hacer fila. —El dueño colocó el papel y lápiz dentro de su delantal.

Jason miró a Rachel. —¿Tienes hambre? Son casi las cinco.

Ella asintió. —Oh sí, es una muy buena idea.

Jason se dio la vuelta y miró al Sr. Meyer. —¿Es este un mal momento para ir?

El hombre sacudió su cabeza. —En lo absoluto. Es el momento ideal para ir. Seguramente Betty ya ha sacado su pan recién horneado. Los emparedados de cerdo son los mejores. No se arrepentirán. Sólo deben cruzar a la derecha al salir de la tienda. El Café está a cuatro cuadras.

Jason extendió su mano. —Gracias, Sr. Meyer. Tomaremos su recomendación, y estaremos de regreso el martes con la carreta para buscar nuestros artículos.

El Sr. Meyer le dio su mano a Jason y la estrechó. —Tendré todo preparado para ese día, lo espero a las diez de la mañana.

—Gracias, Sr. Meyer, ha ayudado a mi esposo a hacerme muy feliz. — Rachel bajó un poco la cabeza en señal de agradecimiento.

—No es nada, Sra. Talbot,—dijo el hombre.

Ambos salieron de la tienda y fueron al Café.

Jason tomó la mano de Rachel y la colocó sobre su brazo. —Nos has ahorrado cincuenta dólares hoy. —Ella lo miró con escepticismo. —¿Cómo es

eso posible? No dije ni una palabra.

—Me informaste sobre el costo de una máquina de coser. Si no lo hubiese sabido, hubiese tenido que pagar los ciento veinticinco dólares que el dueño pidió.

—Oh, bueno, en ese caso, podríamos comprar material extra. Me gustaría comenzar a hacerles camisas para navidad.

—Mis hermanos, Billy y yo te estaríamos muy agradecidos.

—Pero, tú usas piel. Las agujas no son suficientemente fuertes como para coser cuero.

—No siempre uso esto. No lo hice en nuestra boda.

—Es cierto, tienes razón. Tenías puesto un traje de tres piezas que se te veía muy bien. Me sorprende que recuerde algo más que el beso y nuestros votos. Ese día pasó increíblemente rápido.

Jason sonrió y la miró. —Bueno, esas fueron las cosas más importantes.

Los dos entraron al Café y fueron atendidos inmediatamente, la mesa que les asignaron estaba junto a la ventana.

El aire estaba fresco, y cargaba consigo un delicioso aroma a pan recién horneado. El lugar estaba repleto de gente y conversaciones indistintas. —Desearía que hubiésemos llegado antes. —Rachel se quitó los guantes.

—¿Por qué lo dices? Jason tomó su tenedor y lo examinó.

—Porque detesto sentarme frente a las ventanas. Me siento expuesta, pero no hay más mesas disponibles.

El lugar estaba lleno de mesas cuadradas, cubiertas por manteles bicolores. La mayoría podía sentar hasta cuatro personas. Sin embargo, aquellas que estaban contra la pared sentaban a dos.

Una mesera se acercó y les entregó el menú. —Nuestro especial de hoy es estofado de carne, pan recién horneado y pie de manzana para el postre. ¿Les traigo algo de beber mientras deciden?

—Sí, por favor. Me gustaría un vaso con agua. —La garganta de Rachel estaba tan seca como el polvo. No habían bebido nada desde el almuerzo.

Después de que la joven camarera se retiró para buscar las bebidas, Rachel dijo, —Ese estofado de carne suena bien.

—Deberías ordenarlo.

Cuando Rachel vivía en New Bedford, comer en restaurantes era una rareza, y cuando vivía en la granja, nunca comían fuera de casa. Quería estar segura de estar tomando la decisión apropiada. —Pero el hombre en la tienda

dijo que era mejor probar los emparedados de cerdo.

—Yo ordenaré el emparedado, dos de hecho, y tú puedes ordenar el estofado. Luego podremos probar todo y ver qué preferimos. Todavía tenemos muchos lugares a los cuales ir.

—Eso suena grandioso. Luego de ver el menú me he dado cuenta de que hay muchas otras cosas que quiero probar.

Sus órdenes finalmente llegaron, y ambos las devoraron sin pensarlo.

—Creo que estaba mucho más hambrienta de lo que esperaba. Todo estaba delicioso. —Rachel usó la servilleta para limpiar las comisuras de sus labios. —¿Crees que pueda convencer a Betty, la panadera, de mudarse a Seattle?

Jason rio. —Lo dudo. Además, ya tenemos una panadería. Admito que el pan no es tan bueno como este, pero los pasteles son deliciosos.

—Te apuesto a que no podrás resistirte a mis pies de fruta, muchas personas me han dicho que son lo mejor que han probado.

—Eso suena un poco jactancioso, ¿no crees?

Ella orgullosamente levantó su barbilla. —No es jactancioso cuando es cierto.

Jason hizo una mueca. —Supongo que tienes razón. Sin embargo, tus pasteles deberán ser increíbles si pretendes superar a la Sra. Jones.

—Lo son. —Rachel levantó la ceja y sonrió. —Confía en mí.

—Arreglaré una competencia cuando lleguemos a casa. Tus pies contra los de la Sra. Jones. El premio será una placa con el nombre de la ganadora”

Rachel alzó sus hombros y sacudió la cabeza un par de veces. —¿Por qué?

—De esa forma, la gente podrá saber quién es la mejor y empezarán a ordenarte pedidos.

—Ah, ¿lo ves?,—Ella lo apuntó con el dedo. —Estás consciente de que yo sería la ganadora.

—Por supuesto. ¿Qué clase de esposo sería si no apoyara a mi querida esposa?

—Tienes razón.

Jason pagó la cuenta, dándole una buena propina a la camarera.

Rachel entrelazó su brazo con el de Jason. —¿A dónde quieres ir ahora?

—No lo sé, ¿qué te gustaría hacer?

—Bueno... Yo... Ella lo miró mientras se sonrojaba. —Creo que he comprado lo suficiente por hoy. Estoy algo cansada. ¿Qué te parece si

regresamos al motel temprano?

Él demoró el paso, se detuvo y la vio. —No es prudente que lo hagamos ahora, ¿lo sabes?

Ella miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la estuviese escuchando, luego bajó la cabeza y respondió en voz baja. —Sí, pero eso no quiere decir que no puedas sostenerme en tus brazos mientras descansamos. No sé cuándo será posible tener otra oportunidad así.

—Tienes razón. ¿le gustaría ir a *descansar* conmigo Sra. Talbot.?

—Me parece Buena idea, Sr. Talbot.

Ambos caminaron juntos hasta el motel. Rachel tuvo que correr para seguirle el paso a Jason. Su esposo parecía tener más prisa que ella.

Cuando llegaron a la habitación, Rachel prácticamente se arrancó su corpiño. Sin embargo, los pequeños botones del frente eran demasiado difíciles para sus pequeñas y temblorosas manos.

—Espera, déjame ayudarte. —Jason se levantó y rápidamente le desabotonó la ropa.

Cuando ya era libre, Rachel comenzó a quitarse el resto de su ropa interior, pero Jason se le adelantó.

Esta vez no le dio la espalda. En cambio, ella lo miró directamente mientras él se ponía cómodo sobre la cama, cruzaba las piernas y sonreía.

Rachel se acostó junto a su esposo, él puso su brazo alrededor de ella y ambos se cubrieron con sábanas. Rachel pensó que era imposible dormir así. Estar junto a Jason aún era algo nuevo para ella, al igual que su desnudez.

Sin darse cuenta, Rachel se durmió, y al despertar, estaba entre los brazos de su amado esposo.

—Ya era hora de que despertaras, bella durmiente.

Su voz profunda le provocaba cosquillas.

Al no poder resistirse, Rachel se dio la vuelta y besó el pecho de Jason.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto?

—No mucho. Lo suficiente para verte dormir mientras roncas.

Sus ojos se abrieron, sorprendidos. —Yo no ronco.

—Claro que sí. Es suave...pero definitivamente lo haces.

Levantó la barbilla e intentó darse la vuelta.

Él sonrió y la apretó con sus brazos.

—Ven aquí. —Jason la tomó con sus manos y la besó.

Cuando se apartaron, él bromeó. —Esta es una mejor forma de despertar. Debemos hacer de esto un ritual.

—Estoy de acuerdo. ¿Nos vestimos? Ella sonrió. —Podemos caminar al otro lado de la ciudad, y gastar todo lo que queda de tu dinero.

Rachel disfrutó de la corta luna de miel que ambos compartieron en Olympia, pero ya era hora de regresar a casa. La idea de vivir en una casa junto a otros seis hombres era sobrecogedora. Rachel venía de una gran familia. Sin embargo, nunca fue la única mujer de la casa.

Mientras dejaban la ciudad, un pequeño perro cruzó el camino frente a ellos, cojeando.

—Oh, Jason. Detente.

—¿Por qué?

Rachel apuntó al otro lado del camino. —Ese perro necesita ayuda. Por favor. No puedo verlo en ese estado.

Jason se detuvo rápidamente y saltó a ayudar al animal.

—El perro es hembra, y me parece que está a punto de dar a luz.

Rachel pudo darse cuenta de que el pobre animal estaba sufriendo.

Al comienzo, el animal intentó alejarse de Jason, pero él sabía qué hacer y acercó su mano para que la oliese hasta calmarse, finalmente la perra lo dejó acercarse y le permitió acariciar su cabeza.

Jason la tomó rápidamente y la colocó en la parte de atrás de la carreta, sobre una sábana.

Jason miró a Rachel. —Dado que la llevaremos con nosotros a casa, ¿qué nombre te gustaría darle?

Rachel miró al pequeño, y singular animal, esta tenía patas color blanco y una larga cola que comenzó a menear.

—Creo que la llamaré *Lucky*. Tuvo suerte de que íbamos pasando por allí.

—Es muy afortunada. ¿Por qué no le das algo de comer? Tenemos un par de emparedados de cerdo en la parte de atrás.

Rachel se reclinó hacia atrás. Sus manos apenas y podían tocar la cabeza de *Lucky*, así que la acarició. —Por supuesto, buena idea, le buscaré un poco de agua. Parece necesitar ambas cosas, si no estuviese embarazada, sería un saco de huesos y piel.

—Eso es verdad. Incluso pude sentir sus costillas cuando la levanté. Es pequeña, pero estoy seguro de que un animal así debería pesar unos siete kilogramos. Sin embargo, no es su caso.

Rachel tomó un emparedado de la cesta. Se inclinó y le entregó menos de un cuarto del emparedado. *Lucky* lo devoró, cosa que Rachel esperaba. Ella

continuó hasta que no quedó más. El animal hubiese podido seguir. Sin embargo, ni Jason ni ella querían sobrealimentarla. No era prudente, por su tamaño.

Cuando se detuvieron para acampar, Jason cargó al animal y la colocó en el suelo. La perra se puso de pie y miró a Rachel, el miedo se notaba en sus ojos.

—No te preocupes, *Lucky*. No te dejaremos.

Rachel le entregó a *Lucky* el resto de un emparedado que comía junto con agua para que comiera.

El pobre animal bebió toda el agua que pudo, luego se acostó junto a las cálidas piernas de Rachel.

Jason señaló a la perra con su barbilla. —Creo que *Lucky* te ha adoptado a ti.

Rachel acarició la cabeza del cansado animal. —Me alegra, porque he empezado a quererla a mi lado. ¿Podríamos construir una caja para ella y los cachorros cuando lleguemos a casa?

—La colocaremos en la cocina, cerca de la estufa. Es la habitación más cálida de la casa, seguro que estará cómoda.

—Piensas en todo, ¿no es cierto?

—Siempre he querido un perro. Mi padre siempre decía que, dado que éramos doce, era demasiado que cada uno tuviese su propio perro, y esa es la razón por la que nunca tuvimos una mascota. —*Lucky* había sido declarada un miembro de la familia.

—Bueno, eso debió haber sido devastador, pero ya no hay razón por la que tú no puedas tener a *Lucky*. Siempre he pensado que cada perro necesita alguien que cuide de él. Obviamente nadie ha protegido a esta pequeña.

Rachel se acercó y acarició a la pequeña *Lucky*. Podía sentir sus costillas.

—La primera cosa que le daremos será un baño. Su pelo está hecho un desastre. Quizá sea capaz de darle un corte de cabello.

Jason asintió. —Estoy seguro de que nos encargaremos de que esté sana en poco tiempo. Por su apariencia, puedo asumir que ha estado por su cuenta por mucho tiempo. Afortunadamente encontró a una buena familia.

—Parece estar feliz. Está descansando, y mira... ella apuntó a la panza de *Lucky*. —Se puede ver como los cachorros se mueven. No creo que falte mucho para que dé a luz. Sólo espero que lleguemos a casa primero.

—Yo también. Si comienza a tenerlos, tendrás que ayudarla a menos que

sepas como conducir la carreta.

Rachel se encogió de hombros. —Crecí en una granja, así que sé cómo conducir una carreta, pero también puedo ayudarla con los cachorros. No hay problema. He participado en los partos de vacas y ovejas, con los perros debe ser sencillo. Además, la carreta está llena de cosas, dudo que haya espacio para *Lucky*. Así que creo que seré de más utilidad tomando las riendas de la carreta.

Jason alzó las cejas. —Cielos santo. Me casé con una mujer muy talentosa.

—Sé cómo hacerlo, es solo que no quiero hacerlo en la carreta. Espero que lleguemos a casa primero.

El darle a Lucky un hogar es una indicación de que merezco tener una gran y amorosa familia. Quizá este sea el primer paso en el camino para construir el amor entre Jason y yo. Rezo porque así sea.

CAPÍTULO X

Miércoles, mayo 10 de 1865.

Lucky comenzó a retorcerse y a chillar.

Rachel la miró. Podía notarse como su estómago se tensaba por múltiples segundos. Estaba entrando en trabajo de parto.

—Está a poco de tener a sus cachorros, Jason. Detente.

—Estamos a una hora de casa. No voy a detenerme. Ni siquiera sabemos cuánto tiempo puede durar el parto. Una vez veas la cabeza de uno me detendré, pero por ahora, no creo que sea necesario.

No debí haber entrado en pánico. —Tienes razón. Esto podría tomar horas o minutos.

Rachel conservó sus ojos en *Lucky*, pero para cuando llegaron a Seattle, ningún cachorro había salido de su vientre aún.

Ambos llegaron a la ciudad y atravesaron las montañas hasta la casa de los Talbot.

Jason rápidamente detuvo la carreta en el terreno frente a la casa. Corrió al otro lado y tomó a Rachel de la cintura para hacerla bajar.

A Rachel siempre le sorprendía la cantidad de fuerza que Jason tenía.

—Por favor toma a *Lucky* y entremos a la casa, necesito armar una cama para ella. Tengo el presentimiento de que tendrá a sus cachorros antes del anochecer.

Rachel notó como el pobre animal se retorció y chillaba de dolor.

—Desearía poder hacer algo para ayudarla.

—No hay nada que podamos hacer excepto ponerla en un lugar cómodo. Cuando los cachorros lleguen, llegarán. Ella es tan pequeña que dudo que tenga más de dos o tres cachorros. —Él frunció el ceño. —Dudo que pueda soportar más de eso. Tengo una caja en el granero que servirá perfectamente como cama. Usaremos la sábana donde está y la pondremos dentro de la caja.

Rachel miró a Jason y supo que por su mente pasaban recuerdos de Cassie y su muerte.

—Tienes razón, aunque he visto perros de su tamaño tener de tres a seis cachorros. Sin embargo, es difícil para la madre alimentarlos a todos y por eso, un par de ellos mueren.

—Tendremos que esperar, entonces.

—¿Podrías ir a buscar la caja, por favor? —Ella miró a su alrededor. —
¿Dónde están tus hermanos y Billy? La casa está demasiado callada.

—Mis hermanos están en el trabajo, y Billy debe estar pescando con su
amigo Leroy. Tenemos la casa para nosotros solos. —Jason le guiñó el ojo. —
¿Te gustaría tener algo de intimidad luego de poner a Lucky en su caja?

*Me encanta tener relaciones con Jason, y a pesar de que él no lo llama
así, creo que eso es lo que quiso decir.*

—¿Qué ocurrirá con la carreta? Necesita ser descargada.

Él tomó su mano. —Eso puede esperar.

Jason la llevó hasta el granero y ambos tomaron la caja, la cual colocaron
cerca de la estufa, en la cocina.

Rachel dobló la sábana y la colocó dentro de la caja mientras Jason
sostenía al animal. Cuando ambos se aseguraron de que Lucky estaba cómoda,
Jason tomó a Rachel y la llevo a la habitación, su habitación. Él caminó hasta
la cama y comenzó a quitarle el vestido. Rachel jamás lo vio moverse tan
rápido.

Mientras él se encargaba de quitarse su ropa, ella se encargaba de
ponerse cómoda y sobre la cama.

Él no podía parar de mirarla de arriba a abajo.

Rachel lo recibió con sus brazos abiertos.

Ambos hicieron el amor, Rachel se reusaba a usar el término —tener
relaciones—. También pensó que esta vez fue mucho más tierna que la primera.
Quizá era porque ya no sentía dolor, solamente placer.

—¿Papá?

La voz de Billy se escuchó desde el primer piso.

Jason blasfemó, caminó por la habitación y cerró la puerta. Luego
regresó, la besó y comenzó a vestirse velozmente.

Tan rápido como pudo, Rachel hizo lo mismo.

Cuando ambos estaban presentables, Jason abrió la puerta y bajó las
escaleras para recibir a su hijo.

—Billy. No te esperaba en casa tan pronto. —Jason señaló la línea de
pescados que su hijo sostenía. —Ya sé qué comeremos para la cena. Esos se
ven fantásticos.

Rachel arregló su cabello para asegurarse que todo estuviese en su lugar,
y que nada se viese desarreglado. —Cielos, esos pescados se ven
impresionantes. —Billy había pescado al menos veinte. Había tantos que le
era difícil sostenerlos. La camisa de Billy estaba llena de escamas y lodo. El

chico era una copia exacta de su padre.

—¿Cómo te gusta tu pescado preparado? —Rachel notó que uno de ellos media unos sesenta centímetros de largo. —¿Fritos u horneados?

Billy abrió los ojos y alzó las cejas. —Me gustan fritos, pero son demasiado grandes para los sartenes que tenemos aquí.

Rachel sonrió y acarició el cabello de Billy. —Entonces simplemente los cortaremos a la mitad.

Billy sonrió radiantemente. —Bien, entonces me gustarían fritos.

—Ve afuera y ayuda a tu padre con la carreta, yo comenzaré a prepararlos. Me agrada que ya estén limpios. Eso me ahorrará tiempo. Comenzaré a cocinar ahora, de esa manera podré estar atenta a *Lucky*.

—¿*Lucky*? —Billy frunció el ceño.

Rachel sonrió y colocó su brazo al rededor del hombro de Billy. —Sí, ven a ver. Coloca la caña y las demás cosas sobre el lavabo, por favor.

Los dos caminaron hasta el lavabo, donde Rachel colocó la pesada caña de Billy. Luego ambos se dirigieron a la estufa.

Lucky aún se encontraba adolorida. Sin embargo, junto a ella se encontraba un pequeño cachorro, color negro.

—¡Perritos! —Billy se agachó e intentó tocarlo.

Rachel lo detuvo. —Aun no, Billy, dejemos que el parto termine y que ella pase algo de tiempo con sus bebés.

Lucky miró a Billy con recelo y ladró cuando este intentó tocar al cachorro. Cuando se alejó, *Lucky* volvió a la normalidad. Se notaba que el animal seguía bajo extremo dolor.

—Está bien. ¿Puedo vigilarla? —Él no dejaba de observar.

—Aunque me alegra que ya ha nacido el primer cachorro, es demasiado pequeña, y quiero asegurarme de que no sufra ninguna complicación. Si ves que algo está mal, pide mi ayuda inmediatamente.

Billy se sentó en el suelo, junto a la caja, cuidando de los dos animales.

Lucky parecía ignorarlo y se dedicó a lamer a su bebé para cerciorarse que estuviese limpio. Una vez el cachorro estuvo libre de placenta, Rachel pudo apreciar que el pelo de este sería marrón, no negro como había dicho al principio. El cachorro era la viva imagen de su madre, incluyendo las manchas blancas en las patas.

Cuando el segundo cachorro nació, *Lucky* hizo lo mismo. Después llegó un tercero, y luego un cuarto. *Lucky* tenía mucho que limpiar, y los cachorros parecían tener problemas con la placenta que los cubría.

Rachel sostuvo a los cachorros y ayudó a la madre a remover la placenta de sus cuerpos. Su corazón se llenó de gozo y amor por los pequeños animales, no podía pensar en darlos en adopción cuando estos crecieran.

Lucky miró a Rachel como si estuviese diciéndole *gracias*, pero luego, su cuerpo se tensó y comenzó a chillar.

—Esa cría está en una posición distinta a las demás. —Billy apuntó al pequeño bulto inmóvil que salía del cuerpo de *Lucky*. —¿Crees que *Lucky* vaya a morir como lo hizo mamá? —Billy miró a Rachel con lágrimas en sus ojos.

Rachel puso su brazo alrededor de Billy, podía sentir su dolor. —No, Billy. Estará bien. El cachorro esta atorado. Démosle un minuto antes de intervenir. Lo mejor es dejar que salga por su cuenta.

Jason había estado descargando la carreta todo este tiempo, pero logró escuchar la pregunta que Billy le hizo a Rachel, por lo que se acercó a él y se arrodillo.

—Esto no tiene nada que ver con la muerte de tu madre. Rachel ayudará a *Lucky*, y todo estará bien. —Jason miró a Rachel, con una ceja levantada. —¿No es cierto, cariño?

—Sí, es correcto. Ha llegado el momento. —Rachel lentamente sujetó del pequeño animal y lo haló hacia afuera con extrema delicadeza. Removió el saco de placenta rápidamente y lo colocó junto a los otros bebes.

El primer cachorro encontró la mama de *Lucky* y comenzó a alimentarse. Los otros no eran tan veloces. Uno de ellos no tenía sentido de la dirección, y comenzó a alejarse cada vez más de su madre.

Rachel le dio la vuelta al cachorro y lo condujo en la dirección adecuada.

—¿Quieres saber el sexo de los cachorros? Ya no quiero seguir llamándolos eso. Puede que sea difícil porque son pequeños, pero intentémoslo. —Ella tomó al pequeño cachorro negro que se alimentaba, luego declaró, —es un macho.

Rachel identificó el género de cada animal. La camada consistía de dos hembras y tres machos. Los cachorros machos eran todos negros o de un color marrón oscuro, excepto por uno que era de un color casi dorado. De las hembras, una era de color negro y la otra, la mayor, era de color marrón. El macho de color negro y la hembra de color marrón tenían manchas blancas en las patas, justo como su madre, pero los demás no.

—¿Te gustaría darles un nombre, Billy? —Rachel seguía moviendo al pequeño cachorro que parecía no saber a dónde iba.

Una gran sonrisa invadió el rostro de Billy. —¿En serio? ¿Puedo hacerlo? La emoción de Billy le hizo pensar a Rachel, que al igual que ella, el pequeño Billy jamás había tenido una mascota.

—Seguro. Recuerda que por ahora solo puedes vigilarlos.

Billy frunció el ceño. —Pero tú tomaste a los cachorros, y a su madre no pareció importarle.

Rachel miró a Billy. —No, tienes razón, pareció no importarle. Muy bien, pero deja que los cachorros se alimenten primero. Podrás cuidarlos cuando me retire a darle un baño a su madre.

Rachel notó que uno de los cachorros apartaba a sus hermanos para él poder amamantarse. Ella lo tomó y lo colocó cerca de la mama más cercana, pero parecía no aceptarla. El cachorro succionó un par de veces y volvió a apartar a los otros.

—Jason, no creo que Lucky esté produciendo suficiente leche para todos los cachorros. Una de sus mamas parece estar seca. Mira. —Ella movió al cachorro para mostrarle, y el resultado fue el mismo. —Tendremos que alimentarlo nosotros.

Jason observe y sacudió la cabeza. —No sé cómo alimentar a un cachorro o a ningún otro animal recién nacido.

Ella sacudió la cabeza. —Por supuesto que puedes. Tú lo hiciste con Billy. El proceso es el mismo excepto porque los cachorros son mucho más pequeños, y en este caso tendremos que usar goteros. Te enseñaré. ¿Tienes alguno?

Jason caminó al lavabo. —Sí tengo uno, pero lo utilizo para láudano. No creo que eso sea ideal para los cachorros.

—No, tendremos que comprar uno nuevo. —Rachel se dio la vuelta. —Billy, ¿te gustaría ir a la tienda a comprar dos goteros? Cuando regreses podremos alimentarlos. ¿Suena bien?

Billy sonrió, sus ojos brillaban con emoción. —Sí señora, regresaré en un minuto. Me llevaré un caballo.

—Jason, ¿podrías darle algo de dinero a Billy, por favor?

—No lo necesita. Tenemos crédito en la tienda. —Se dio la vuelta. —Billy, sólo dile a Fred que lo anote en la lista de lo que debemos.

—Está bien.

Billy corrió hacia la puerta.

Cuando se fue, Rachel se dio la vuelta y miró a Jason. —No sé si seremos capaces de salvarlos. Necesitan leche materna por al menos veinticuatro

horas, pero veo que eso no será posible. ¿Tenemos leche? Voy a calentarla antes de que Billy regrese.

Jason regresó con la leche que trajo de la heladera, y le buscó una olla para calentarla. —Aquí tienes. Me aseguraré de encender el fuego en la estufa.

Rachel vertió al menos una taza de leche en la olla. La cantidad era más de lo que necesitaban los cachorros, pero mientras más cantidad, mejor se calentaría el líquido. Colocó el utensilio sobre la estufa y comenzó a removerla para que la misma no se quemase.

Para cuando Billy regresó con los goteros, la leche ya estaba tibia y lista para usar.

—La Srta. Davison me pidió que te entregara esto. —Billy le entrego a Rachel un sobre.

—Gracias, Billy. Bien, te entregaré a uno de los pequeños. Es una hembra así que piensa en qué nombre quieres darle. Colócala sobre tu estómago o regazo. Debes tomar el gotero, colocarlo en su boca y apretar lentamente. Cuando observes que comenzó a succionar, aprieta el gotero un poco más. Lo haremos hasta que los cachorros estén llenos, tomará unos doce o trece minutos.

—La primera vez que tuve que hacer esto fue con unos gatitos. Teníamos un par de gatos en el granero y mi padre no se preocupaba por ellos, pero yo sí. Amaba a esos animales. Fueron lo más cercano que tuve a una mascota, así que cuando la madre apartó a una de sus crías, lo llevé a casa. Mi madre fue en realidad quien me enseñó a alimentarlos y cuidarlos. Sin embargo, cuando el animal no necesitó más de la leche, y comenzó a comer sólidos, mi padre me hizo regresarlo al granero.

Billy hizo exactamente lo que Rachel le indicó. La pequeña cachorra estaba muy hambrienta. De hecho, era la misma cachorra que no encontraba forma de orientarse y parecía no saber a dónde ir.

—Ahora colócala sobre tu hombre y frota su espalda, como si se tratase de un bebé. Los cachorros también necesitan eructar, para evitar que les duela el estómago por los gases.

Rachel miró a Billy y como este seguía indicaciones, acariciando la espalda del animal. La cachorra hizo un par de sonidos.

—Eructó. —Billy no podía parar de sonreír. —Realmente eructó.

—Ahora puedes ponerla sobre tu regazo, pero solamente por un rato, su lugar está con sus hermanos, deben mantenerse tibios. Seguiremos el mismo proceso dentro de dos horas. ¿Es un trato?

Billy asintió de inmediato.

—Sí señora, me gusta alimentar a los cachorros.

—Muy bien. Necesitaré de tu Ayuda en el día, pero yo lo hare durante la noche. Necesito que descanses. ¿Sí?

Billy miró a su padre.

Rachel pudo ver como Jason alzaba la ceja en señal de ‘ambos están jugando conmigo’.

—Sí, Rachel. Sólo lo dejaré alimentarlos por las mañanas.

—Magnifico. Después de un mes, los cachorros no necesitarán de nuestra ayuda, sólo requerirán que los alimentemos unas cuatro veces al día, siendo la última a las diez de la noche. Ahora, necesito darle a mamá un baño y un buen corte de cabello.

Cuando Rachel levantó a *Lucky*, esta chilló. Rachel entendía que no quería separarse de sus crías. *Lucky* no paraba de aullar.

—Tranquila. Tus bebes están bien. Quieras o no, necesitas un baño. Te prometo que te sentirás mejor.

Bañar a *Lucky* fue todo un desafío, y resultó que ella no era del color que Rachel pensó. Luego de que las tijeras de Rachel hicieran la magia, grandes pedazos de cabello mugroso cayeron al suelo. Su piel resultó ser de un tono marrón claro con pequeñas manchas negras y botitas blancas en las patas traseras. Su cuerpo se veía más estilizado ahora que su pelo no se veía desagradable.

Rachel pensó que quizá *Lucky* era lo que comenzaba a unirlos a Billy y a ella. Ambos parecían llevarse mejor después de la llegada de los cachorros. Rachel se sentía agradecida, ya que no tenía idea de cómo conectar con el chico. A pesar de que ambos compartieron un momento fraternal cuando huyó al bosque, él aún se sentía incomodo cerca de Rachel. *Esta era la ayuda que necesitaba.*

Una vez terminó con el perro, Rachel miró la hora y se dio cuenta de que estaba retrasada y que tenía que comenzar a cocinar la cena. El más pequeño de los dieciocho pescados que Billy trajo medía unos treinta centímetros de largo. El aroma era encantador y la carne rosa pálida.

Jason y Billy se dirigieron al granero. Billy aún tenía que ayudar con los caballos y las cosas dentro de la carreta.

Rachel se dirigió a la cocina y comenzó a buscar los utensilios y la harina de maíz. Múltiples sartenes y ollas colgaban detrás del horno. Ella tomó las tres más grandes.

Luego de mezclar dos tazas de harina de maíz y una cucharada de sal, pasó el pescado por huevo, harina y por último la sartén con aceite, hasta que la piel se viese crujiente. Preparó cada uno y los colocó sobre una bandeja con papel, luego los introdujo al horno para que se mantuviesen calientes.

Mientras preparaba todo para la cena, buscó vegetales en las alacenas, donde finalmente encontró patatas. Rachel peló y cortó dos patatas para cada hombre de la casa y una para ella y Billy. Cuando la mayoría de las cosas estuvieron listas, Rachel agregó algo de mantequilla a la sartén y colocó las patatas para freírlas.

En la misma alacena donde encontró las patatas había latas con frijoles verdes, zanahorias y guisantes. Ella seleccionó cuatro latas de zanahorias las cuales vertió en una cacerola y colocó a un lado para cocinar más adelante.

Mientras las patatas se freían, Rachel recordó la nota que Lucy había enviado. La sacó de su bolsillo para leerla.

Querida Rachel,

Me alegra que estés de vuelta y espero la hayas pasado muy bien. Mantuve vigiladas a Glynnis y Nicole como pediste. Nicole sigue gastando grandes cantidades de dinero, como siempre, pero descubrí que su familia es muy adinerada y que ahora posee una gran fortuna la cual claramente está dilapidando.

Glynnis, por otra parte, se encontró con el marinero la misma noche que partiste. Escuché que ambos acordaron encontrarse este miércoles, lo cual es esta noche. Quizá seamos capaces de capturarlos.

Pienso que deberíamos informarle al alguacil. Sin embargo, temo que el marinero decida no aparecer esta noche. De hecho, fui a su oficina y el papel en la puerta decía que estaría en Tacoma por un par de días.

¿Qué crees que debería hacer? Reunámonos a las afueras del pueblo esta noche. Nos vemos.

Lucy

Qué dilema. Tenía que atender a los cachorros, alimentar a la familia y cuidar de su esposo. Rachel tenía que hablar con Jason, pero ¿qué tal si este decía que no?

Estaba tan cerca de la verdad que casi podía sentirlo. El plan era atrapar a Glynnis y al marinero y luego ir con la policía.

Sin embargo, la situación claramente no podía ser controlada solamente

por ella y Lucy... Necesitaban a Jason.

CAPÍTULO XI

Luego de cenar y alimentar a los cachorros, Rachel se acercó a Jason.

—¿Podemos hablar?

—Ciertamente. —Jason bajó el periódico que había traído de Olympia y la miró.

—Salgamos un momento, por favor.

Jason frunció el ceño y la siguió.

Mientras sonreía, Rachel se sentó en el columpio del porche y lo invitó a acompañarla.

Él se sentó y puso su brazo alrededor de ella.

—¿Recuerdas que te mencioné que sospecho de Glynnis por el robo de las joyas?

—Sí, lo hemos hablado.

—Bueno, ella se reunirá con el marinero esta noche. Me gustaría que vinieses conmigo y Lucy para atraparlos.

Él movió su brazo y juntó las manos. Jason se inclinó hacia adelante y posó sus codos sobre sus rodillas. —Sabes cómo me siento en cuanto a esto y aun así insistes.

—Tengo que saber la verdad. —*Si este es el último misterio que voy a resolver, quiero que valga la pena. Me apasiona lo que representa, especialmente luego de resolverlo. Sin embargo, no quiero que mi matrimonio se vea afectado por ello. Debo admitir que me hirió el hecho de que Jason lo llamara un —juego—. Él piensa que es un riesgo y definitivamente busca que me rinda. Por él, lo intentaré.*

Jason se sentó y tocó su cara con sus palmas.

—Si accedo a informarle de esto al alguacil. ¿Irá conmigo ahora?

Jason se cruzó de brazos y los colocó sobre su pecho. Sus cejas no lograban expresar bien lo que sentía. —Iremos a decirle al alguacil, luego te pido que abandones este juego de ser detective.

—Si resolvemos el misterio, te prometo que intentaré no involucrarte nuevamente.

—¿Intentar? Creo que no has entendido. *Demando* que dejes de jugar con esto.

Rachel se levantó y lo miró.

—Pensé que le habías dicho a Adam que no pretendías ser un tirano. ¿Me

equivoco? Además, sabes bien que no suelo lidiar bien con tus demandas.

Jason colocó su mano tras su cuello.

—Maldición, ¿no entiendes que estás arriesgándote por algo que no sabemos si es cierto? Sin mencionar a la pobre Lucy.

Ella levantó la barbilla. —Todo estará bien. Siempre llevo conmigo mi arma.

Los ojos de Jason se abrieron con admiración. —¿Arma? ¡¿Tienes un arma?!”

Si Jason no se calma, creo que sufrirá de una apoplejía.

Rachel colocó su mano sobre el brazo de Jason.

—Cálmate. Sé cómo usarla. Tomé lecciones en New Bedford antes de que partiéramos.

—Por qué tomar lecciones de cómo utilizar un arma, asumo que es una pistola o quizá una *Derringer*.

El cuerpo de Rachel se pasmó. —El arma es una pistola calibre 22, de seis balas. Soy buena con ella.

—Apuesto a que sí...cuando apuntas a un objetivo. Apuntarle a un hombre y dispararle es totalmente diferente.

—Eso lo sé, no pretendo dispararle a nadie. Con suerte, se asustará al ver el arma y se rendirá.

Jason miró hacia el cielo.

Ella miró como sus labios se movían, pero no omitían sonido. Apretó los puños repetidas veces.

—¿Que estás balbuceando? No puedo escucharte.

—Estoy contando hasta cien para tranquilizarme y no estrangularte.

Antes de poder darse cuenta, Rachel dio un paso hacia atrás e intentó corregir lo que sucedía. —¿Por qué querrías hacerme eso? No he hecho nada malo. Me rehúso a dejar que me intimides.

—No intento intimidarte, créeme, lo sabrías si fuese así. Sin embargo, necesito que entres en razón. No es correcto que te escabullas en la noche a buscar supuestos criminales. Eso es trabajo del alguacil.

—No tengo suficiente evidencia como para decirle a la policía, por lo que es posible que mis sospechas se oculten bajo la alfombra.

—Brand es un buen hombre.

—Exacto, él es hombre.

—No entiendo qué es lo quieres decir.

Rachel dio un paso hacia adelante. *Entiendo que es un buen hombre, pero*

carece de habilidad. —Sí lo sabes. También sé que acudiste a él con la evidencia que te di y hasta ahora no ha hecho nada al respecto. Necesito capturar a los sospechosos antes de que se entere que yo, una mujer, tiene noción de cómo atrapar criminales.

—Bien, ¿cuáles son tus credenciales? ¿Alguna vez has acertado en tus sospechas? Hablé con Lucy. Ella está igual de preocupada que yo, pero no quiere admitirlo.

—¿Por qué estaría Lucy preocupada? Ella admitió que ocurría algo extraño entre ellos. ¿Qué quieres decir con que no quiere admitirlo?

—Lucy no dijo que estaba preocupada por ti. Es solo que no quiere que tomes la situación en tus manos... como por ejemplo con tu plan de esta noche. Ella te ama y me mencionó tus escapadas previas. Llama al alguacil Kearney. Llévalo contigo.

—Lo haría si estuviese en su oficina, pero se ha ido a Olympia por unos días.

Jason exhaló por segundos y alzó los brazos.

—¿No puedes esperar?

Ella se detuvo frente a él. —No. Esto no puede esperar. No sé si seamos capaces de recuperar toda la joyería robada. O quizá está esperando que todas las joyas se vendan al mismo tiempo y se envíen en un solo paquete. Sería demasiado dinero el enviarlas una por una.

—Asumiendo que lo que dices es correcto, yo iré...solo...y los capturaré. Los enviaré a los dos a prisión para que la policía se ocupe de ellos luego.

Ella sacudió la cabeza. —Soy la única persona que ha visto al hombre con el que ella ha estado trabajando. Yo debo ir contigo. Además, este es mi caso y quiero resolverlo. No voy a rendirme.

Jason se levantó y comenzó a caminar por el porche. —Eres una mujer muy obstinada.

—Y tú un hombre muy obstinado, pero aun así me *am*...Si no te gustara no te hubieses casado conmigo. —*¿En qué estoy pensando? Casi dije que me amaba, y eso sería un terrible error. Jason cree que nunca me amará, pero sé que en el fondo es lo contrario. Tengo que creer que es así, si no este matrimonio no tuviese sentido.*

—¿En qué estás pensando, Rachel? Estás algo callada.

—Pienso que te he explicado lo que quiero hacer, queda de tu parte ir conmigo o dejarme ir por mi cuenta.

Jason sacudió la cabeza. —¿Serías capaz de eso?

—Sí, así es. Esta situación es importante para mí.

Él suspiró. —Bueno, prefiero tenerte cerca de mí, que lejos, y metiéndote en problemas.

Rachel estaba aliviada y agradecida por lo que puso sus manos alrededor de Jason. —Gracias. —Lo besó con ternura.

Él la rodeo entre sus brazos, y cuando ella dejó de besarle, Jason presionó su lengua, obligándola a saborearlo y a quedarse con él.

Rachel no podía evitar derretirse entre los brazos de Jason. Amaba su sabor y el aroma de su piel. Cuando ambos se separaron, ella mantuvo los ojos cerrados y una gran sonrisa.

—¿Qué? Ella abrió los ojos y vio que Jason le sonreía. —¿De qué te estás riendo?

—Usualmente tienes los ojos cerrados mientras nos besamos, es como si estuvieses tomando parte en una ceremonia.

—Es algo por el estilo. En caso de que algún día te aburras de mí y mis besos, siempre tendré estos bellos recuerdos.

Su cara se puso pálida. —¿Por qué me aburriría de besarle?

Nuevamente he hablado de más. —No, no lo sé. ¿Qué pasará conmigo cuando encuentres a alguien a quien realmente ames? ¿No te casarías con ella?

Su expresión cambió. —Eso nunca pasará. Jamás.

—Eso no lo sabemos. Sólo porque dices no amarme no significa que no puedas amar a otra mujer que encienda la llama en tu corazón.

—Estás siendo ridícula.

Él la dejó y entró a la casa.

El pánico la invadió. *¿Arruiné mi oportunidad porque mencioné que no me amaba?* —¿A dónde vas? Pensé que me acompañarías al pueblo.

—Eso haré. Necesito mi arma. Quiero estar preparado.

Rachel colocó su mano sobre su falda y pudo sentir su pistola, el peso de esta la hacía sentir bien. Ella también estaba preparada para lo que ocurriese esa noche.

Jason no podía creer que acompañaría a su esposa al pueblo para capturar a unos supuestos ladrones. ¿Por qué Rachel no entiende que podría salir herida? O que quizá podría hacerle daño a un inocente. ¿Por qué tiene una pistola consigo? El trabajo de un esposo es el de proteger a su esposa.

Jason lo pensó, Rachel quizá no sabía que él podía cuidarla y protegerla.

Después de todo, solamente habían estado casados por un par de días, y antes de eso, ella se cuidaba sola. Bueno, tendrá que aprender a depender de él, ese era su propósito. Sin embargo, por ahora permitiría que lo acompañara.

Ambos caminaron al pueblo.

Lucy se encontró con ellos.

—Glynnis aún no ha salido del dormitorio. Pensé que ya estaría en camino al punto de encuentro. —Lucy se mordió el labio. —¿Crees que me he equivocado de fecha u hora? Quizá me descubrieron.

Rachel abrazó a Lucy. Estaba tan feliz de ver a su mejor amiga. —No lo creo. Esperemos un par de minutos.

Lucy se cubrió con su chal. A pesar de que era mayo, las temperaturas bajaban apresuradamente durante la noche. —Bien. ¿Cómo estuvo Olympia? ¿Se divirtieron?

Rachel miró a Jason quien sonreía. —Sí, la pasamos muy bien. Jason me compró una máquina de coser. No puedo esperar a mostrártela. Es una máquina asombrosa. Seré capaz de coser mucho más rápido. Puedes usarla si quieres.

—Oh, eso me encantaría, —respondió Lucy.

Esperaron y esperaron. Glynnis no dejaba el dormitorio.

Jason inclinó la cabeza. —Señoritas, opino que esto ha sido una pérdida de tiempo. Volvamos a casa.

Rachel no podía creerlo. —Desafortunadamente, él tiene razón. No creo que algo ocurra esta noche. Si escuchas o ves algo, o si alguien pierde algo más, envíame una nota.

Lucy asintió y se colocó el chal sobre los hombros, y no alrededor de su cuello. El frío que hacía esa noche era particularmente distinto.

Lucy abrazó a Rachel. —Buenas noches. Te veré luego. Extrañaré verte a diario.

—No estoy tan lejos. Puedes tomar una carreta hasta la cabaña. Te tomaría unos quince minutos llegar y la mitad de eso regresar. Jason lo hace en cinco minutos, o al menos eso me han dicho. —Rachel miró a su esposo. —Y Billy puede ir y venir en veinte minutos. Aparentemente, los niños tienen mucha más resistencia que nosotros. Creo que incluso lo hace corriendo.

Jason asintió. —Es cierto. Cuando estoy motivado, hago el mismo tiempo. —Él tomó la mano de Lucy y la besó. —Buenas noches, Srta. Davison.

Lucy rio. —Que galante, Sr. Talbot. Buenas noches.

Lucy caminó de regreso al dormitorio.

Rachel y Jason se aseguraron de que entrara al dormitorio para luego darse vuelta y regresar a casa.

Jason tomó la mano de Rachel. —Lamento que no se presentaran como habían esperado.

—Yo igual, pero me siento peor por Lucy, quien perdió su tiempo. Nos engañaron. Creo que sospecharon que los espiábamos. Debemos ser más cautelosas. Deduzco que acelerarán el proceso después de esta noche.

Un búho ululó a la distancia, las piernas de Rachel aún no se acostumbraban al ejercicio que representaban esas empinadas colinas. —Espero que luego de esto se descuiden, lo que nos permitirá atraparlos antes de que el envío parta de Seattle. ¿A dónde crees que lo manden?

Jason se encogió de hombros y sacudió la cabeza. —No a ningún lugar cerca de aquí. Quizá a Olympia. Dijiste que el hombre era un marinero ¿cierto?

—Creo que sí, pertenece a la tripulación de Clancy.

—En ese caso puede que las lleve consigo hasta San Francisco, a bordo del *Bonnie Blue*. Si ese es el caso, la nave partirá el día después de mañana y no regresará por un par de meses. Tendrían que planificar todo antes de esa fecha, mañana por la noche sería lo ideal. Verse durante el día los pondría al descubierto.

Jason caminaba sin prisa.

Rachel agradecía que él se tomara su tiempo. La distancia entre el pueblo y la cabaña de los Talbot no era tan larga. Sin embargo, era algo empinada.

Para cuando ambos llegaron a casa, Rachel había quedado sin aliento; su pesada pistola rebotaba sin cesar sobre una de sus piernas.

—Te acostumbrarás a la caminata, no te sientas tan afectada. Sentémonos en el columpio del porche antes de entrar.

Ella asintió y levantó su falda para subir los escalones.

Ambos se sentaron mientras Rachel recuperaba el aliento.

—No me había percatado de lo empinado que es el trayecto hasta aquí, quizá sea porque siempre estamos usando la carreta.

Jason colocó su brazo sobre los hombros de Rachel. —No es tu culpa. Caminar esta montaña no es fácil pero ya verás que con el tiempo se te hará más rápido y sencillo.

Con el corazón aun latiendo como loco, Rachel descansó su cabeza sobre él. —Es bueno saberlo. Odiaría sentirme así cada vez que intente venir a casa.

—Si lo deseas puedes tomar la carreta. Usualmente sólo necesitaras ir al

pueblo cuando necesitemos algo por lo que llevar la carreta para transportar las cosas es la mejor idea.

—Necesito acostumbrarme a caminar...como todo el mundo. Caminaré al pueblo todos los días para ir acostumbrando a mi cuerpo.

El la abrazó. —Estarás bien. Es momento de que entremos. Conozco otras formas de hacerte perder el aliento.

Rachel trató de mirarlo a los ojos, pero la luz era demasiado tenue como para hacerlo. Sin embargo, algo dentro de ella sabía que la mente de Jason estaba llena de malicia y travesuras.

—Eres realmente insaciable.

—Solamente por ti.

Ella se reclinó y lo tomó con las manos, acercándolo a ella y a sus labios. La lengua de Jason insistía, buscando probarla y saborearla con locura. Sus codiciosos cuerpos deseaban unirse lo más pronto posible.

Rachel se separó de él y lo miró.

—Llévame a la cama.

—Por supuesto. Será un placer.

Jueves, mayo 11, 1865.

Alguien golpeó a la puerta de la habitación.

—Jason. Jason. Levántate. Se ha cometido un asesinato.

Rachel se levantó con tan sólo escuchar esa palabra.

Jason tomó sus pantalones y se los colocó rápidamente, luego corrió a la puerta.

Adam estaba al otro lado, con el puño levantado, listo para golpear la puerta una vez más.

Jason lo miró con incredulidad. —¿De qué estás hablando? ¿Un asesinato? ¿Quién?

—Una de las novias. Fue encontrada esta mañana, la golpearon hasta morir, y estaba usando un chal el cual identificaron como propiedad de Lucy Davison.

—¡No! —gritó Rachel desde la cama. Sus ojos se abrieron y su garganta se cerró. —No, Lucy. Eso es imposible. La vimos anoche usando su chal azul con.

—Con estampado cachemir, —dijo Adam, quien terminó la oración.

—Sí. Por favor baja a la puerta y espera por nosotros mientras nos vestimos, —dijo Rachel, con las sábanas cubriendo su cuerpo.

Adam asintió. —Por supuesto. Lo lamento. Sé que era tu amiga.

—Ella *es* mi amiga. —Su estómago se retorció. —No puede ser ella. Necesito ver el cuerpo con mis propios ojos, pero les aseguro, esa no es Lucy. —*Simplemente no puede ser posible. Me niego a pensar que el cadáver de Lucy está sobre alguna mesa, a la vista de todos.* —¿Dónde está siendo examinado el cuerpo?

—Está en el bar de Dolly.

—Asegúrate que la mujer sea transferida a la oficina de algún doctor.

Adam se veía tan desaliñado como Jason o Rachel. Su cabello parecía la cresta de un gallo —No tenemos un doctor. Es por ello que el cuerpo está en el bar.

—Olvidalo, —respondió Jason. —Danos un par de minutos y te veremos abajo. —Cerró la puerta.

Rachel no podía parar de llorar, y mientras se vestía comenzó a murmurar.

—No es Lucy. —*Por favor Dios, que no sea Lucy.*

CAPÍTULO XII

Mientras se preparaban para dejar la casa, Jason corrió al granero, presuntamente para buscar la carreta.

Rachel no podía esperar. Se alzó la falda y comenzó a correr colina abajo. ¿Acaso él no entendía que ella era la única que podía probar que ese cuerpo no era el de su amiga? —Sacar la carreta tomaría demasiado. Rachel necesitaba saber.

—Rachel, —él la llamó a la distancia—. Espera.

Ella no se detuvo. Necesitaba conocer la verdad de lo que había ocurrido. Solamente ella podía probar la verdadera identidad del cadáver.

Jason tomó la carreta y logró alcanzarla a mitad de camino.

Él se detuvo haciendo que ella bajara la velocidad. Luego le dio la mano y la subió al asiento delantero.

Ella no lograba relajarse, nada podría hacerlo.

—Déjame ir. Ese cuerpo no puede ser de Lucy, es imposible. La vimos entrar al dormitorio. Estaba a salvo.

Rachel no pudo contener sus lágrimas y frustración, por lo que tuvo que ceder. Sus manos se tomaron de la camisa de Jason, la cual bañó en lágrimas.

Jason intentó abrazarla, rodeándola con un brazo. —Shh. Todo estará bien” Él colocó su mejilla sobre la cabeza de Rachel.

Rachel perdió la noción del tiempo. Llorando. Bañando su atuendo en lágrimas. Jason no dejó de abrazarla, intentando consolarla lo mejor que pudo.

Finalmente, ella lo soltó y comenzó a secar su rostro con un pañuelo que llevaba en el bolsillo izquierdo de su falda.

—Ya estoy bien. Acabemos con esto para comenzar a buscar a la verdadera Lucy.

—¿De verdad crees que esa no es Lucy? —¿Cómo podrás identificarla? —Adam mencionó que su rostro estaba irreconocible, sólo está el chal como evidencia.

—Si el cuerpo está intacto y sólo su rostro fue dañado, aun podré identificarla. Lucy tiene una marca de nacimiento en su espalda. Nadie más lo sabe. —Rachel apretó el puño. —Vamos, y te mostraré, la mujer que está sobre la mesa del bar no tiene esa marca.

Ambos se dirigieron al bar de Dolly. Los dos corrieron dentro y vieron a Karen Martell de pie junto al cuerpo, el cual estaba cubierto por una sábana

blanca para evitar la curiosidad de los habitantes del pueblo.

—Me gustaría verla, por favor. —La garganta de Rachel se sentía tan tensa que le sorprendió que aun pudiese hablar.

—¿Estás segura? —Está completamente desfigurada.

—Sí, sólo quiero ver su espalda.

Karen se encogió de hombros y miró a Rachel. Comenzó a desabotonar el vestido del cuerpo, removió el corsé y la camisola, le dio vuelta y reveló la *inmaculada* piel de la mujer.

Rachel exhale por segundos, y su cuerpo finalmente pudo relajarse. Esta víctima no es Lucy. Se dio la vuelta, miró a Jason y presionó su brazo. —No es ella. Te dije que no era el cuerpo de Lucy. —Luego miró a Karen y preguntó, —¿Alguien más ha desaparecido?

—Glynnis. Sin embargo, asumo que escapó con el marinero que conoció en el puerto.

—¿Sabías de eso?

Karen asintió y sonrió. —Sus encuentros secretos eran el secreto peor guardado del pueblo. Todos lo sabían...o al menos todas las personas que conozco.

Rachel dirigió su mirada a Jason. —Te apuesto mi último dólar a que la mujer asesinada es Glynnis y que Lucy ha sido secuestrada. Debemos encontrarla antes de que el barco parta y se la lleven para siempre.

—¿Qué te hace pensar que aún no ha escapado con ella? —preguntó Jason.

Rachel abrió los brazos y miró a su alrededor. —Ya alguien lo hubiese notado. Sospecho que la secuestró para usarla como seguro para cuando lo atrapemos.

Jason caminó en círculos frente al cadáver, el cual había sido cubierto nuevamente. —No podrá zarpar con Clancy. Tenemos que informarle que el marinero es sospechoso por la muerte de Glynnis.

Rachel detuvo a Jason, halándolo del brazo. —Encontrarlo será muy sencillo. Estoy segura de que está camino a Olympia. Mencionaste que ese era el lugar más cercano donde podía ir a vender las joyas.

—Si lo que dices es cierto, eso significa que está un par de horas por delante de nosotros. —Él tomó a Rachel de los brazos. —Necesito que te quedes aquí con las otras mujeres. Entrevístalas a todas, quizá tengan más información de lo que le ocurrió a Glynnis.

Ya Rachel había comenzado a sacudir su cabeza, incluso antes de que

Jason terminara de hablar. —No. Iré contigo. Lucy me necesita, además puedo montar un caballo e incluso disparar de ser necesario. Nada me detendrá. Si no me permites ir contigo, igual te seguiré. Sabes que lo haré.

Jason cerró los ojos y exhaló. —Vas a volverme loco.

Rachel colocó sus manos sobre sus caderas. —No me dejarás atrás. Ni ahora, ni nunca. Lo mejor es que te acostumbres.

—Bien. Busquemos un par de caballos y una orden emitida por Alfred Pope. Al ser el alcalde, tiene el poder de crear una orden de arresto contra Harvey Long.

Una hora después ella y Jason ya se encontraban galopando hacia Seattle. Rachel deseaba tener pantalones para así no sentir el frío viento entre sus piernas, además de que no era fanática de mostrarlo todo mientras montaba a caballo, pero no había opción. El clima estaba más templado de lo usual para ser mayo, lo cual le alegraba porque no le gustaba que el viento desaliñara su cabello. Aunque nada de eso importaba. La prioridad ahora era encontrar a Lucy sana y salva. Rachel pateó a Star, el caballo, para que fuese más rápido. Jason le garantizó que este era sumamente gentil. Sin embargo, se sentía obstinado con la idea de tener a Rachel sobre su lomo, por lo que ella tuvo que forzar las riendas.

Después de unos minutos, el caballo intentó quitársela de encima. Rachel apretó y se sostuvo lo mejor que pudo para no caerse. Finalmente, Star logró calmarse y se amansó.

—No sé qué le ocurre. La mayoría de los caballos castrados no actúan así con la gente.

—Estoy bien. No logró hacerme caer, y ahora yo soy la jefa.

Cuando ambos llegaron al pueblo, una docena de hombres ya se encontraba fuera del bar, todos estaban listos para atrapar al asesino. Rachel sabía que los hombres solamente buscaban crear una buena impresión frente a las mujeres.

El alguacil aún se encuentra fuera de la ciudad, aparentemente en Tacoma, por lo que Jason estaba ahora a cargo. Levantó su brazo para llamar la atención de los hombres y para hacerlos callar. —Hombres. Hagan silencio. Hagan silencio.

Lentamente, la muchedumbre comenzó a prestar atención y ya no había necesidad de gritar.

—Vamos a salir en búsqueda de un hombre sumamente peligroso. Es el culpable de la muerte de una mujer, y no dudará en asesinar nuevamente. Si lo

divisan y él se encuentra en compañía de la Srta. Davison, no hagan nada precipitado. Esperen por mí o por Rachel. Ella piensa que hay posibilidades de que el criminal libere a Lucy sana y salva.

—¿Qué hacemos si este le está haciendo daño a la Srta. Lucy? —preguntó alguien al fondo.

—Entonces el responderá ante mí, —dijo Drew Talbot, quien se unía al grupo.

Rachel miró a Jason, sorprendida.

Él sacudió la cabeza, perplejo.

Bueno, esto es nuevo. Espero que no tengamos que llegar al punto en que el marinero tenga que responder ante Drew. Por favor Dios, no permitas que nada le ocurra a Lucy.

Jason escogió a los hombres que lo acompañarían a él, Rachel, Drew y Gabe. Michael y Adam se quedarían en el pueblo cuidando de Billy. Si algo le ocurría a él o a Rachel, que Dios no lo quiera, Billy aun tendría una familia para cuidarlo y hacerse responsable de él.

El grupo de catorce personas galoparon hacia Olympia, la cual estaba a sesenta millas al sur de Seattle. Lamentablemente era imposible encontrarlos sin hacer ruido. El galopar de los caballos sonaba como un trueno entre los caminos de tierra.

Jason tuvo que alternar entre galope y trote para mantener a los caballos descansados. A ese paso, les tomaría unas cinco horas el llegar a la ciudad. Con un intervalo suficiente para nunca alcanzar al asesino.

Rachel trataba de levantarse cada vez que podía. Aparentemente, su cuerpo había olvidado cómo montar a caballo dado que el dolor entre sus piernas era incesante.

Ella se sentó nuevamente y se acercó a Jason. —¿Qué debemos hacer?

Ya habían pasado una de las fronteras entre las ciudades, los caballos estaban cansados.

Rachel miró a su alrededor, buscando a Lucy.

Jason ladeó su cabeza hacia la derecha. —Vayamos a la oficina del alguacil y reportemos la información que tenemos. Quizá él sabe de lugares donde podamos ir a buscar la joyería robada.

El grupo siguió a Jason hasta la oficina cercana. Él quiso ayudar a Rachel a bajar de su caballo.

Sin embargo, ya Rachel se encontraba caminando hacia la oficina.

Se podía leer el cartel en la Puerta.

—Alguacil Steven Westbrook.

Afuera también había un cartel que decía —Oficina del alguacil y cárcel. Jason golpeó a la puerta y la abrió sin siquiera esperar por una respuesta. Él y Rachel entraron, dejando al grupo fuera.

La oficina era algo reducida, tenía un pequeño escritorio con un par de sillas; al fondo había una estufa con una cafetera que hervía sobre ella. La pared de la derecha estaba repleta con anuncios de —Se busca.

Un hombre, el cual asumieron era el alguacil, les daba la espalda mientras clavaba otro anuncio.

—¿Alguacil Westbrook? —Jason se paró junto a Rachel y colocó su brazo alrededor de su cintura.

—Mi nombre es Steven Westbrook, —el hombre les respondió sin darse la vuelta. —¿Qué puedo hacer por ustedes?

Finalmente, terminó de colgar el cartel, puso su martillo en el piso, y caminó hacia su escritorio.

Rachel, quien estaba ansiosa por encontrar a Lucy, no quería intercambiar palabras de cortesía. —Necesitamos encontrar a una amiga.

El hombre no usaba un sombrero como la mayoría de los policías. Sin embargo, una boina colgaba de un clavo junto a la puerta. Su cabello era de un pálido tono rubio, algo descuidado, pero con una barba impecable y bien cortada. De expresión fuerte, ojos marrones, cejas pobladas y una mirada confundida por la petición que acababa de escuchar.

Las mangas de su camisa blanca estaban recogidas hasta sus codos, y su chaleco de cuero marrón no combinaba con sus pantalones de vaquero. Sin embargo, por alguna razón en él se veía bien. Un revolver colgaba de su cadera, parecía saber cómo usarlo.

—Soy Jason Talbot. —Él la señaló. —Esta es mi esposa, Rachel. Somos de Seattle y estamos buscando a un sospechoso quien estamos seguros es culpable de la muerte de una mujer, el secuestro de otra, y el robo de múltiples piezas de joyería de un grupo de señoritas.

El alguacil levantó la barbilla, apuntando a Jason. —Imagino que se refiere a las mujeres que trajo para que se casaran con los leñadores de Seattle. Hizo un mejor trabajo que el que hizo Asa Mercer.

Jason se cruzó de brazos. —Así es. ¿Podría ayudarnos a recuperar las joyas, y con suerte evitar que Harvey Long asesine a nuestra amiga, Lucy Davison?

Sheriff Westbrook acarició su barba de arriba hacia abajo. —Necesitaré

una orden de arresto.

Jason sacó de su bolsillo el documento que le había entregado Alfred Pope. —Tengo una orden escrita por nuestro alcalde, aunque no creo que la necesite si lo atrapa vendiendo la joyería robada, ¿cierto?

El alguacil levantó su dedo. —No, pero podría argumentar que le pertenece.

Rachel no podía contenerse más. —Puedo probar que esos objetos no le pertenecen. Sin embargo, necesitamos encontrarlo a él y a mi amiga. Los objetos robados no son la prioridad ahora. Asesinó a una mujer. No podemos permitir que lo haga de nuevo.

Satisfecho con esa respuesta, el alguacil Westbrook asintió. —Debemos ir a ver a Sammy Chong. Es el mayor revendedor de este lado del condado, en más de un sentido. El hombre pesa unos doscientos kilogramos y siempre sabe cómo cubrir su trasero. —El alguacil miró a Rachel. —Disculpe la crudeza de mi lenguaje.

Rachel sacudió las manos. —No hay nada que perdonar. Entiendo, y quizá yo hubiese dicho lo mismo.

—Déjenme buscar mi caballo y los llevaré a ambos con él, pero sólo a ustedes dos. —Él los apuntó con los dedos. —El resto de sus hombres deberán quedarse aquí o al otro lado de la calle, en el bar. La Srta. Janie los atenderá muy bien.

—Les informaré. —Jason salió de la oficina y dejó la puerta abierta.

El alguacil dirigió su atención a Rachel. —Así que, Sra. Talbot, ¿la joyería le pertenece a usted? —¿Por eso está aquí con su esposo?

—Sí, pero sólo parte de ella. Sin embargo, estoy aquí por mi amiga, la mujer que ha sido secuestrada. Estoy decidida a llevarla a casa a salvo. El collar de mi abuela es menos importante que la seguridad de Lucy.

—¿De verdad piensa que su esposo podrá rescatar a esa mujer?

—Sí. Es por ello que estoy aquí, para ayudarla a superar esta horrible experiencia.

—¿Está segura de que no hay otra razón por la que está aquí?

Rachel se sintió mal por mentir, pero el arma en su bolsillo la hizo sentir segura y empoderada. —¿Qué otra razón cree que hay?

—No lo sé, pero esa pistola en su bolsillo no le augura nada bueno ni a usted ni al bandido. —Sus ojos no paraban de mirar a Rachel.

—Le aseguro, alguacil, sé cómo usar esta arma. —Ella colocó su mano sobre su falda. —No dejaré ir al asesino solamente porque soy una mujer,

usted debería saber eso.

—Hasta donde sé, una mujer no debería poseer un arma o jugar a ser oficial de la ley. ¿No cree?

Rachel levantó la mirada. —Le diré algo. Este hombre asesinó a una mujer en Seattle, y lo hizo con sus manos...Destrozó su cara hasta el punto de dejar su cuerpo irreconocible. No permitiré que haga lo mismo con Lucy, y lo detendré sin importar que.

—Ya veo, —respondió el alguacil.

Jason regresó a la oficina después de enviar a los hombres al bar, Drew lo acompañaba.

Jason sacudió la cabeza. —No sé si esta sea una buena idea. Estoy seguro de que se embriagaran y eso no nos servirá de nada.

El alguacil miró a Drew, pero le habló a Jason.

—Sr. Talbot, pensé haber sido claro con que sólo los llevaré a usted y a su esposa conmigo.

Mientras sacudía la cabeza, Jason levantó su mano. —Tranquilo alguacil. Drew siente un interés especial por esta situación. Me gustaría que nos acompañara.

—Alguacil. —Drew extendió su mano.

El alguacil lo saludó.

—Siento un interés especial por esta...situación, —dijo Drew.

Rachel se sintió bien sabiendo que Drew los acompañaría. Si ella no podía calmar a Lucy, quizá Drew sí.

El alguacil no se veía contento con la decisión, pero suspiró y aceptó. —Muy bien. Él puede venir. Es sólo que no quiero que Sammy piense que somos una redada. Suele *olvidar* como hablar inglés cuando se siente intimidado.

—Es el único del grupo que nos acompañará. Lo seguiremos, alguacil, —respondió Jason.

—Tomen sus caballos y los veré atrás. —El alguacil apunto hacia la puerta trasera. —Es el camino más rápido y seguro.

Jason, Rachel y Drew se apresuraron a la puerta y montaron sus caballos, el trio esperó por el alguacil en el área detrás de la cárcel.

El grupo cabalgó a la frontera de Olympia, en donde encontraron una especie de barrio chino. Entre los edificios había una pequeña tienda de dos pisos. El letrero fuera de la edificación decía: *Importaciones Sammy Chong*.

Los chinos que allí se encontraban dejaron de trabajar para observar a los jinetes. Ninguno de ellos le sonrió a Rachel o a los hombres. Claramente

estaban entrando en un territorio donde no eran bienvenidos.

El alguacil fue el primero en parar; desmontó su caballo y enlazó las riendas en la barandilla frente a la tienda de Sammy.

Rachel pudo notar que el porche del edificio estaba lleno de esculturas de un peculiar hombre sonriente, gordo y de atuendo extraño. Las piezas estaban hechas de porcelana o bronce. Rachel pensó que quizá el bronce sufriría una decoloración por los efectos del sol y el calor, aunque eso no venía al caso.

Los Talbot siguieron al alguacil y también desmontaron sus caballos.

—Síganme y déjenme hablar a mí. ¿Comprenden? —No digan ni una palabra. —El alguacil miró a Rachel y la señaló. —Especialmente tú. Las mujeres no son valoradas en la cultura china. Sé que esa opinión no te produce felicidad, pero no pienso discutirlo ahora. ¿Entendido?

—Sí, Señor. —Rachel no estaba contenta con la situación, o con este supuesto Sammy Chong. Sin embargo, no pretendía arriesgar la vida de Lucy por algo como eso.

Caminaron hacia la tienda, cruzando el abarrotado porche que los condujo a un mundo místico. La habitación estaba tan oscura que a Rachel le fue imposible ver a su alrededor. Sus ojos no podían ajustarse correctamente a la oscuridad del lugar.

El alguacil camino por el sitio sin ningún problema, quizá ya había memorizado la habitación anteriormente. Todos tenían miedo de tropezarse o de romper algo valioso; bajo sus pies estaban las alfombras más costosas jamás vendidas y junto a las ventanas había jarrones de porcelana y estatuillas de metales preciosos.

Los cuatro entraron a un pequeño cuarto que se encontraba al fondo, en él, un hombre obeso los esperaba, sentado sobre una silla. Se preguntaron cómo una silla tan delicada podía sostener tal peso.

—Ah, Alguacil Westbrook, ¿qué lo trae por aquí? —¿Viene a buscar más *alfombras* para decorar su casa?

El alguacil ignoró el comentario irónico del hombre. —Estas personas están buscando a un marinero quien está vendiendo joyería. Joyería robada. — El alguacil levantó una ceja, —Estoy seguro de que no te gustaría involucrarte con objetos robados.

Rachel estaba segura de que al hombre no le importaba vender mercancía robada. Él simplemente no quería ser atrapado haciéndolo.

—Joven, ven aquí. —Sammy apuntó al suelo donde el alguacil estaba. — Él intenta venderme joyería de madre. Broches horribles, y collares también.

Lindas piedras. Diseños baratos. No bellos como el jade. Le digo regresa a media noche.

—¿Medianoche? —¿Para vender joyería legítima? —Por dios, Sammy. Ni yo creería tal cosa. Dame su nombre y el del lugar donde se hospeda.

El hombre asiático se encogió de hombros; su pesado cuerpo no paraba de moverse.

Él estrechó los ojos. —Quizá mis hombres seguir marinero. ¿Por qué te interesa?

El alguacil dio un paso hacia adelante y lo miró directamente. —Sammy, no retes mi paciencia. ¿En dónde se hospeda?

Sammy respondió con rapidez, claramente él y el alguacil tenían historia. —Bien. Está bien. Él dijo que paquete estar en el hotel.

—¿Paquete? —¿Qué paquete?

—Mis hombres *decir* que había mujer en la habitación, —Sammy sacudió la cabeza, su grasosa barbilla temblaba. —Pero ella no querer estar allí. Hombres *contar* que marinero golpearla en el rostro. Ponerla en su lugar. Caer al suelo y obedecer.

¿Golpeada? —Rachel no podía soportarlo, no quería seguir callada.

—¿Dónde? —¿Qué hotel? —Respóndame, por favor.

Sammy Chong la miró.

—¿Tú atreverte a hablar en mi presencia? —No diré nada más. —Él pretendió lavarse las manos mientras miraba al alguacil. —Si no controlar a las mujeres, ¿cómo podrás controlar lo demás?

Jason se colocó frente a Rachel y frunció el ceño.

—Un momento, Sammy. La mujer no sabe de lo que habla. No es muy inteligente, imagino que sabes a lo que me refiero.

El alguacil miró de reojo a Rachel.

Ella miró al alguacil, luego a Jason y luego a Sammy, dándose cuenta de que estaba por arruinar su oportunidad de obtener información. Le daría una cucharada de su propia medicina al hombre luego.

—Cien dólares por el nombre del hotel, —dijo Chong con firmeza.

El alguacil Westbrook miró a Jason y a Drew.

—¿Es justo, no creen? —El alguacil les preguntó mientras levantaba las cejas y hacia una mueca suspicaz.

—Por supuesto. —Jason sacó un fajo de billetes de su bolsillo y comenzó a contar.

El alguacil tomó el dinero de la mano de Jason y se lo entregó al hombre.

—También me gustaría comprar cualquier pieza de joyería que el marinero ya le haya vendido, —argumentó Jason.

Chong sacudió la cabeza. —No comprar nada aún, esta noche era el plan. Westbrook, mantén tu palabra. Quédate del lado de tu ciudad. Ahuyentas a mis clientes.

—Lo lamento, Chong. —El alguacil asintió. —Pero sabes que estas situaciones ameritan mi presencia. Regresaré de ser necesario.

—Bien. Ve al *Riverside Inn*, encuentra lo que buscas. Lárguense.

El alguacil Westbrook hizo una especie de reverencia con la cabeza, y el resto del grupo lo siguió.

Mientras se retiraban, ella pudo escuchar que el hombre obeso se reía. Rachel temía que todo fuese mentira y que nunca encontrarían a Lucy.

No confiaba en la sonrisa extraña del hombre que se parecía mucho a las estatuas del porche.

CAPÍTULO XIII

Rachel, Jason y Drew siguieron al alguacil hasta el *Riverside Inn*. El hotel parecía una pocilga. Claramente el edificio estaba en decadencia, necesitaba con urgencia una buena capa de pintura, tablones y vidrios nuevos para las ventanas. Los postes de la entrada lucían anticuados y astillados, y el cartel de la entrada necesitaba ser clavado nuevamente en la pared. Ninguna de las habitaciones tenía balcón.

Una vez dentro, el alguacil se dirigió a la recepción y miró a la encargada.

—Buen día, Della. —El apuntó a los Talbots. —Estos son el Sr. y la Sra. Talbot, y Drew Talbot. —Necesito saber en cuál habitación se hospeda Harvey Long.

La mujer pelirroja, de edad avanzada, miró al libro frente a ella. —No hospedo a nadie bajo ese nombre, alguacil.

—Me gustaría ver el libro de huéspedes.

—Seguro.

La mujer le dio vuelta al libro.

El alguacil uso sus dedos para ubicar lo que buscaba.

—Aquí. Harve Smith. Es un nombre falso. Habitación 229.

Todos corrieron hacia las escaleras.

—Si lo rompen, lo pagan. Tengan cuidado con mis puertas. —Della gritó a la distancia.

Una vez fuera de la habitación, el alguacil sacó su arma.

—Harvey Long. Soy el Alguacil Westbrook, abre la puerta.

Se escuchó una conmoción dentro de la habitación.

El alguacil exhaló, y sacudió su cabeza.

—¿Por qué nunca abren la puerta?

Él dio un paso hacia atrás y pateo la puerta con todas sus fuerzas.

Un hombre robusto abrió la ventana y saltó fuera de ella. Después de unos segundos se escuchó como este gritaba de dolor.

El alguacil corrió hasta la ventana y miró hacia afuera. —No iré a ninguna parte. Parece que se ha roto una pierna.

—Magnífico. Me hubiese gustado que fuese su cuello, —dijo Jason.

Rachel corrió a la cama, donde Lucy permanecía atada. Su cara estaba hinchada, con moretones rojos y morados en sus pómulos, evidentemente había

sido maltratada por Harvey. Rachel removió la mordaza e intentó desatarla.

—Espera, déjame ayudarte. —Drew sacó un cuchillo de su bota y cortó la soga. —Listo. Mucho mejor.

Rachel miró como Drew le extendía su mano a Lucy para ayudarla a levantarse, pero ella se negó.

Drew vio a Rachel, cabizbajo. Luego alejó la mirada y se dio la vuelta.

—Está en shock. Dale algo de tiempo, —dijo Jason.

Rachel escuchó como Jason consolaba a su hermano, pero Lucy necesitaba más que tiempo. Era todo un caos. Su vestido estaba sucio y rasgado, y su hermoso cabello estaba hecho un desastre.

Rachel no sabía que le había ocurrido, pero claramente su amiga estaba traumatizada. El corazón de Rachel lloraba, quería gritar de la impotencia. Sin embargo, era lo que Lucy menos necesitaba.

—Jason, tú y Drew encárguense del marinero. Busquemos las joyas en la habitación y salgamos de este horrible lugar. He decidido que Lucy regresará a casa conmigo. Me gustaría que uno de ustedes nos ayude a montarnos sobre el caballo.

—Por supuesto. Las esperaremos afuera, —respondió Jason.

Rachel miró a Lucy. —Saldremos ahora. No necesito recordarles que el viaje a casa deberá ser más lento.

Lucy permanecía sentada junto a Rachel, pero no se movía. Sus ojos permanecían mirando a la pared. Parecía como si le hubiesen arrebatado parte su alma.

Rachel se levantó, tomó la mano de Lucy y la ayudó a levantarse. —Lucy, vamos a casa. —Ambas caminaron fuera del hotel, donde los caballos las esperaban.

—¿De regreso a New Bedford?

Lucy volteó su cabeza para mirar a Rachel. Su voz se escuchaba emocionada, como si anticipara una especie de milagro.

Rachel colocó su brazo alrededor de Lucy e intentó abrazarla, sabiendo que la respuesta no haría feliz a Lucy. —No, cariño. De regreso a Seattle.

Ella sacudió su cabeza y se alejó de Rachel. —No. Quiero ir a casa, Rachel. A mi verdadero hogar en Massachusetts.

Una sensación helada golpeó el pecho de Rachel. —No lo dices en serio. Sé que no estabas feliz en casa. No hay nada que te espere allá. Estamos aquí, tú y yo. Seattle es donde perteneces.

Lucy habló. Su voz sonaba más calmada, como si tuviese miedo.

—Seguí a Glynnis como siempre. Ella se encontró con *él*, y luego empezaron a gritarse. Luego él la golpeó. Ella luchó todo lo que pudo, pero Harvey la empujó haciendo que se golpeará con la pared.

Lucy paró y tomó aire. —Él golpeo su cabeza contra el suelo una y otra vez. Su hermoso rostro se transformó en una masa de sangre y huesos. Allí supe que estaba muerta. Debí haber emitido algún sonido porque después de un segundo se levantó y corrió hacia mí. Intenté correr, pero me fue imposible.

Lucy se detenía solo para tomar grandes bocanadas de aire.

—Él tomo mi chal y...

—Detente cariño. —Rachel colocó su brazo alrededor de Lucy. — Sabemos lo que ocurrió. No quiero que vuelvas a revivirlo.

Rachel temía que Lucy cayera en otro estado de shock, ya había pasado por demasiadas cosas y este no era el momento de entrar en detalles.

Lucy parecía no haber escuchado a Rachel dado que siguió hablando. — Me sorprendió que no me asesinara en el camino hasta acá.

Su voz sonaba plana, lo que le provocó escalofríos a Rachel. Lucy estaba en problemas. Esta persona no era la amiga a la que tanto quería. La mujer frente a sus ojos era un caparazón sin alma.

Rachel miró a Jason, quien sacudía la cabeza.

—Lucy. —Rachel le hablaba despacio. —Voy a ayudarte a salir de este estado. Es hora de irnos ¿estás lista?

Lucy no respondió, se montó al caballo y miró a lo lejos.

Rachel caminó y se montó con ella.

Una vez ambas estuvieron listas, Lucy bajo su mirada nuevamente.

Rachel tomó las riendas, se paró erguida, y colocó su pie en el estribo, no había tiempo que perder.

Jason la llamó rápidamente. —¿Podemos hablar un segundo?

Rápidamente, Rachel corrió hacia él. —Sólo un segundo.

—Quiero que Drew vaya con ustedes. Él está preocupado por Lucy. Necesito que vayas lento y que lo dejes mantenerse cerca.

—Está bien. ¿Eso es todo?

—No. Esto también.

Él la tomó en sus brazos y la beso tiernamente. Ella lo abrazó, manteniéndolo cerca de ella.

Sus labios eran su tranquilidad, esta vez no haría lo usual, dejarla sin aire. Ambos se separaron y él acarició su labio con su pulgar.

—Hay cosas que tenemos que hablar cuando lleguemos a casa.

—Está bien.

—Mejor adelántense antes de que Drew asesine a Harvey.

—No dejes que le haga mucho daño. Aún no ha confesado ser el asesino de Glynnis y no sabemos dónde escondió las joyas.

—Esa es otra razón por la que Drew irá contigo. El alguacil y yo encontraremos las joyas, y las llevaré a casa junto con Harvey. Te habré alcanzado para cuando pares para pasar la noche. No forzaré a los caballos esta vez y es demasiado tarde.

Se puso de puntillas y lo besó brevemente.

—Te estaré esperando.

Rachel caminó a su caballo, donde Lucy la esperaba.

Jason la siguió y la alzó hasta que pudo sentarla sobre la silla. Rachel se sintió más como una niña que como una mujer adulta. Jason era muy fuerte, pero a la vez delicado. Eso la sorprendía. Él fácilmente podría hacerle daño, pero nunca fue así.

—Gracias. Eso no era necesario, pero, —sonrió. —Me encanta volar.

Rachel tomó las riendas, le dio vuelta a su caballo y galopó lentamente en dirección a casa. ¿Tomaría Drew el destino del marinero en sus manos? ¿Serían capaces de alcanzarlas antes del anochecer?

Para cuando llegó la tarde y ya era hora de parar, el grupo se encontraba cerca de Tacoma.

Rachel sabía que el marinero había hecho mucho más que sólo golpear a Lucy. Él había destruido su espíritu. Lucy temía alejarse de Rachel, incluso le pedía que la acompañara cuando esta fuese al sanitario.

Rachel sabía que esto era su culpa. Si no hubiese deseado atrapar a Glynnis y a Harvey con tanto ahínco, Lucy no se encontraría en este estado.

Cuando ambas se encontraban caminando, Rachel se detuvo.

—¿Qué más te hizo Harvey?

Finalmente, Lucy comenzó a llorar y sacudir la cabeza.

—No. Tuve tanto miedo. Él amenazó con aprovecharse de mí, pero nunca lo hizo. Empezó a tocarme y a rasgar mi vestido... eso fue todo. Me aterrorizaba. —Ella se estremeció, todo su cuerpo temblaba.

—Oh, cariño. —Rachel colocó sus brazos alrededor de su amiga. —Por supuesto que así fue. El miedo que sientes es normal. Él te secuestró, y usó la violencia para mantenerte dócil. Nada de esto es tu culpa.

Lucy parpadeaba rápidamente para evitar las lágrimas. —Si tan solo los hubiese ignorado—

Rachel la dejó ir y la miró. —Tonterías. Esta situación fue mi culpa. Los seguías por mí, ¿no es así?

Sollozando, Lucy asintió.

—Tú no los hubieses seguido si yo no hubiese sido tan insistente con todo este asunto de resolver el misterio de las joyas.

—Tú no me obligaste a hacerlo. —Ella bajó la cabeza. —Recuerdo que Jason y tú me recordaron que no debía hacerlo sola, pero fui de todos modos.

Rachel intentaba sonar calmada pero la culpa la desconcertaba. —Esto es culpa de Harvey, de nadie más. Él fue quien te hizo daño y te secuestró.

Lucy asintió con la cabeza y miró a lo lejos.

—¿En qué piensas, Lucy?

Lucy se desplomó y miró sus manos. —Nunca seré la esposa de Drew. Eso era todo lo que quería. Lo amo.

—Sé que es así. ¿Por qué no podrías casarte con él?

Lucy comenzó a llorar nuevamente.

—Mi nombre ha sido manchado, seguramente todos lo piensan.

Rachel la abrazó con fuerza, y le permitió llorar. Lentamente las manos de Rachel comenzaron a consolar a la devastada Lucy. Cuando estuvo lista, la soltó y le permitió descansar sobre el heno que ahora les servía como cama.

—Rachel, no me abandones. Por favor.

—Estaré aquí para cuando despiertes. ¿Sí?

—Está bien.

Más tarde esa noche, Rachel se levantó y dejó a Lucy dormir.

Jason seguía despierto, esperando a que Rachel viniese a él. Ella no lo decepcionó.

—Hola. —Ella se acostó junto a él.

—Hola, cariño. ¿Cómo está Lucy?

—No muy bien. —Su cuerpo estaba tensó. —Ese bastardo no solamente la golpeó, sino que también amenazó con violarla. Está en un estado muy frágil. No puedo quedarme mucho tiempo.

—Lo sé, pero estoy feliz que vinieras. También te necesito. —Jason acarició el brazo de Rachel. —Sin embargo, Lucy te necesita mucho más ahora.

Ella levantó su mano y acarició su barbilla. —Gracias. Sé que tenemos cosas de que hablar, pero será luego. Por ahora, abrázame.

—Tus deseos son órdenes.

Él la acercó, y ella se dio la vuelta, colocando su mano sobre su pecho y su cabeza sobre su hombro. Ambos se quedaron así por unos minutos. Ella podía escuchar el latido de su corazón, estaba agitado. Rachel se alejó. —Tengo que regresar. Si Lucy despierta y no estoy allí, entrará en pánico.

—Tendrá que acostumbrarse al hecho de que no siempre estarás allí con ella. No quiero dejar ir a mi esposa permanentemente. Aunque entiendo que te necesita en estos momentos.

Rachel podía comprender el miedo de Jason. —No te preocupes. Lucy necesita procesar la situación y entender que ella es mucho más fuerte que esos terribles recuerdos.

Rachel se colocó frente a él y lo besó. Ella moría por decirle que lo amaba con todo su ser, y que, para ella, él representaba el universo. Pero no quería arriesgar sus sentimientos ni su corazón. Él debía decirlo primero. En el fondo, Rachel quería tomar el puesto de Cassie. Sin embargo, Jason era el único que podía tomar la decisión.

—Te veré en la mañana.

Él se levantó y la abrazó. —Nos vemos. Tu amiga te necesita.

—Gracias por comprender.

—No te preocupes.

Ambos tomaron sus manos hasta que no pudieron extenderse más.

No puedo comprender por qué no me amas, Jason. No sé si este matrimonio pueda sobrevivir sin amor. Abre tu corazón...por mí.

CAPÍTULO XIV

Dos semanas después.

Rachel jamás desearía que lo ocurrido a Lucy le pasara a alguien más, a pesar de que esta se encontrara mejor. El momento había llegado, Lucy debía continuar con su recuperación sola. Rachel planeaba quedarse a su lado, sólo por unos pocos días más, hasta que ella pudiese salir sin compañía. Lucy al final logró comprender que no había nada malo con ella, y decidió olvidar el asunto casi en su totalidad. Todos la apoyaron lo más que pudieron. Sin embargo, dependía de ella el salir adelante.

Jason caminó al dormitorio donde Rachel y Lucy se quedaban. Ella salió para recibirlo como de costumbre.

—¿Podemos hablar?

Ella lo miró fijamente. Jason tenía la cara marcada por grandes ojeras, provocadas por la ausencia de su esposa. —Por supuesto. ¿Sobre qué deseas hablar?

—Nosotros.

—Bien. Yo igual.

—Quiero que regreses a casa. Lucy debe aprender a vivir su vida por su cuenta.

—Lo sé, estoy de acuerdo, pero no quiero dejarla aun, es muy pronto.

—Eso lo comprendo, pero mientras más estés con ella de esta forma, más difícil será para ti el regresar a casa...conmigo. —Jason colocó sus manos detrás de su cuello. —Te extraño. Esto de encontrarnos por un par de minutos al día no es suficiente. Quiero tenerte en mis brazos y hacerte mía. Me siento como un soltero otra vez. Quiero que seamos una familia, lo que significa que debes regresar a la cabaña.

—Me encantaría regresar a casa, pero no sé si sea posible. No quiero vivir una vida sin amor. Lucy ya no me necesita. Ella no es el problema. La verdad es que he decidido mudarme a Olympia. Espero poder encontrar empleo allí pronto. Las mujeres sobrevivirán sin mí, así que son mi última preocupación. Debo encontrar a alguien que me ame realmente.

Jason intentó hablar, pero no sabía que decir. Sintió como si le hubiesen apuñaleado el pecho.

Rachel lo miró y luego bajó su mirada, no podía evitar llorar

desconsoladamente. —Aunque esté embarazada de tu hijo, siento que no hay lugar para mí en tu corazón. Temo que ocurra lo mismo con nuestro futuro bebé.

—Rachel, no sé qué decirte. —Sus ojos se abrieron en señal de sorpresa. —Espera, ¿estás embarazada?

Ella cerró los ojos y asintió con la cabeza. —Te amo... Estuvimos tan cerca de ser una familia. Adiós, Jason.

Rachel se dio la vuelta.

De pronto, todo tuvo sentido para él. —¿Estás embarazada? Pero si sólo hemos estado casados por seis semanas. ¿Cómo es posible? Cassie...

—No soy ella. —Su cuerpo se tensó. —¿Cuándo comprenderás que no soy Cassie? Mi cuerpo no es como el de ella, y no quiero ser comparada con ella. Es momento de hacerme un lugar a mí. —Se golpeaba el pecho. —Soy Rachel, no una substituta. Incluso le he dicho a Billy de que no pienso tomar el lugar de su madre, y sigo firme con eso. Sin embargo, no pienso seguir pretendiendo contigo. Necesito un lugar en tu vida, y en tu corazón.

La batalla que Rachel tenía entre sus manos era mucho más compleja de lo que muchos creían. ¿Cómo luchas contra un fantasma?

Jason colocó sus manos sobre los hombros de Rachel e intentó abrazarla. —Rachel, vuelve a casa. Necesitas estar en un lugar cómodo hasta que nuestro bebé nazca.

—Me quedaré en el dormitorio, como antes de que nos casáramos, hasta que el bebé nazca, luego me mudaré a Olympia.

—¿Por qué quieres que toda la ciudad se entere de nuestros asuntos?

Estaba tan tentada a acorralarlo. Necesitaba hacer que admitiera que la amaba. Tenía que ser así. Si no, cuál era el punto de su relación. Rachel inhaló profundamente y colocó sus manos sobre sus mejillas.

—No quiero que la ciudad conozca nuestros secretos. Si he de regresar a casa, no quiero compartir la cama contigo. Dormirás en el suelo.

—No pretendo hacer eso.

—Bien, entonces yo sí. No quiero que me tientes a tener relaciones contigo. La próxima vez que hagamos el amor quiero que sea porque me amas, no por una necesidad. —*Deberás confesarme que me amas si de verdad quieres hacerme tuya. No sólo quiero ser una satisfacción.*

—Lo que digas.

Jason caminó de regreso a casa. Le habían dado la opción de rescatar su matrimonio. Aún tenía la oportunidad de conservar a su esposa. Todo lo que debía hacer era convencerla de que realmente la amaba. ¿Sería capaz de ello? Jason temía perderla para siempre, no solamente por el bebé. Él de verdad tenía miedo a dejarla ir. Rachel, ella lo hacía un mejor hombre, y Billy la amaba ahora que estaban criando a los cachorros. Toda la familia se sentía a gusto con ella. Pero ¿qué sentía Jason exactamente? Rachel era su esposa, sí. Adoraba hacerle el amor, hablar con ella y escucharla hablar cada vez que tenía nuevas ideas.

¿La extrañaba cuando estaba lejos? Sí. ¿Su corazón punzaba cuando no la sentía a su lado mientras dormía? Sí.

¿Qué significaban esas cosas? ¿Era eso amor?

Sí, así es.

Rachel no sabía que pensar. Desde que le dijo a su esposo que estaba embarazada y que regresaba a casa, el comenzó a ser en extremo diligente. Estaba atento a la leche y la llevaba a casa para que pudiera hacerse el queso.

Incluso la acompañaba al pueblo para ayudarla con las compras, aunque solo fuese a comprar broches o peinetas para su cabello.

Ayudaba a Rachel a llevar la comida a la mesa, y se quedaba hasta el final para poder ayudarla a lavar los platos.

Ella lo apreciaba mucho, pero su comportamiento la enloquecía, se había vuelto dócil. Su comportamiento era similar al de los cachorros que ella y Billy cuidaban. Vivir con cachorros recién nacidos era una cosa, pero vivir con un hombre adulto que se comporta igual, era otra.

Dado que Rachel había estado ausente por un tiempo, los pequeños perritos, al igual que Lucy en su momento, temían que ella desapareciera nuevamente. Todos permanecían a su lado hasta que Billy regresaba a casa. Afortunadamente, los cachorros y *Lucky* estaban felices de dormir en la habitación de Billy, lo cual hacía feliz al niño.

Jason temía que Billy la perdiese también, como cuando murió Cassie; él pasó días convenciéndolo de que Rachel era mucho más fuerte.

Harvey estaba en la cárcel. No había forma de que escapara. El alguacil Kearney les aseguro a todos que este quedaría bajo custodia hasta que se declarara la sentencia, la cual estaban seguros sería la horca. Todas estaban a salvo, incluyendo a Lucy. Las joyas habían sido encontradas en el cuarto del

hotel, en Olympia.

Había llegado el momento de hablar con su esposo. Él se encontraba en la sala de estar, con sus hermanos.

A Jason le gustaba sentarse en una silla para leer el periódico, como una especie de ritual.

Ella se le acercó. —¿Podrías acompañarme a la cocina, por favor?

Jason prácticamente saltó de la silla. —Claro. ¿Qué necesitas?

Ella miró a los hermanos de reojo y susurró. —Sólo quiero que hablemos en privado.

De pronto, la habitación quedó en silencio, todos la miraban fijamente.

Rachel miró hacia arriba y luego a sus cuñados. —¿Podrían volver todos a sus asuntos, por favor?

Los hombres se dieron la vuelta, ignorándola, pero no podían resistir la tensión y la incertidumbre que invadía la habitación.

Jason tomó la mano de Rachel. —Vamos. El clima está perfecto y la luna está llena, salgamos a caminar.

—Suena bien. Buscaré mi chal.

—No lo necesitarás. Si te da frío, te abrazaré. —Jason meneó las cejas.

Rachel sacudió la cabeza y sonrió. —Estás loco.

—Sólo por ti.

Rachel se detuvo y se encogió de hombros, no quería caer en la trampa que a veces representaban sus palabras. —¿Qué?

—Vamos, salgamos.

Ambos caminaron hacia el bosque, iluminados por la luna, hasta la intersección de las montañas y el lago.

—Sentémonos sobre este tronco. —Jason colocó su pañuelo para que Rachel pudiese sentarse.

Rachel se remangó la falda y se sentó sobre el tronco.

—Quiero que hablemos de nosotros. ¿De qué querías hablar tú?

—Lo mismo.

—Tú primero.

—He estado pensando, y me he dado cuenta de que tú no eres Cassie, y de que a pesar de que en su momento la amé, ya ella no existe.

Rachel miró a su regazo. No quería que Jason la viese llorar. ¿Iba a decirle que no podía amarla, de nuevo? Rachel intentaba controlarse con todas sus fuerzas.

—Lamento que perdieras a la mujer que amabas.

—Yo igual. Mi duelo ha durado mucho tiempo. Demasiado. Rachel, mírame por favor.

Ella sacudió la cabeza. Su garganta se sentía tensa, impidiéndole hablar.

—Por favor.

—No. No puedo soportar saber que nunca podrás amarme.

—Rachel. —Él levantó su barbilla hasta que ambos estuvieron cara a cara. —Jamás volvería a decirte algo así. Te amo, Rachel Talbot. He estado luchando con este sentimiento por algún tiempo ya. He sido incapaz de permitirme sentirme así. —Jason se acercó más a ella. —No quería amarte, así que coloqué a Cassie entre nosotros como una excusa para impedirme estar contigo. Sin embargo, la razón detrás de nuestra apresurada boda siempre fue mi verdadera necesidad de tenerte conmigo para siempre.

—¿Me amas? —Su confesión aun retumbaba en su mente. No había prestado atención a lo que dijo después de eso. —¿De verdad me amas? ¿No bromeas? No juegues conmigo ahora.

Él tomó sus manos. —No estoy jugando. Te amo más que cualquier otra cosa en el mundo.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —Escuchar esas palabras la llenó de emoción y lágrimas. El corazón de Rachel latía tan rápido que parecía un zumbido.

—Creo que comencé a amarte después de nuestro primer encuentro a bordo del *Bonnie Blue*. No podía creer que una mujer tan hermosa como tú había accedido a encontrarse conmigo. Siempre he estado agradecido por tu naturaleza directa e intuitiva.

Ella se acercó y colocó sus brazos alrededor de él. —También te amo. —Rachel no pudo resistir el unir sus labios con los de Jason, la oscuridad los abrazaba, haciendo de su encuentro algo aún más íntimo. Luego de que ambos se separaron, ella preguntó. —¿Qué te hizo querer decírmelo?

—Lucy. Lo que le ocurrió... todo este asunto del secuestro. Pudiste haber sido tú. Si yo hubiese sido Drew, hubiese matado al marinero. Por un momento pensó hacerlo, fue por ello por lo que le dije que las escoltara. Además, has estado lejos de casa, cuidando de Lucy...y la verdad eso me provocó celos.

—Jason la abrazó con fuerza. —Te extrañaba, y no podía comprender la razón, hasta que admití que te amaba. Mis sentimientos y mi corazón se sienten en paz ahora.

—Hemos perdido mucho tiempo intentando decidir qué hacer con esta relación. No quiero que eso pase otra vez. —Ella sonrió. —Llévame a casa y hazme tuya.

—Será todo un placer.

Ambos caminaron de regreso a casa, tomados de la mano; luego hicieron por primera vez, verdaderamente el amor.

Jason era muy gentil, tratándola como a una invaluable joya, lo cual agradaba a Rachel, pero no era lo que deseaba o necesitaba. Ella quería sentirse viva. Rachel quería dejar atrás todo este asunto con Lucy, y la posibilidad de que pudo haber sido ella.

Los dedos de Jason trazaban círculos sobre sus senos, ocasionalmente jalando de sus pezones. —¿En qué piensas?

—En lo afortunada que soy. Soy la mujer más feliz del mundo. Estoy casada con el amor de mi vida, esperando un bebé, viviendo en un hermoso lugar. Resolví mi primer caso, con tu ayuda, y todas las joyas han sido devueltas a las mujeres. ¿Qué más puedo pedir?

—Yo soy el afortunado. Eres inteligente, cariñosa, amorosa y la mujer más bella que he visto. Lamento que tengas que amar a un hombre tan simple como yo.

—Creo que puedo escuchar un cumplido? —Rachel puso su dedo en la barbilla de Jason y pretendió pensar seriamente.

Él rio y la abrazó con pasión.

Rachel soltó una carcajada. —Bien, ya sé que puedo decir. Eres el hombre más apuesto que he visto. Eres gentil y fuerte pero delicado cuando debes serlo. Sé que podrás protegernos. —Rachel colocó su mano sobre su vientre.

Él colocó su mano sobre la de ella. —Siempre te protegeré y te amaré. ¿Qué piensas que dirá Billy cuando le demos la noticia? Tenemos que asegurarnos de que no piense que este bebé tomará su lugar en nuestros corazones. Sé que es algo que podría preocuparle, ser reemplazado.

—Lo sé, haremos lo que sea necesaria para que entienda que siempre lo protegeremos y amaremos.

—¿Te gustaría vestirme para darle la noticia a la familia?

—¿No es muy tarde? Hagámoslo en la mañana. No puedo esperar para ver la expresión en la cara de tus hermanos.

—Es sábado en la noche. Todos están despiertos, incluyendo a Billy. Estarán celosos y felices. Me envidian por haberte encontrado de esta manera.

—Todos encontrarán esposas. Estoy segura de ello.

—Estoy de acuerdo. Pero hasta entonces, deja que sientan envidia. — Jason besó la oreja de Rachel. —Te amo, querida.

—Y yo te amo a ti.

Ambos se vistieron y bajaron las escaleras hasta la sala, donde Billy y los otros jugaban cartas o leían.

Jason aclaró su garganta.

—Tenemos algo que queremos decirles.

Rachel se paró junto a Jason, sonriendo, mirando fijamente a Billy.

—Rachel y yo estamos esperando un bebé.

El aire se llenó de buenos deseos y felicitaciones. Los hermanos de Jason se levantaron para darle palmadas en la espalda a él y besos en la mejilla a Rachel.

Billy se quedó donde estaba, mirando al suelo.

Rachel se le acercó.

—Billy. Estás muy callado. ¿No estás feliz de saber que serás el hermano mayor?

Él sacudió la cabeza. —No sé nada sobre cómo ser un hermano mayor.

—Es muy sencillo, pero también es una gran responsabilidad. Este bebé nos necesitará a todos para enseñarle cómo hacer muchas cosas. Lo mismo hicimos con los cachorros. Y a medida que él o ella vaya creciendo, necesitará de una persona que le enseñe como pescar, o como atrapar luciérnagas. Tu responsabilidad será velar por el bebé para que pueda transformarse en un joven maravilloso como tú. Tu padre y yo no podemos con todo. Te necesitamos, también.

—Es cierto, hijo. Este bebé te necesitará a ti más que a nadie. —Jason colocó su mano sobre el hombro de Billy.

Billy alzó la ceja. —¿A mí? ¿Para qué me necesitará?

—¿Quién crees que lo llevará a pescar o a atrapar mariposas? ¿Quién le enseñará a trepar árboles?

Rachel se dio cuenta de que su sueño de una familia estaba lentamente tomando forma. Ambos estaban actuando como los padres de Billy. —Es cierto. Quizá venga otro bebé después de este. Espero llenar la casa con muchos de tus hermanos y hermanas. Cuando sean mayores nos ayudarán a hacer galletas para navidad, justo como lo harás tú este año. Es por ello por lo que te necesitarán, para que puedas guiarlos y ayudarlos a levantarse cuando se caigan. ¿Podrás hacerlo?

—Sí, señora. —Billy ladeó la cabeza. —¿Rachel?

—Sí.

—¿Serías mi madre, también?

Rachel comenzó a llorar de felicidad. Había soñado con este momento por mucho tiempo. Deseaba con todas sus fuerzas que Billy la llamase — “Mamá”.

Tuvo que tomar aire y tragarse el nudo que se formaba en su garganta. — “Será un honor para mí el convertirme en tu madre.”

Rachel abrió sus brazos. Billy corrió hacia ella. Rachel abrazó a su hijo, colocando su mejilla sobre su cabeza. Ambos se mantuvieron así por unos instantes, hasta que uno de sus cuñados aclaró su garganta.

Jason dio un paso hacia atrás y Rachel dejó ir a Billy quien se colocó junto a su padre.

Jason los tomó a cada uno de las manos, luego se miraron mutuamente y rieron felizmente.

Ahora eran una familia. Una familia amorosa.

¿Quién iba a decir que el sueño de Rachel se cumpliría con tan sólo convertirse en una esposa por correo?

EPÍLOGO

Marzo 06 de 1866.

La casa Talbot

Rachel se estiraba. Sintió como un dolor punzante rodeaba la parte baja de su espalda, y se preguntó si hoy sería el día en que tendría a su bebé. Se acarició el vientre. —¿Estás listo, pequeño? Me muero por conocerte.

—Yo también. —Jason la sorprendió con un abrazo mientras ella estaba de espalda. —¿Cómo te sientes hoy?

—Cansada y algo incomoda. Creo que hoy es el día.

El cuerpo de Jason comenzó a tensarse. —¿Quieres que llame a Karen? Puedo enviar a Adam a buscarla en la carreta. ¿Segura que te sientes bien?

—Cálmate, mi amor. Estoy bien. No va...

Rachel comenzaba a explicarle a Jason que no necesita de Karen, cuando de repente empezó a sentir agua tibia entre sus piernas.

—¡Oh! Olvídalo, creo que será mejor ir a buscarla. Rompí fuente. — Rachel se alzó la falda y dio dos pasos lejos de la mesa. —¿Podrías traerme unas toallas?

Jason se quedó allí, mirándola, boquiabierto.

—Jason. —Aplaudió. —Jason. Necesito toallas.

Él logró reaccionar. —Sí. Toallas. —Corrió al armario y regresó con media docena.

Rachel las tomó, las extendió sobre el suelo y comenzó a trapear el desastre que había hecho.

—Yo me encargo. Necesitas ir a acostarte.

—No necesito ir a la cama aun, yo... — Una ola de dolor comenzó a apoderarse de ella—. ¡Oh, Jason!

Jason la tomó en sus brazos y la subió a la habitación.

—No tomaré un *no* como respuesta.

Jason corrió hacia arriba, cargándola como si fuese una niña—lo que en el fondo ella agradecía. La fuerza de su esposo siempre la asombraba.

Cuando llegaron a la habitación, Rachel sacudió los brazos.

—Bájame. Necesito colocarme mi ropa de noche.

Él la sentó sobre la cama.

Rachel dio grandes pasos hasta la cómoda.

Dentro de ella había un par de camisolas, las cuales utilizó para secarse y limpiarse con el agua que siempre mantenía junto a la cama. Jason le ayudó a conseguir un atuendo adecuado, el cual le ayudó a colocarse. Rachel se sentía enorme, como una especie de ballena. Temía admitir que su cuerpo se veía un poco deforme.

Rachel respiró profundamente y se recostó sobre la cama, ya estaba preparada para la llegada de su primer hijo.

—El bebé no saldrá aun, así que será mejor hablar o leer algo en vez de mirarnos fijamente.

Jason tomó la mecedora y la colocó cerca de la cama. —¿De qué te gustaría conversar?

Comenzó a acariciarse el vientre. —Nombres. Aun no los hemos elegido.

Él la miró, con sus cejas alzadas. —Pensé que habíamos acordado que serían Edward and Angélica. ¿Cambiaste de parecer?

—Me gusta Edward, pero no estoy segura del nombre Angélica. No quiero que la llamen Ángel.

—¿Cuál te gustaría si el bebé fuese niña?

—Lucy.

—Dijiste que no era buena idea porque la gente comenzaría a llamarlas Vieja Lucy y Pequeña Lucy.

—Lo sé. —Rachel suspiró y comenzó a hacer muecas. —Tienes razón. Mejor quedémonos con Angélica.

Jason se quedó callado por unos momentos. —Podríamos llamarla como mi madre.

Ella ladeó la cabeza. —Nunca la has mencionado.

Jason se encogió de hombros. —Dado que habíamos mencionado Angélica primero, lo olvidé.

—¿Cuál era su nombre?

—Abigail, pero mi padre la llamaba Abbie.

Ella le ofreció su mano para que la tomara.

En vez de eso, él se levantó y se colocó junto a ella en la cama, abrazándola. —Me gusta más esta posición.

—A mí también. —Rachel intentó darse la vuelta para poder abrazarlo correctamente. —También creo que Abigail sería un nombre perfecto para nuestra hija.

—¿Te he dicho últimamente que te amo?

Ella rio. —No últimamente. —Les encantaba jugar así. Rachel sentía un

fervor dentro de ella cada vez que Jason le seguía la corriente.

Él sonrió. —Debo estar atento. Prometo decírtelo a cada hora de cada día.

—Una vez al día es suficiente.

Jason traviesamente alzó las cejas. —Una vez al día no es suficiente para ti.

Rachel jaló de su camisa. —Creo que estamos hablando de cosas diferentes. ¡Oh! —Las manos de Rachel cubrían su estómago en señal de dolor.

—¿Estás bien?

—Es una contracción. Significa que nuestro bebé viene en camino. Karen dijo que debemos contar los minutos entre ellas. ¿Tienes tu reloj de bolsillo?

—Sí.

Jason lo abrió y miró la hora.

—Son las dos y diez.

—Mandemos a uno de tus hermanos a buscar a Karen cuando las contracciones sean más seguidas. No es necesario ir por ella ahora.

—Está bien. Estaré atento a la hora.

Alguien golpeó a la puerta.

Jason abrió la puerta. Billy estaba ahí, de pie, con su rostro pálido.

—Billy, hijo mío. ¿Qué ocurre? Parece como si hubieses visto un fantasma.

—El tío Adam me dijo que el bebé llegará pronto.

Rachel extendió su brazo y lo invitó a acercarse. —Ven aquí.

Billy corrió a la cama y saltó en a sus brazos. A ella no le importaba si era o no apropiado que Billy se encontrase en la habitación.

—Esto es maravilloso, estoy junto a mis dos hombres favoritos, esperando por el nuevo bebé. Estoy bien Billy, no te preocupes. Cuando comience a entrar en trabajo de parto voy a pedirte que esperes abajo junto a tus tíos. ¿Está bien?

Billy asintió suavemente. —Sólo quería ver que estuvieses bien.

—Me encuentro estupendamente. No puedo esperar a que todos, incluyéndome, conozcamos al bebé. ¿Has pensado en qué te gustaría tener primero?

—Me gustaría un hermano, pero una hermana también sería agradable. Creo que no tengo una preferencia. Podría enseñarle a ella lo mismo que le enseñaría a un niño. Le ayudaría a pescar y a atrapar lagartijas. Incluso a como

atrapar luciérnagas y a colocarlas en un frasco.

—Eso suena espléndido. —Rachel se reclinó y besó la frente de Billy. —
Creo que, sin importar el sexo del bebé, serás un increíble hermano. Ha
llegado el momento de que bajes con tus tíos. Asegúrate de mantenerlos
calmados. ¿Cómo te permitieron subir?

—Comenzaron a jugar póker, así que estaban distraídos.

Rachel asintió. —Entiendo.

Billy se levantó. —Les diré como estás. —Corrió a la puerta, se detuvo, y
se dio la vuelta. —Me alegra que estés bien...Mamá.

Cada vez que la llamaba Mamá, el corazón de Rachel comenzaba a
derretirse. El título todavía era algo nuevo para ambos, por lo que Billy se
sonrojaba cada vez. Eso estaba bien... a ella le ocurría lo mismo.

Luego de que Billy se fuera, Rachel tomó el brazo de Jason.

—Estoy teniendo otra contracción. ¿Cuánto ha pasado desde la última?

—Unos seis minutos. Debemos ir por Karen. Enviaré a Adam a buscarla
en la carreta, pero te advierto que le tomará un tiempo regresar con ella.

—Entendido.

Jason le dio un beso en la frente y se dirigió a la sala.

—Regreso en un momento.

Ella hizo una especie de mueca e intentó sonreír, le preocupaba lidiar con
las contracciones sola.

Golpearon a la puerta y Karen Matell abrió para ver quién era.

Adam Talbot estaba en el porche. Karen no pudo evitar emocionarse de
verlo. —Sra. Martell, Rachel está a poco de tener al bebé. Jason me pidió que
la llevara a nuestra casa.

—Muy bien, pasa adelante. Buscaré mi bolso, regresaré en un minuto.
Necesito pedirle a alguien que cuide a mis hijos.

—Esperaré. He traído la carreta.

Karen caminó hasta la habitación que compartía con sus hijos. Dado que
se había convertido en la líder de las mujeres, le fue otorgada una habitación
para ella.

—Daisy, — le dijo a la joven que se encontraba sentada en una de las
sillas en medio del edificio. —¿Podrías cuidar a mis hijos por mí? Rachel está
entrando en trabajo de parto.

—Por supuesto. No olvides informarnos de su estado y el del bebé, luego.

—Lo hare. Gracias por esto.

—Cuando gustes.

Karen tomó su bolso médico y corrió a la puerta, donde Adam la esperaba.

Al llegar, Adam se detuvo frente a la puerta principal, donde dejó bajar a Karen.

Karen tocó a la puerta, Michael Talbot abrió, dejándola pasar.

—Buen día, Sra. Martell, siéntase como en casa. Rachel y Jason estarán felices de verla.

—Gracias. Sr. Talbot. Me gustaría ver a Rachel.

—Ciertamente. Sígame.

—No te preocupes, creo recordar donde está la habitación.

Karen subió las escaleras hasta la habitación de Rachel y Jason.

Rachel cerró los ojos y suspiró con tranquilidad. —Estoy tan feliz de que estés aquí. Creo que el bebé llegará antes de lo esperado.

Karen colocó su bolso en el suelo y caminó hacia la cama.

—Jason, ¿podrías darnos un minuto, por favor? Voy a examinar a Rachel.

Karen se arremangó las mangas, se alistó e intentó sacar a Jason de la habitación.

Jason se cruzó de brazos. —Voy a quedarme. Rachel me necesita.

—Me gustaría que Jason se quedara. —No quería tenerlo lejos. *¿Qué tal si ella lo necesitaba?*

—Está bien, pero mantente fuera de mi camino, y si te pido que hagas algo, hazlo. Sin preguntas.

—Entendido.

Karen tomó su bolso y lo llevó con ella hasta la cama.

—Jason, ¿podrías facilitarme algo de agua tibia y unas toallas? Necesito lavar mis manos.

—Sí. —Jason se levantó. —Subí una cubeta con agua caliente. Debería estar tibia. El balde está junto a la cómoda.

—Excelente. —Caminó hasta los pies de la cama y expresó. —Rodillas arribas y piernas separadas. Veamos tu progreso.

Rachel hizo lo que Karen pidió. Sin embargo, se retorció un poco cuando

comenzó a sentir sus manos. Su cuerpo estaba sensible y adolorido.

—Veo que estás mucho más cerca de lo que pensé. Este bebé está listo para salir. Su cabeza está por salir. —Karen se colocó en posición y miró a Rachel. —¿Cuánto tiempo llevas en trabajo de parto?

—Creo que, desde anoche. Los dolores eran tenues.

Karen sacó de su bolso un juego de instrumentos que colocó sobre la cama. —Cualquier tipo de dolor cuenta como trabajo de parto. Mientras más fuerte es el dolor, más cerca está el bebé de salir. Dado que la cabeza del bebé ya está en posición, voy a pedirte que pujes. Jason, si decides quedarte, voy a pedirte que te coloques en la cabecera, junto a ella. ¿Lista? —Hizo una pausa. —Puja. Otra vez. Puja con todas tus fuerzas.

Rachel pujó y comenzó a hiperventilar. No creía poder seguir con el proceso. —Muy bien. Descansa por unos segundos, —dijo Karen.

Luego de múltiples sesiones de puje, Rachel no podía más, y se desplomó sobre las almohadas. —Estoy exhausta.

—Lo sé, pero tienes que seguir pujando. Tan fuerte como te sea posible.

—Vamos mi amor, tú puedes hacerlo. —Él le ofreció su mano, y ella la apretaba cada vez que pujaba.

Rachel se sentía agradecida de tenerlo a su lado, y de tener sus manos cerca para apretarlas.

Rachel juntó todo su valor y se inclinó hacia adelante para pujar nuevamente. Lo hizo con todas sus fuerzas hasta que finalmente sintió como el bebé abandonaba su cuerpo.

—Muy bien, — exclamó Karen. —La cabeza está fuera, puedo ver su cabello rubio. Puja una vez más.

Rachel hizo lo mejor que pudo, y en cuestión de segundos, el bebé estaba en manos de Karen.

—¿Y bien? —preguntó, mientras finalmente descansaba sobre la cama. —¿Qué es? ¿Niña o niño?

—Voy a dejar de llamarlo *él* y a comenzar a llamarla *ella*. Has dado a luz a una hermosa niña. Voy a prepararla.

El sonido de una nalgada seguido de un llanto retumbó en la habitación.

—Qué buenos pulmones tiene la pequeña Abbie. Estuviste magnífica. ¿Cómo te sientes, amada mía? —preguntó Jason, antes de besarla suavemente.

Rachel pudo ver como Jason sonreía. —Es cierto. Estoy agotada, regocijada y emocionada, no puedo esperar a tenerla conmigo.

Jason la ayudó a sentarse, acomodando las almohadas detrás de ella.

—Tus deseos son ordenes, mamá. —Karen regresó con la bebé entre sus brazos, lista para entregarla a sus nuevos padres.

Rachel extendió sus brazos hacia Karen. —Entrégamela, por favor. No puedo esperar sostenerla. —Rachel pudo sentir como la conexión entre ella y la pequeña Abbie, nacía.

Karen colocó a la bebé en los brazos de Rachel y dio un paso hacia atrás.

Rachel removió las sábanas que envolvían a Abbie y la abrazó. Ambos padres contaron cada uno de sus dedos.

Abbie comenzó a llorar.

—Parece que no le gusta ser molestada, —dijo Rachel. —Quizá debí haberla dejado envuelta en sus sábanas.

Karen se acercó a la cama. —Jason, ayúdame a levantar a Rachel por un momento. Necesito cambiar las sábanas. Una vez tu esposa regrese a la cama, deberá amamantar a la bebé.

Rachel se levantó, se sostuvo de Jason mientras Karen velozmente cambiaba la ropa de cama.

—Listo. Todo está limpio. ¿Quieres que te enseñe a cómo alimentarla?

Jason levantó a Rachel y la puso sobre la cama.

—No lo sé. Quiero intentarlo. —Rachel sostuvo a la bebé junto a su seno e intentó que esta se aferrara a su pezón. Afortunadamente, Abbie no tuvo problema en comenzar a mamar.

Karen empacó sus instrumentos médicos. —¿Te gustaría que le dijera a los demás que suban? O mejor aún, que esperen abajo hasta que estés lista.

Jason asintió. —Bajaré una vez Abbie haya terminado de alimentarse.

—Muy bien. —Karen tomó su bolso. —Recomiendo que te quedes en cama un par de días, bebe muchos líquidos y aliméntate bien. Recuerda que estás comiendo por dos. Regresaré mañana, para ver cómo estás y para responder tus preguntas. Es hora de que me retire.

—Gracias, Karen. —Rachel observó como la pequeña Abbie amamantaba. Su cabello se veía tan suave. El color le recordaba al hermoso cabello que ella solía tener de niña. Nunca pensó que un bebé podría hacerla sentirse así.

Jason se sentó junto a ambas y comenzó a acariciar la pequeña cabeza de su hija.

La cabeza de Abbie desaparecía bajo la enorme mano de Jason.

—Es tan hermosa. Gracias. —Él se reclinó y besó a Rachel lentamente.

Por un momento, lo único que Rachel pudo sentir fue el amor de su esposo

y la tranquilidad de Abbie. Sin embargo, no tardó mucho en manifestarse con un pequeño llanto.

Rachel colocó a la bebé sobre su hombro y la ayudó a eructar.

—Ya puedes ir a decirle a tus hermanos que su nueva sobrina está ansiosa por conocerlos, después de Billy. Quiero que él la conozca primero, a solas. Billy necesita saludar a su hermana.

Jason la besó. —Eres una madre maravillosa. Iré por él.

Luego de unos minutos, Billy se encontró caminando hasta la cama, atónito, y mirando a Abbie fijamente.

—Es tan pequeña.

—Lo es, —dijo Rachel con una sonrisa. —¿Te gustaría cargarla?

Billy reaccionó y miró a Rachel.

—Es muy pequeña. No quiero dejarla caer.

—Tranquilo. Acércate a mí y la colocaré sobre tu regazo.

Él sonrió y asintió, corrió hasta su madre y se puso cómodo.

Rachel colocó a Abbie sobre el regazo de Billy, removió la sábana, y dejó sus brazos al aire.

Billy suavemente comenzó a tocar las manos de su hermana.

Abbie tomó uno de los dedos de Billy.

Miró a Rachel, asombrado.

—Creo que le agrado,

—Sí, así es. ¿Estás listo para ser su hermano mayor? —Rachel esperaba ver su reacción.

Billy asintió. —Sí, y voy a enseñarle todo sobre Seattle. Conocerá los mejores lugares donde pescar, y le confesaré la ubicación de mi lugar secreto. Ni siquiera Papá lo sabe.

Rachel lo miró con escepticismo. —Deberías al menos decirle a tu padre. Si algo te ocurriera, no sabríamos donde buscarte. No quiero que lleves a tu hermana a lugares que no conozcamos. ¿Entiendes eso?

—Sí, señora. Supongo que tiene sentido.

Billy miró a su padre.

—La próxima vez que vayamos a pescar te mostraré mi lugar secreto.

Jason colocó su mano sobre la cabeza de Billy y revolvió su cabello.

—Eso me gustaría, hijo.

—Billy, baja las escaleras y diles a tus tíos que su sobrina está lista para conocerlos.

—Muy bien.

Corrió fuera de la habitación.

—Será un buen hermano mayor. —Jason se acercó a ella y se sentó junto a su amada esposa e hija. —Sí, así será. Estoy muy feliz. —Rachel miró a Abbie, luego a Jason. —Gracias por idear este plan de traer cien mujeres hasta Seattle.

—Resultó muy bien para ambos, ¿no te parece?

—Sí, y para muchas otras también. ¿Te he dicho que te amo, últimamente?

—No, aún no.

—Hay tanto por hacer. —Estiró su cuello y besó los labios de su esposo.

—Has hecho tanto por mí, acabas de darme el mejor regalo del mundo. Te amo.

Rachel volteó a ver a su hija, quién se veía feliz. Para ella, Abbie era la niña más hermosa de todas. Luego fijó sus ojos en Jason, su esposo, el amor de su vida, y entendió que era la mujer más afortunada del mundo.

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Cynthia Woolf es una escritora y novelista aclamada por sus múltiples novelas de romance occidental e historias cortas.

Cynthia disfruta de la lectura y de escribir romance. Su primera novela titulada —Tame A Wild Heart— se inspiró en una historia contada por su madre donde detalla cómo la misma conoció al padre de Cynthia en un rancho en Creede, Colorado. Si bien —Tame A Wild Heart— toma lugar en Creede, esa es la única similitud entre ambas historias. Su padre era un vaquero y no un caza recompensas y su madre era cuidadora no una propietaria. El rancho donde se conocieron sigue en pie y es parte del condado Mineral en el suroeste de Colorado.

Cynthia también ha publicado seis novelas de romance y ciencia ficción las cuales define como: el oeste en el espacio.

La autora le da gran crédito a su maravilloso esposo Jim al igual que a sus amigos y críticos quienes le han ayudado a explorar su creatividad.

PÁGINA WEB: www.cynthiawoolf.com

NEWSLETTER: <https://www.subscribepage.com/k1p2ml>

TÍTULOS DISPONIBLES EN INGLÉS

BRIDES OF SEATTLE

Mail Order Mystery
Mail Order Mayhem
Mail Order Mix-Up

CENTRAL CITY BRIDES

The Dancing Bride
The Sapphire Bride
The Irish Bride
The Pretender Bride

MONTANA SKY SERIES

A Family for Christmas
Kissed by a Stranger
Thorpe's Mail-Order Bride

HOPE'S CROSSING

The Hunter Bride
The Replacement Bride
The Stolen Bride
The Unexpected Bride

AMERICAN MAIL-ORDER BRIDES

Genevieve, Bride of Nevada

THE SURPRISE BRIDES

Gideon

THE BRIDES OF SAN FRANCISCO

Nellie
Annie
Cora
Sophia

Amelia

THE BRIDES OF TOMBSTONE

Mail Order Outlaw

Mail Order Doctor

Mail Order Baron

DESTINY IN DEADWOOD

Jake

Liam

Zach

MATCHMAKER & CO

Capital Bride

Heiress Bride

Fiery Bride

Colorado Bride

TAME SERIES

Tame a Wild Heart

Tame a Wild Wind

Tame a Wild Bride

Tame a Honeymoon Heart

BOXSETS

Destiny in Deadwood: The Complete Series

The Tame Series